

CIAS Discussion Paper No. 48

GENOCIDIO EN LOS ANDES, EL SILENCIO DE LOS VIVOS Y EL GRITO DE LOS MUERTOS

TESTIMONIOS DE MUERTES EN PUTIS Y OTRAS
COMUNIDADES ALTOANDINAS Y AMAZÓNICAS

ARTEMIO SÁNCHEZ PORTOCARRERO



The Center for Integrated Area Studies, Kyoto University





CIAS Discussion Paper No.48

GENOCIDIO EN LOS ANDES, EL SILENCIO DE LOS VIVOS Y EL GRITO DE LOS MUERTOS

**TESTIMONIOS DE MUERTES EN PUTIS Y OTRAS
COMUNIDADES ALTOANDINAS Y AMAZÓNICAS**

ARTEMIO SÁNCHEZ PORTOCARRERO

2015



The Center for Integrated Area Studies, Kyoto University

CIAS Discussion Paper No. 48

ARTEMIO SÁNCHEZ PORTOCARRERO

**GENOCIDIO EN LOS ANDES,
EL SILENCIO DE LOS VIVOS Y EL GRITO DE LOS MUERTOS**

TESTIMONIOS DE MUERTES EN PUTIS Y OTRAS COMUNIDADES
ALTOANDINAS Y AMAZÓNICAS

© Center for Integrated Area Studies, Kyoto University

46 Shimoadachi-cho, Yoshida Sakyo-ku, Kyoto-shi,

Kyoto, 606-8501, Japan

TEL: +81-75-753-9603

FAX: +81-75-753-9602

E-mail: ciasjim@cias.kyoto-u.ac.jp

<http://www.cias.kyoto-u.ac.jp>

March, 2015

Carátula: parte del cuadro "Lucha campesina por la gratuidad de la enseñanza" pintado por J.Liza.
@ Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.

CUANDO LOS VIVOS CALLAN Y LOS MUERTOS GRITAN, ENTRE LA TINIEBLA, LA TERNURA Y EL DOLOR, CRUZAMOS MÁS ALLÁ DEL INFIERNO, RECORRIENDO LOS SENDEROS MISTERIOSOS DE UN TERRITORIO LLENO DE NOSTALGIA. ALLÍ, BUSCANDO A LOS DEMÁS, EN MEDIO DE LA LUCHA ANDINA CONTRA LA MUERTE, REVIVIENDO LOS RECUERDOS SANGRANTES, SOCAVANDO LAS TUMBAS CLANDESTINAS, DONDE EL LLANTO BROTA DE LA TIERRA, IMPLORANDO PLEGARIA POR LOS HIJOS DEL DOLOR Y POR LOS HERMANOS DE LA MUERTE, DONDE UN CUERPO INERTE NOS HACE ESCUCHAR SU SILENCIO, EL SILENCIO DE SUS VIDAS, DONDE UN CADÁVER NOS ANUNCIA QUE LA MUERTE YA NO ES UNA TENTACIÓN PARA ELLOS, ALLÁ EN EL ANDE PERDIDO, DONDE EL TIEMPO SE EMPECINA EN BORRAR EL DOLOR, RECOGIMOS ESTOS MUDOS TESTIMONIOS...

LOS AUTORES

GENOCIDIO EN LOS ANDES

EL SILENCIO DE LOS VIVOS Y EL GRITO DE LOS MUERTOS

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
UNA BREVE RESEÑA	6
EL GRITO DE LOS MUERTOS (La verdad de la masacre en Putis)	9
EL SILENCIO DE LOS VIVOS, ENTREVISTA CON EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA	34
HISTORIA, EMBRUJO SANGRANTE Y MITOLOGÍA ANDINA EN ARANHUAY	45
UNA NUEVA DÉCADA DE RESISTENCIA ANDINA	52
CRONOLOGÍA DE ACCIONES SUBVERSIVAS Y CONTRASUBVERSIVAS EN EL DISTRITO DE SANTILLANA	64
SANTILLANA, CUNA DEL REPOBLAMIENTO Y RECONSTRUCCIÓN NACIONAL	71
ANEXOS	77

DERECHOS DE AUTOR

ARTEMIO SÁNCHEZ PORTOCARRERO
ALBERTO SÁNCHEZ PORTOCARRERO
RENEÉ PALOMINO LAURENTE

DISEÑO

RENEÉ PALOMINO LAURENTE

FOTOS

ARTEMIO SÁNCHEZ PORTOCARRERO

GRÁFICOS

ARTEMIO SÁNCHEZ PORTOCARRERO

TIPEO

RENEÉ PALOMINO LAURENTE

COLABORACIÓN

FERNANDO ARNAO PORTOCARRERO
MARA PILAR ARNAO PORTOCARRERO
BEATRIZ SÁNCHEZ PORTOCARRERO

PRESENTACIÓN

Durante nueve años de trabajo paciente, Artemio Sánchez Portocarrero (Pacho), un joven investigador, se compenetró profundamente con la problemática de Santillana y recopiló, desde 1992, diversos informes, manuscritos, archivos y testimonios inéditos de los protagonistas de la época de violencia política que asoló en el Perú desde 1980 hasta la actualidad. Así, obtuvo información de primera mano que permite ubicar los lugares, fechas y responsables de un genocidio cometido en nombre del Estado y de la guerra popular que lo único que ha logrado es causar más dolor y miseria en los pobladores andinos, principalmente quechua hablantes, porque jamás existieron instituciones u organizaciones que realmente se preocuparan por ellos, que hablaran por ellos.

En 1995, a esta difícil tarea se sumó el esfuerzo de su hermano el comunicador social Alberto Sánchez Portocarrero (Beto), quien registró el desolador panorama con su cámara filmadora, cuyas cintas, que no fueron recabadas por la Comisión de la Verdad y Reconciliación, guardan celosamente para poder presentarlas a la sociedad y contribuir a la reconstrucción de la más despiadada y sangrienta masacre de cientos y cientos de indefensos campesinos y de la cruel situación que atravesó la población del distrito de Santillana, en donde hasta la actualidad nadie ha asumido el compromiso de narrar estos hechos, aunque Beto falleció en un inesperado accidente de tránsito, ha dejado concluido sus aportes en este libro. A ellos se aunó la trabajadora social René Palomino Laurente, para poder ordenar y complementar esta valiosa información. Estos tres jóvenes investigadores forman parte del Centro de Investigación y Desarrollo Social (CIDES-PERÚ), organismo que realiza trabajos de investigación y promoción del desarrollo social desde 1999, con el propósito de revindicar la verdadera historia de los pueblos olvidados de la sierra y selva de la región sur-central del Perú.

Son innumerables los hechos producidos en Santillana, en donde se pueden encontrar varias fosas comunes, por lo que es necesario que la sociedad peruana y mundial, así como la Comisión Multisectorial de Alto Nivel, encargada de la reparación a las víctimas del conflicto armado interno de 1980 al 2000, tenga cuenta de ellos. En ese sentido, conocedores de la verdad no podemos seguir en el silencio de los vivos, por lo que cumplimos formalmente en presentar esta investigación a unos meses después de cumplirse los treinta años del genocidio de Putis para que se conozca la verdadera situación de estos y otros crímenes que no pueden quedar en el olvido.

Uno de los primeros borradores de la presente publicación fue entregado al Dr. Carlos Iván Degregori, con el fin de ver su edición, sin embargo por azar del destino su delicado estado de salud y posterior fallecimiento, truncó su publicación; fueron varias personalidades, como Ricardo Soberón, Jaime Márquez, quienes desearon que se conozca estos lamentables sucesos acontecidos en uno de los distritos más pobres de Ayacucho, lo cual ahora se cristaliza gracias al desinteresado e invaluable apoyo del doctor en ciencias políticas Yusuke Murakami, un infatigable amigo de los autores, con quienes recorrió en reiteradas ocasiones el agreste territorio andino y amazónico de la provincia de Huanta, a quién le agradecemos profundamente, así como a los miembros del Center for Integrated Area Studies, Kioto University, por la publicación de este libro donde se hace conocer la verdad sobre el genocidio de cientos de campesinos durante el proceso del conflicto armado interno de 1980 al 2000 ocurrido en Perú.

CIDES - PERÚ.

UNA BREVE RESEÑA

Artemio Sánchez Portocarrero
Alberto Sánchez Portocarrero
Reneé Palomino Laurente

En la sierra central del Perú, se ubica Santillana, distrito de la provincia de Huanta, departamento de Ayacucho. A nivel nacional, es considerado uno de los distritos con mayor extrema pobreza, cuya población según el último Censo del INEI es de 7,215 habitantes tiene como actividad básica a la agricultura y ganadería.

Santillana fue creada como una nueva demarcación política en 1918, mediante la Ley N° 3000, en honor al capitán de navío Gervasio Santillana Álvarez, compañero de Miguel Grau y héroe también de la Guerra del Pacífico. Se designó al pueblo de San José de Secce como la capital de distrito y, desde entonces, el poder local se convirtió en el reducto de los hacendados de la zona, que se disputaban tierras, siervos y beneficios particulares, siendo los perjudicados casi siempre los humildes campesinos.



Santillana es un distrito caracterizado por la prolongada presencia del régimen de haciendas. Los hacendados se turnaban en el ejercicio del poder local y en los diversos cargos políticos dentro de la jurisdicción donde tenían sus propiedades. Cada vez que cometían abusos contra sus siervos, estos quedaban impunes. En algunos casos los sacerdotes contribuían a que persistiese la sumisión y humillación del campesino ante el hacendado. Los campesinos eran objetos de discriminación racial, cultural y social, llamándoseles “chutos” o “sallqas” sin distinción.

Enterados de las condiciones en que vivían los campesinos de Santillana, algunos estudiantes de sociología, antropología y otras carreras de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga efectuaron estudios sobre el problema, compenetrándose con ellos y ganándose su confianza para crear una conciencia de clase oprimida que generara cambios en el poder y permitiera reestructurar el Estado semifeudal que aún existía en la zona.

Las primeras columnas senderistas que llegaron a las comunidades ubicadas en la zona altoandina de la provincia de Huanta lo hicieron a mediados de 1979 y principios de 1980, poco antes del inicio de las acciones armadas. Fue en esos años que la camarada Edith Lagos Sáenz, luego de su preparación militar en Julcamarca, volvió a Andahuaylas para organizar las bases de Sendero Luminoso. Desde allí viajó a las regiones altoandinas de Huanta, en busca del comunero Severino Morales, un amigo suyo que conoció en Andahuaylas y residía en Uchuraccay, quién se dedicaba al comercio de ganados entre Huanta y Andahuaylas. Desde esta localidad la camarada Edith envió mensajes a los pobladores altoandinos anunciando que llegarían más compañeros, y envió a un comunero a la ciudad de Huanta con el propósito de adquirir botas y otros implementos para constituir su Ejército Popular en la zona, con el respaldo de los pobladores. Sin embargo, ninguno de los comuneros llegó a ocupar cargos dentro de la organización subversiva de Sendero Luminoso. Inicialmente reducían sus discursos a la afirmación entusiasta del incontenible desarrollo de la guerra popular que conduciría a los campesinos al poder.¹

¹ Testimonio del presidente de la comunidad campesina de Ccarasincca, Urbano Huachaca Amadeo. Recopilación de Artemio Sánchez Portocarrero. Huanta, 20 de febrero de 1999.

A partir del segundo semestre de 1982, las huestes de Sendero Luminoso desconocieron a las autoridades tradicionales que tenían las comunidades, conminándolas a dejar sus cargos sino cumplían con las disposiciones del “Partido”. La muerte o agresión a los Varayocs significó el inicio de una confrontación que duraría más de una década.

A fines de 1982, las comunidades de Huaychao, Carhuahurán, Cunya, Macabamba, Iquicha, Purus y Uchuraccay decidieron enfrentarse a Sendero. En la mañana del sábado 22 de enero de 1983, un grupo de comuneros se presentó a la Jefatura de Línea de la Guardia Civil en Huanta, informando que dieron muerte a siete senderistas en la comunidad de Huaychao. Se formó de inmediato una patrulla de veinticinco hombres bajo las órdenes de un teniente, para que fuera al lugar de los hechos; mientras tanto, horas después, un comando se adelantaba por helicóptero. La patrulla llegó a la comunidad al día siguiente, luego de caminar unas veinte horas. Tres o cuatro horas antes de llegar al centro comunal se les fueron incorporando campesinos del lugar. Al coronar los últimos cerros, los acompañaban unos 150 comuneros provistos de banderas blancas, ofreciéndoles papa y haba sancochada.

En Huaychao los esperaba un grueso de campesinos, junto a los soldados y policías llegados por helicóptero, para luego, en medio del canchón, desenterrar a los senderistas victimados, colocando en fila los siete cadáveres. Les habían arrebatado sus armas en un enfrentamiento corto y brutal, producido el 21 de enero de 1983. Se inició así el proceso de violencia entre campesinos, huestes de Sendero Luminoso y las Fuerzas Armadas que, en algunas zonas altoandinas, dura hasta nuestros tiempos.



Mujer altoandina testigo de lo ocurrido en 1983, al fondo Huaychao, escenario del inicio de la lucha campesina con Sendero (Diciembre 2012).

© Artemio Sánchez Portocarrero.

Uchuraccay fue objeto de incursiones subversivas en mayo, julio y diciembre de 1983 y en febrero de 1984, motivando un éxodo de los comuneros que aún permanecían en dicha comunidad. Carhuahurán se convirtió en el centro de coordinación comunal entre las comunidades que rechazaban a Sendero Luminoso, por lo que, en marzo de 1983, Sendero incursionó en ella, dando muerte a dos Varayocs y al Teniente Gobernador. Posteriormente, en octubre del mismo año, vuelven a incursionarla, dando muerte a diecisiete comuneros más. A consecuencia de ello, la Infantería de Marina estableció un destacamento militar. Este hecho hizo que ocho comunidades próximas se agruparan a su alrededor para no ser objeto

de incursiones subversivas. En ese momento, Carhuahurán estaba compuesta por aproximadamente unas seiscientas familias resistentes.

Durante 1983, varias comunidades quedaron despobladas, entre ellas Tircos, Macabamba, Huaychao, Iquicha y Cunya. Las que se fusionaron en Carhuahurán mantuvieron su propia estructura organizativa tradicional: estaban juntas, pero no revueltas.

Al otro lado del cerro, donde se ubicaban las comunidades de Carhuahurán, la muerte de un gamonal en la hacienda Chaca dio un nuevo giro en el pensamiento campesino, de igual forma lo hicieron los múltiples juicios populares que realizaban condenando a los abigeos, ladrones, explotadores, usureros e inclusive adúlteros. Los senderistas emprendieron su accionar con buenas perspectivas. Con sus arengas y consignas convencieron a un sector de la población para que los respaldara en sus actividades iniciales. Uno de los hechos que tuvo más resonancia fue el ataque al Puesto Policial de la Guardia Republicana ocurrido en 1982, en el pueblo de San José, en donde redujeron a los efectivos policiales, les arrebataron sus uniformes, armas y municiones y les hicieron bajar la bicolor nacional para en su reemplazo izar la bandera roja con la hoz y el martillo, además de vivir consignas sediciosas.

Posteriormente impusieron la cuota de sangre, por la que las familias debían entregar a sus propios hijos para que sean parte del ejército popular. Además, les prohibieron comercializar sus productos en las diferentes ferias semanales y reemplazaron a sus autoridades comunales, sustituyendo a los “Varas” elegidos en Asamblea Comunal por los representantes del Partido, que eran impuestos por los senderistas. Aquellos que se resistían morían acusados de ser “yana uma”². Cualquier vinculación con las fuerzas del orden era motivo para ser ajusticiado como “soplón”.

En Santillana se produjo una respuesta temprana en contra de las huestes senderistas; es por ello también que sufrió la agudeza de la violencia política y el desplazamiento. Sin embargo, desde 1992 se convierte en un espacio de retorno. Fue en este distrito que se dieron los primeros casos de repoblamiento masivo con familias campesinas que decidieron volver a sus hogares sin incentivo alguno del Estado. Los niveles de participación comunera en la conducción del gobierno local de Santillana fueron iniciales dentro de la etapa de violencia, pero ahora han consolidado su presencia en el poder local y participan en las diversas concertaciones con el único propósito de alcanzar el desarrollo integral y armónico de sus pueblos.

Hasta inicios de la década de 1990, la carretera aún no llegaba a la capital distrital, mucho menos a sus comunidades y anexos, relegados a través de los años. Estas circunstancias son aprovechadas por los seguidores de Abimael Guzmán para afianzar sus planes y propuestas, iniciando la guerra más sanguinaria de todos los tiempos.



La población civil se organiza en montoneras con apoyo de las Fuerzas Armadas. Retablo en el Museo de la Memoria de Huanta. Autor desconocido.

© Centro de Investigación de Desarrollo Social-CIDES, Perú.

2 “Yana Uma”, palabra quechua que significa en castellano “cabeza negra” (Yana = Negro y Uma = Cabeza).

EL GRITO DE LOS MUERTOS

(La verdad de la masacre en Putis)

Artemio Sánchez Portocarrero

Alberto Sánchez Portocarrero

“El cielo estaba nublado y habíamos perdido las esperanzas de encontrar las fosas... Al poco rato alguien grito ‘pachamanca’. Se ubicó el lugar con los cadáveres de cientos y cientos de campesinos asesinados en las punas de Santillana.”

Beto

■ Sábado 13

Todo estaba listo. No pudimos dormir por la ansiedad de poder recoger los mudos testimonios que campean en el ande perdido. A las 3:30 a.m. salimos de Huanta, trasportados por una vieja camioneta gris que tramontaba por las entrañas de la cordillera Central. Un huayno de antaño animaba nuestro viaje por los extensos paisajes del primer distrito frutícola, para luego recorrer una vertiginosa trocha carrozable dejando a nuestro paso importantes pueblecitos como Luricocha, Huayllay, Pacchancca y la Villa de San José de Secce, cuya tortuosas calles tienen aromas coloniales, impregnados de la agonía indígena que perdurará por algunos siglos más. En Ccatumpampa coordinamos nuestro recorrido, filmamos el panorama y las minas de Ccoril, ubicada a quince minutos de caminata en dirección a las cumbres interminables.

Luego de desayunar, emprendimos nuestra travesía hacia Tocas Quesera, aproximadamente a las 10:40 a.m. llegamos a Laupay, en donde descansamos durante treinta minutos. La carretera nos sirvió de camino. La comitiva la integraban Gerardo Fernández Mendoza, Eusebio Ccente Potosino y otros cuatro comuneros. A las 11:45 a.m. atravesamos por la parte superior la comunidad retornante de Marccaraccay, cuyas viviendas se encontraban techadas en su totalidad con calaminas, pudiendo verse a determinada distancia aún los caserones destruidos en la década de los ochenta. A unos cuatrocientos metros de la comunidad de Tocas Quesera culminaba la trocha carrozable.³ Llegamos a dicha comunidad a las 12:20 p.m.

Tocas Quesera

Son dos localidades precarias, ubicadas a diez minutos una de la otra, en las faldas de los cerros Cañaypampa y Santiago. En la parte alta resaltan los cerros Ccatun Macahay y Quesera y, frente a este, se encuentra el cerro Calvario. Las viviendas se encuentran techadas con ichu en su totalidad. Sus pobladores se dedican a las actividades agrícolas y ganaderas. Ahí funciona el Centro Educativo N° 38809/Mx-U, al que asisten veinte alumnos; anteriormente eran cerca de cuarenta. La enfermedad más común es la bronconeumonía, encontrándose el centro de salud más cercano en la capital distrital, a tres horas de caminata. Entre sus limitaciones principales están la falta de herramientas agrícolas, puesto de salud, local comunal, de apoyo para el club de madres y de proyectos productivos para reactivar el sector ganadero. Además, para ampliar la frontera agrícola, solicitan el represamiento de la laguna Uchecococha. Esta se encuentra rodeada por los cerros de Ccatunmachay, Chicuruyoc, Ccosniccocha, Ranraurcco y Raschipunta.

La condición económica del poblador es paupérrima. La producción es de autoconsumo y para el

³ Actualmente la carretera ya pasa por esa zona, inclusive por Putis, lugar del genocidio.

trueque. Sus cultivos frecuentes son el haba, la arveja, la cebada y la papa, que cambian por frutas, verduras y coca. El trueque les es desventajoso, ya que intercambian cuatro kilos de haba por media libra de coca y una arroba de haba cuesta S/. 10,00. El ingreso promedio del poblador de esta zona es de S/. 50,00 mensuales.

El Programa Nacional de Apoyo al Repoblamiento (PAR) únicamente le dio quince alpacas a la comunidad. La municipalidad distrital de Santillana construyó dos aulas y una dirección. Las Fuerzas Armadas solían cometer abusos, pero desde 1995 dejaron de hacerlo y actualmente, cada siete días, imparten instrucciones para mejorar la seguridad. Los miembros de los Comités de Autodefensa ya no realizan patrullas.

Los desplazados inicialmente repoblaron la comunidad de Marccaraccay en 1993 y, posteriormente, en 1995, desde Marccaraccay retornaron a Tocas Quesera. A inicios de 1980 existían sesenta familias entre ambas; actualmente han retornado cuarenta.

Esta comunidad fue atacada en cinco ocasiones, aunque solo se han podido determinar las fechas y sucesos de los tres primeros ataques:

Primer ataque, Paria, diciembre de 1983: siete personas muertas. Los subversivos ingresaron a las 5:00 a.m. a la comunidad, congregaron a los pobladores y los condujeron hacia el lugar de Paria, ubicado a dos horas y media de la citada comunidad. En Paria, seleccionaron a todas las personas que eran autoridades, con el fin de darles muerte: Teófilo Muñoz, agente municipal; León Ricra, teniente gobernador; Pedro Quispe Lapa, presidente de la APAFA; Enrique Ricra Ñaupá y Marcial Muñoz Farfán, vocales del agente municipal; Nicolás Ccente, ex teniente gobernador; y León Quispe, ex agente municipal. A todos ellos los asesinaron a las 10:00 a.m. aproximadamente. Luego del crimen, los subversivos designaron entre los comuneros a un representante.

Segundo ataque, Marccaraccay, mayo de 1984: veinte comuneros desaparecidos. Luego del primer ataque, los comuneros de Tocas Quesera se refugiaron en Marccaraccay y Ccullpapampa. En el mes de mayo de 1984, aproximadamente a medio día, ingresaron doce efectivos militares y arrestaron a Dionisio Romani Huamán, Maxi Quispe Peña y Valentín Cerdan Centeno, todos ellos de la comunidad de Tocas y Quesera. Adicionalmente detuvieron a tres personas de la comunidad de Marccaraccay y a otras catorce de Masingana, Ccorirupay y otras comunidades, trasladándolas a la base militar de San José de Secce. Los comuneros permanecieron arrestados en dicha base durante dos semanas, siendo conducidos posteriormente a la laguna de Uhcococha, en donde fueron asesinados a balazos. Los cuerpos de los victimados se hallaron en tres fosas comunes. Se responsabiliza de estas muertes al teniente EP “Barreta”, jefe de la base contrasubversiva de San José. Los veinte comuneros asesinados fueron denunciados.

Tercer ataque, Ccullpapampa, 27 de julio de 1985: viviendas incendiadas, un muerto y dos heridos. Unos cuarenta subversivos encapuchados ingresaron a las ocho de la noche a Ccullpapampa, en donde estaban agrupados los pobladores de Tocas Quesera. En esta incursión saquearon e incendiaron gran parte de las viviendas, dando muerte a Víctor Morales Coronado y dejando a dos personas heridas. Se llevaron quince alpacas y tres caballos. Como consecuencia de todo ello, los pobladores migraron hacia San José de Secce, Huanta y el Valle del Río Apurímac.

Luego de almorzar -sopa de morón, papa, chuño y queso-, salimos a las 3:00 p.m. en dirección a la laguna de Uhcococha, donde se hallaban tres fosas comunes. Luego de hora y media de caminata cuesta arriba, llegamos a la referida laguna de origen glacial, que provee de agua a todas estas comunidades por poseer filtraciones subterráneas que afloran por las faldas de los cerros. Uno de los retornantes, al

efectuar la siembra respectiva en 1996, halló los restos óseos de aproximadamente veinte personas que, por el poco desgaste de sus dentaduras, debían de tener entre dieciséis y diecinueve años de edad.

Pudimos observar las tres fosas comunes que yacían dentro de un terreno de cultivo de papas. Excavamos un poco y encontramos diversos fragmentos óseos, calzados de jebe y balas con las que se presumen fueron ejecutados los comuneros. Los restos nos refieren que la ejecución se dio de forma gradual, uno por uno, con un tiro en la cabeza, ya que hallamos un fragmento de cráneo con una perforación de bala. Deducimos que fueron asesinados por los militares, puesto que se encontró una gran cantidad de casquillos de bala de FAL, de uso exclusivo de las Fuerzas Armadas. También se presume que las personas victimadas fueron torturadas antes de su ejecución. Se relaciona este hecho con el segundo ataque a Tocas Quesera, Marccaraccay y otras comunidades.

Aquella tarde frígida, pudimos divisar la comunidad de Ccarhuancho. Nos intrigaba saber qué había sido de ella, cuáles habían sido los móviles de su total desolación, qué existía entre aquellos caserones destruidos, testigos mudos del ande.



Alberto Sánchez Portocarrero (Beto) corresponsal ATV NOTICIAS fue el primer Periodista que llegó a Putis y dio a conocer las fosas comunes (1998).

© Artemio Sánchez Portocarrero

Ccarhuancho⁴

Se encuentra ubicado a solo treinta minutos de caminata en descenso de Tocas Quesera. Antes del problema de la subversión, existían 80 jefes de familia; en la actualidad son 40 los empadronados, quedándose solo a vivir 35 personas. El 80% de los comuneros se dedica a la actividad agrícola, mientras que el 20% restante se dedica a la ganadería. Anteriormente eran más ganaderos que agricultores: cada familia poseía unos 10 vacunos, 50 ovinos y 30 llamas.

El 15 de agosto de 1996 repoblaron esta comunidad, conjuntamente con Huancas y Ccorirupay. El PAR únicamente los atendió durante tres meses con víveres, consistentes en arroz, papa seca, azúcar y manteca; les otorgaron, además, semillas de papa, cebada y haba.

⁴ Fuente: Celestino Araujo Cruz, presidente de la comunidad de Carhuancho, 1997.

Primer ataque, Paria, diciembre de 1983: ejecución de autoridades. Más de cuatrocientos subversivos sacaron a todos los comuneros de Marccaraccay, Tocas Quesera, Huancas, Ccorirupay, Rodeo, Rumichaca, Pampahuasi, Ccarhuancho y otras localidades y los condujeron a Paria, lugar ubicado entre los linderos de las comunidades de Huancas y Ccarhuancho. Los comuneros reunidos en este lugar sumaban más de mil quinientas personas. Los senderistas poseían una lista con los nombres de todas las autoridades de estas comunidades, a las que hicieron formar en fila y obligaron a arrodillarse. Le dispararon una bala en la cabeza a cada uno. Cuando culminaron de ajusticiar a los dirigentes varones, llamaron a las mujeres, pero un helicóptero militar aterrizó en Ccarhuancho y los efectivos de las Fuerzas Armadas se dirigieron a Paria, obligando a los subversivos a detener sus ejecuciones y darse a la fuga en dirección a Yanacocha.

Los comuneros rescatados fueron conducidos a la base contrasubversiva de San José de Secce, para tomar sus testimonios antes de ser devueltos a sus comunidades. Ante este hecho, los sobrevivientes ya no pernoctaban en sus viviendas, sino en cuevas y huaycos.

Segundo ataque, 15 o 18 de agosto de 1984: muerte de siete comuneros. Los subversivos ingresaron a aproximadamente a la 1:00 de la madrugada, aprovechando la luna llena, matando a siete personas que participaban en patrullajes con el ejército. Todos ellos eran ancianos: Vicente Araujo y su esposa Cleofe Cruz; Isidro Ricra y su esposa Benigna Quispe; y Emilio Coronado Fernández; excepto dos jóvenes: Samuel Quispe y Francisco Rojas. Los subversivos, al incursionar, rompieron las puertas de las viviendas y los asesinaron a cuchilladas dentro de ellas. Ingresaron quince a cada casa, aunque se desconoce el total de subversivos que incursionaron aquella madrugada a la comunidad. Asesinaron, robaron ganados, ropas y utensilios. Los hermanos Celestino y Alejandro Araujo escaparon y fueron perseguidos por los subversivos: Celestino en dirección al cerro y Alejandro en dirección a San José de Secce. Los subversivos que perseguían a este último se toparon en Tocas con Paulino Curo, a quien, confundiéndolo con Alejandro, golpearon y acuchillaron en todo el cuerpo, para luego desbarrancarlo. Actualmente Paulino vive y labora en la Municipalidad Distrital de Santillana como jardinero.

Cinco días después del segundo ataque, los militares decidieron agrupar a la comunidad de Ccarhuancho en la comunidad aledaña de Marccaraccay. Lo hicieron luego de haber recuperado todos los ganados robados por los subversivos, pero no los devolvieron a los comuneros, sino que los llevaron a San José de Secce para venderlos al precio que los efectivos de las Fuerzas Armadas impusieron. En el operativo de recuperación de los ganados participó como guía el comunero Alejandro Araujo. Esta se produjo en el lugar de Ccatumpampa y Rumichaca.

Tercer ataque, Ccarhuancho, 20 de octubre de 1984: saqueo e incendio. Un grupo de subversivos ingresó a la comunidad de Ccarhuancho y, al no encontrar a ningún poblador, se ensañaron saqueando y quemando las viviendas desocupadas.

Desaparición circunstancial. Tras el ataque al pueblo de San José de Secce en 1984, los subversivos huyeron hacia Ccarhuancho, siendo perseguidos por los montoneros de San José hasta el cerro Orcco-Laupay. Mientras tanto, los militares, con la finalidad de interceptarlos, aterrizaron en la comunidad de Ccarhuancho, en donde capturaron a cuatro muchachos que se encontraban cultivando papa. Los militares los obligaron a ir con ellos y, al resistirse a uno, le dispararon en el pie. Estos muchachos eran Julián Coronado Curo, Alipio Coronado Curo, Fortunato Buleje Coronado y Ricra Lunasco, más conocido con el apelativo de “Tunki”.⁵ Conocedor de la detención de los jóvenes, Fortunato Fernández, teniente gobernador de la comunidad de Ccarhuancho, se presentó a la base contrasubversiva de San José, donde luego de ingresar lo hicieron desaparecer.

5 “Tunki” es el nombre del Gallito de las Rocas en el idioma macherenga (ashianinka).

■ Domingo 14

Acompañados de Beto y los comuneros de Putis, salimos a las nueve de la mañana de Tocas y Quesera, luego de haber pernoctado y haber desayunado sopa de chuño. Caminamos por la parte superior de la comunidad de Ccarhuancho, que se ubica en una hollada a solo treinta minutos de Tocas Quesera. Nos desplazamos de forma ascendente, poco notoria, entre pajonales y solitarios paisajes andinos.

A las 10:30 a.m. arribamos a San Juan de Huancas, comunidad que se ubica en un abra, poseedora de puquiales y extensos pastizales. Nos quedamos aproximadamente unas dos horas, recopilando los datos que nos proporcionaban los comuneros.

Huancas posee una capilla y una escuela, que en la actualidad se encuentran totalmente destruidas. Las viviendas se encuentran techadas con ichu.

San Juan de Huancas⁶

Su repoblamiento se produjo el 14 de agosto de 1996, junto con las comunidades de Ccarhuancho y Ccorirupay. El apoyo del PAR se dio de la misma forma que a las comunidades antes mencionadas. Actualmente los habitantes vienen reconstruyendo sus viviendas, con la promesa de que el PAR les otorgará calaminas, puertas y ventanas, así como quince auquénidos, dos vacunos y un caballo. El Centro Educativo N.º 38354/Mx-U aún no funciona por encontrarse destruido. La situación socioeconómica del poblador es similar a la de las otras comunidades descritas.

Huancas, según algunas versiones, sufrió dos incursiones: la primera, el 3 de julio de 1983, donde murieron cinco personas; la segunda, el 5 de agosto de 1983, donde perdieron la vida un total de ocho comuneros: cinco varones, dos mujeres y un niño.

Otras versiones afirman que sufrió los siguientes ataques:

Primer ataque, enero de 1983: viviendas incendiadas, sin víctimas. A las ocho de la noche, aproximadamente, cincuenta hombres armados descendieron del cerro Callquiccasa realizando disparos al aire, hecho que permitió huir a los comuneros a distintos lugares como a los cerros o al huayco. Al no encontrar a nadie, los subversivos incendiaron sus viviendas y robaron sus ganados, ropas y utensilios. En esta incursión no victimaron a ningún comunero.

Segundo ataque, junio de 1983: tres autoridades y dos comuneros asesinados execrablemente. Unos cien subversivos armados ingresaron a las cinco de la mañana a San Juan de Huancas y rodearon a la comunidad. Reunieron a todos los comuneros en la plaza para efectuar una asamblea en la que, del tumulto, seleccionaron a las principales autoridades. Entre sus arengas subversivas prometieron igualdad para los campesinos y finalizar con la pobreza. Solo algunos sediciosos estaban encapuchados. El jefe de los senderistas hablaba con el rostro descubierto, haciendo notar que poseía estudios superiores. Al concluir este, se prosiguió con la lectura de la “lista negra”. Llamaron a Alejandro Calderón, teniente gobernador; Román Salinas, agente municipal; e Isaac Mieses, vocal del teniente gobernador.

Antes de la reunión, los miembros de Sendero Luminoso capturaron a Gaytan Taipe, le ataron las manos y lo quemaron vivo dentro de su vivienda. Paralelamente, otro grupo de senderistas se dirigió a la vivienda de la señora Benjamina Huamán, rompieron su puerta y le dispararon en el corazón, produciéndole la muerte instantánea. Ambos eran considerados “soplones”, traidores a la causa de “El Partido”⁷.

6 Fuente: Marcial Curo Quispe, presidente de la comunidad campesina de San Juan de Huancas, 1997.

7 Los subversivos denominaban “El Partido” a su organización. Cualquier acto en contra ella era considerada una traición y quienes atentaran contra sus intereses eran considerados “soplones” o “yana umas” y merecían la muerte.

Reunidos en la plaza, luego de haber asesinado a los dos comuneros, dieron muerte en forma sanguinaria al teniente gobernador de Huancas, Alejandro Calderón: le ataron las manos, lo revolcaron a puntapiés, llamándolo ignorante e insultándolo, lo acuchillaron. Román e Isaac corrieron la misma suerte. Los subversivos permanecieron más de dos horas en la comunidad y emprendieron la fuga cuando los militares llegaron a Ccausoccesca, al ser informados por algunos pobladores que lograron huir. Los militares lograron alcanzar a los subversivos, sin que ningún bando sufriera alguna pérdida. Tras este ataque, los pobladores permanecían durante el día en la comunidad, pero, al anochecer, se escondían en diferentes lugares, como en las cimas de los cerros, huaycos, cuevas o cualquier lugar que consideraran seguro.

Tercer ataque: amenazas y huida desesperada sin retorno. Ingresaron a las diez de la noche y, al no hallar a nadie, dejaron folletos en los que amenazaban a toda la comunidad si volvían a escapar. En enero de 1984, se agruparon en la comunidad vecina de Marccaraccay, conjuntamente con otros poblados como Marccaraccay, Ccarhuancho, Tocas Quesera, Isto, Ccorirupay, Ccachir, Rumichaca y Cceullacocha. En ese lugar sufrieron cuatro ataques, en los que murieron aproximadamente a veinte personas de todas las comunidades que se encontraban agrupadas ahí.

En octubre de 1984, se produjo una inmigración masiva de comuneros hacia las ciudades de Huanta, Churcampa, San José de Secce y al Valle del Río Apurímac.

Luego de recabar los testimonios de los sobrevivientes de la tragedia campesina, salimos de Huancas a aproximadamente la una de la tarde, luego de haber almorzado solo cancha con queso. Caminamos durante quince minutos por pampas plagadas de puquiales hasta llegar hasta al cerro Tucuhuaccana, que escalamos por aproximadamente media hora. Luego descendimos y volvimos a escalar el cerro Huancascasa por aproximadamente cuarenta minutos, hasta llegar a la cumbre. La presencia del ichu, el viento y la densa neblina que dificultaba la visibilidad fue constante durante cincuenta minutos que duró nuestro descenso desde Huancascasa hasta la comunidad de Cayramayo.

Cayramayo

Esta comunidad está asentada entre los cerros Yuncaccasa y Quisuarccasa. Posee alrededor de veinte viviendas rústicas techadas con ichu, de paredes hechas con tapial. En cada casa habitan de tres a cuatro familias. Son en total 56 los habitantes aquí agrupados,⁸ provenientes de las comunidades de Putis, Saillhua-Llamacniyoc, Rodeo y del mismo Cayramayo.

Antes del conflicto armado interno, habitaban 90 jefes de familias, con una población de 380 habitantes, ganaderos en su mayoría. Cada familia poseía un promedio de 70 vacunos, 200 ovinos, 70 auquénidos y 30 equinos.

Retornaron el 26 de junio de 1997. En su retorno el PAR logro empadronar 400 jefes de familia y a un total de 1283 pobladores. En la actualidad, apenas llegan a 56 habitantes que radican permanentemente en la comunidad.

Primer ataque, 17 de agosto de 1983: dos mujeres asesinadas, un comunero secuestrado, viviendas incendiadas y robo de ganados. Ingresaron aproximadamente ochenta subversivos, quienes descendieron del cerro Yuncaccasa. Al no hallar a los líderes comunales, se ensañaron con sus esposas, asesinando salvajemente a dos mujeres: Felicitas Quispe Curo, esposa del presidente de la comunidad don Antonio Quispe Fernández, y Sofia Quispe Curo, esposa del auxiliar del agente municipal don Germán Fernández. Desafiando todo y agobiado por los recuerdos de su cónyuge, Germán ha vuelto a

8 De estos 56 habitantes, 12 son de Putis, 12 de Rodeo, 12 de Saillu-Llamacniyoc y 20 del mismo Cayramayo.

Cayramayo para reconstruir su vida, en medio del doloroso recuerdo de quien fuera la mujer que amó tanto, reencontrándose con la madre tierra que lo vio nacer.

Aquella mañana frígida en que los senderistas ingresaron a la vivienda de Felicitas, humilde mujer campesina y madre abnegada, a empellones la cogieron, le ataron las manos y la degollaron. Su cuerpo inerte yacía en el piso cuando los sediciosos prendieron fuego a la rústica chocita en la que vivía. Al día siguiente sus familiares y amigos la buscaron desesperadamente y solo pudieron encontrar, entre los escombros carbonizados, su cuerpo incinerado. A Sofía, una madre gestante, le dieron muerte con tres cuchilladas en el pecho. Su cadáver fue hallado en el patio de su domicilio, junto al arma que acabó con su vida. Germán, su esposo, apenas pudo escapar al escuchar los ladridos de los perros que le alertaron la presencia de los subversivos.

El asedio continuó con el incendio de la vivienda del comunero Marcial Curo; acorralaron a 18 cerdos dentro de ella antes de prenderle fuego. Similar suerte corrieron todas las viviendas de la comunidad de Cayramayo. Aprovechando que los comuneros huían despavoridos para salvaguardar sus vidas, los terroristas arrearon con 60 ovinos. El comunero Marcial Curo, al no poder escapar, fue capturado y enrolado a la fuerza en el “Ejército Popular”. Hasta la fecha no se sabe nada de él.

Segundo ataque, 7 de setiembre de 1983: asesinan, amenazan y nombran representantes de Sendero Luminoso. Aquella fatídica mañana, a las 5:00 a.m., más de doscientos subversivos rodearon a la comunidad de Cayramayo. Los sediciosos estaban armados con dos FAL: un máuser y una uzi; los demás portaban granadas hechizas confeccionadas a base de latas y/o botellas descartables, así como armas punzocortantes. Los pobladores fueron congregados en la plaza principal. Ahí, el jefe senderista extrajo de su morral una lista de la que llamó al agente municipal de la comunidad Sacarías Curo y al secretario de la agencia municipal Rodrigo Díaz. Cuando ambos dirigentes salieron al frente, los hicieron arrodillar, los tildaron de soplones, de atentar contra el “Partido Comunista”, y, sin escuchar las plegarias de los comuneros, les dispararon en la cabeza. Luego de haber victimado a los indefensos campesinos, llamaron de su “lista negra” a Clemente Fernández Flores y Emilio Fernández Allcallauri, exautoridades. En presencia de todos les advirtieron que “si se portaban al igual que estos dos miserables —refiriéndose a los victimados—, les iba a suceder lo mismo”; los perdonarían hasta que el Partido tomara una nueva decisión sobre ellos. Culminadas las advertencias, amenazas y arengas, a aproximadamente las 6:00 a.m., todos los comuneros, hombres, mujeres y niños, fueron conducidos al cerro de Quisuarccasa, a treinta minutos de la comunidad de Cayramayo.

Los senderistas se quedaron con los comuneros todo el día en Quisuarccasa, efectuando una Asamblea en la que, a aproximadamente las 2:00 p. m., designaron a los comuneros Herminio Quispe y Francisco Vargas como sus representantes. Dieron charlas de adoctrinamiento, arengas contra el gobierno del arquitecto Fernando Belaunde y solicitaron al campesinado unirse a la lucha emprendida por ellos. A las 4:00 p. m., al ponerse el sol, dejaron libres a los comuneros que, temerosos, retornaron a su comunidad.

Tercer ataque, noviembre de 1983: robo de ganados. El hacendado de “Patachuya”, ante diversas amenazas de muerte recibidas por parte de los subversivos, solicitó garantías a los militares para el recojo de sus bienes. Ante el robo de sus ganados efectuado por los senderistas, se da inicio a la persecución de treinta sediciosos que, a aproximadamente las 10:00 p. m., ingresaron a Cayramayo. Al percatarse de que no había ningún poblador en la comunidad, porque tras la sicosis dejada en la segunda incursión pernoctaban en los huaycos y cuevas alledañas, aprovecharon para robar ganados y escaparon después en dirección al cerro Saccahuillca. Aquella noche lúgubre, aparecieron de improviso los militares que habían estado persiguiendo a los terroristas. Agotados, se quedaron a descansar en Cayramayo, en donde tildaron de subversivos a todos los comuneros y asesinaron al señor Paulino Quispe Curo,

además de quince ganados, entre vacunos y ovinos. Los pobladores, desesperados, huyeron a diferentes lugares para ponerse a salvo.

El temor hacia los militares. Ante la convivencia implícita de los comuneros y subversivos, los efectivos militares ingresaron en cinco oportunidades a la comunidad de Cayramayo. Sus pobladores se daban a la fuga ante su presencia, a excepción de la tercera vez, en la que fue asesinado Andrés Ccente Calderón, un anciano de 84 años de edad.

Por los constantes hostigamientos por parte de los subversivos y las represalias de las fuerzas del orden, los pobladores de Cayramayo en su totalidad de trasladaron a Sailla-Llamacniyoc, lugar en donde también serían hostigados por los miembros de la base contrasubversiva del Ejército establecido en el pueblo de Ayahuanco, el 30 de julio de 1984. Este hecho que motivó que se reubicaran en otro lugar más seguro: escogieron para ello la cumbre de Saccsahuilca.

Huida al cerro, llegada militar, retorno con banderas blancas a Putis, salvaje masacre y migración a la ceja de selva. El 6 de setiembre de 1984, se instaló la base militar en Putis, distante a una hora y media de Saccsahuilca. En la cima de este cerro se refugiaron los habitantes de diversas comunidades: Cayramayo, Putis, Rodeo, Rumichaca, Parobambilla, Vizcatán Chico, Mashuacancha, Huayrapampa, Sailla-Llamacniyoc y Parobamba, entre otras, sumando entre todos más de tres mil personas que, además de sus utensilios y demás pertenencias, trasladaron consigo unos siete mil ovinos. Aquel día los militares llegaron a Putis a las 10:00 a.m. aproximadamente y, al no encontrar a ningún poblador de esta comunidad, temerosos se instalaron de inmediato. Por la tarde, a aproximadamente las 3:00 p.m., efectuaron una operación de rastrillaje vivienda por vivienda, asesinando a toda persona que era encontrada dentro de ella. Entre los victimados figuran la anciana Francisca Gamboa Taype, Leonela Condoray Gamboa con sus siete hijos, Marcela Condoray Gamboa con sus cuatro hijos, Lorenzo Flores Ricra con sus cuatro hijos y Mauro Condoray con sus dos hijos.

Cuando los pobladores de esta comunidad se enteraron del establecimiento de la base contrasubversiva a los ocho días siguientes, el 14 de setiembre de 1984, un primer grupo de 40 familias descendió de las cumbres del cerro Saccsahuilca, portando banderas blancas desde, cerro en el que se habían refugiado por motivos de seguridad. Lo mismo hizo otros grupos durante los tres días siguientes, retornando aproximadamente 110 familias con sus respectivos utensilios y animales. Este número representa el 50% de los pobladores agrupados en Saccsahuilca, que bajaron para establecerse en Putis bajo la protección que ofrecía las Fuerzas Armadas; mientras que el otro 50% se estableció en la ceja de selva, en el lugar de Ccatumpampa, zona poseedora de vastos pajonales.

En Putis, los comuneros retornantes recibieron las órdenes de los militares de reconstruir las viviendas para retomar sus vidas, bajo la tutela de las Fuerzas Armadas. Por temor a nuevos ataques terroristas, los pobladores vivían entre los escombros de los caserones, bajo la protección militar.

Trascurridos unos meses de haberse establecido, a inicios de diciembre de 1983, descendieron de uno de los cerros aledaños cuatro personas provenientes de Marccaraccay, con una recua de acémilas que trasladaba víveres y cajas de cervezas. A aproximadamente las diez de la noche, los forasteros Añacc, Machamacha y Huaychao,⁹ solicitaron una audiencia con el capitán EP de la base contrasubversiva de Putis. En la reunión, entre licores, Huaychao convenció al jefe de la base de que los pobladores de la zona eran “rojos” y que en cualquier momento se revelarían para matar a toda la tropa. Acordaron

⁹ Añacc actualmente domicilia en la zona selva del valle del Río Apurímac, es sobrino-yerno de Atoc; este último radica en un asentamiento humano del norte de la ciudad de Huanta. Machamacha se ha convertido en dirigente de un asentamiento humano al sur de la ciudad de Huanta y se desempeñó como promotor del retorno de su comunidad de Marccaraccay; reside en el poblado de Capote. Finalmente, Huaychao es dirigente en una comunidad aledaña a la villa de San José de Secce, capital del distrito de Santillana.

entre ellos el exterminio total de los comuneros, para acabar con un gran contingente subversivo y posteriormente apoderarse de sus bienes y ganados, con el fin de negociarlos en la capital distrital de Santillana y en otros lugares.

Al rayar el alba del día siguiente, los militares, de forma grotesca, ordenaron formar a todos los pobladores en la plazoleta central de Putis. Allí los seleccionaron en grupos, separando a las mujeres y niños de los hombres, y obligándoles a cavar sus propias tumbas después. Cuando culminaron, los volvieron a juntar a todos en los hoyos que serían su última morada y les dispararon a diestra y siniestra, mientras clamaban por piedad.

La posteriormente denominada fosa de Putis es considerada la más grande del proceso de violencia armada interna, debido a que en ella fueron enterrados 123 pobladores —entre hombres, mujeres y niños— pertenecientes a las localidades de Cayaramayo, Vizcatampata, Rodeo y Orcohuasi, entre otras, en el distrito de Santillana, provincia de Huanta.

Este hecho se produjo el 13 de diciembre de 1984, cuando miembros del Ejército Peruano, acantonados en Putis, obligaron a los pobladores de aproximadamente ocho comunidades a trasladarse hacia las cercanías de la base militar. Allí pasaron la noche. A la mañana siguiente, tras la llegada de más uniformados, ordenaron a los campesinos varones a cavar un enorme hoyo de aproximadamente 30 m². Según rezan diversos testimonios, los militares decían que en aquella excavación sería instalada una pisigranja. La faena duró más de tres horas, mientras niños y mujeres aguardaban el término de los trabajos con inocultable temor.

Primero asesinaron a los varones. Entre el reclamo de sus mujeres e hijos, los campesinos fueron sacados a empujones del pequeño templo ubicado cerca de la fosa, en grupos de seis. Los ubicaron en fila y les dispararon a quemarropa. Luego siguieron las mujeres, varias de las cuales, las más jóvenes, fueron primero ultrajadas por los criminales antes de ser victimadas. Junto a ellas, ejecutaron a dieciocho niños, cuyas edades oscilan entre uno y trece años.

Al terminar la matanza, los soldados bajo las órdenes del Comandante “Óscar”, del Capitán “Cuervo”, del Teniente “Lalo” y de otro oficial conocido como “Bareta” —seudónimos que reconocieron algunos testigos de los hechos que lograron huir antes del genocidio—, sepultaron los cuerpos con tierra y piedras tanto en la primera y más grande fosa, como en la segunda excavación, ubicada debajo del local donde un día funcionó la escuela de Putis.

De esta trágica matanza pudo salvarse un niño de ocho años de edad, que fue protegido de las balas asesinas por el cuerpo inerte de su abuelo que cayó victimado. Luego de ponerse a salvo, logró reconocer entre los militares a varios civiles, entre su tío, Machamacha. Al hacerlo, corrió hacia él en forma inmediata, se prendió de su pierna fuertemente y, entre lágrimas, suplicó perdón y piedad por su vida. “Tío, por favor, no me mates, no me mates...”, lo recuerdan los ichus ensangrentados y los cientos de cuerpos inertes que yacían como mudos testigos. Apiadado del clamor de su sobrino, Machamacha pide a los militares dejarlo vivo. Aquel niño responde al nombre de Eusebio y, en la actualidad, radica en la ciudad de Huanta. Cumplió con su Servicio Militar Obligatorio y debió de salir de baja en 1998. Don Oscar Calderón, domiciliado en el asentamiento humano de Hospital Baja, nos puede proporcionar referencias sobre el niño sobreviviente al genocidio en los Andes.

El grupo de militares permaneció aproximadamente una semana más en el lugar de los hechos, en posesión de los ganados y en compañía de los forasteros Huaychao, Atoc, Añac y Machamacha.

Al llegar el crepúsculo, en Cayaramayo, nos condujeron a una pequeña chocita, construida rudimentariamente con piedras y barro y techada con ichu, cuyas vigas eran palos extraídos del

árbol Ccenhua. Esperábamos impacientes un lugar en donde descansar cuando llegó una comitiva de comuneros para preparar el lecho: portaban abundante ichu seco que colocaron en el piso húmedo y que cubrieron luego con frazadas en donde nos acobijamos. Fue así que dormimos en la cocina de una humilde familia campesina. La densa neblina desciende a partir de las 3:00 p.m., para envolver a toda la comunidad, como si la madre naturaleza quisiera proteger a sus hijos de cualquier peligro.

Ccatumpampa

Otro contingente humano que se salvó de la muerte, al no bajar a la base militar de Putis, se dirigieron a Ccatumpampa, este grupo no recibió ningún ataque por parte de los subversivos, sino que al contrario fueron objetos de 3 intervenciones perpetrados por los militares y una por parte de los integrantes de las montoneras, organización civil antisubversiva anterior al surgimiento de los Comité de Autodefensa Civil.

Primer ataque militar a Occoruyocc y la huida desesperada. Una patrulla militar de la base de Ayahuanco ingresó a Occoruyocc (pago que se halla dentro de Putis). Anteriormente en este anexo habitaban aproximadamente cincuenta comuneros, que al ver que los militares habían asesinado a don Saturnino Fernández Huayllasco y a doña Odilia Vargas Quispe, apropiándose de doscientos ovinos y cien vacunos, decidieron huir en dirección al valle del Río Apurímac, para ponerse a salvo de cualquier acto contra ellos.

Segundo ataque, Machayniyocc-Ccatumpampa. Un promedio de setenta personas pertenecientes a la montonera de Marccaraccay, portando solo granadas, ingresó a Machayniyocc-Ccatumpampa, asesinando a la niña Dominga Vargas Mendoza de solo trece años de edad. Los montoneros reconocieron a la niña pastora y, aduciendo que era una espía de los subversivos, le ataron las manos y la ahorcaron en un tronco. Después se llevaron a dos comuneros de Ccatumpampa, identificado uno como Guillermo Quispe Potosino y otro apellidado Mendoza, que entonces se desempeñaba como agente municipal de Mosocellaccta. Los asesinaron a ambos en Montecococha: les ataron las manos y los pies y, uniendo sus cabezas pegadas al suelo, pusieron una granada entre ambos que, al explotar, los dejó totalmente destrozados. El autor de este execrable crimen fue el comando “Zorro”. No se llegó a saber si él conducía la patrulla, pero sí la integraba.

Tercer ataque, Machayniyocc-Ccatumpampa, febrero de 1985: persecución militar y una testigo clave. Una patrulla militar de la base de Ayahuanco ingresó a Machayniyocc-Ccatumpampa cuando se encontraban efectuando un patrullaje de rastrillaje o persecución de los subversivos. Ingresaron a la comunidad aproximadamente a las 2:00 p.m., dando una señal con tres disparos al aire para que la gente del lugar se reuniera. Tras una charla sucinta con las personas más próximas que atendieron el llamado, los militares manifestaron que después de las 8:00 p.m. nadie ingresaría a la comunidad. A aquel que se aproximara pasada estas horas se le dispararía a matar. Esta reunión se llevó a cabo cuando los militares ya habían matado un vacuno para preparar una pachamanca. Aquel día no se dio muerte a nadie; los comuneros y militares pernoctaron en dicha comunidad. A las seis de la mañana los militares ordenaron a todos los comuneros trasladarse junto con sus pertenencias y ganados hacia Ayahuanco y, luego de haber caminado aproximadamente una hora y media, los efectivos de las Fuerzas Armadas distinguieron en la zona de Ccenhuahuaycco un gran número de ganados, por lo que decidieron retornar al pago antes mencionado.

En Ccenhuahuaycco, hallaron 23 jefes de familias (48 personas) que se habían refugiado en esta zona ante la hostilidad de los soldados. Estas familias provenían en gran número de las comunidades de Cayramayo y Vizcatan Chico; habían edificado unas cuantas precarias viviendas con el fin de protegerse

del inclemente clima frígido. Los militares sacaron a todas las personas de sus escondites y les dieron muerte a balazos. Tras la búsqueda de más personas refugiadas, a una distancia de solo cinco minutos de caminata del lugar en donde se produjo la matanza de los comuneros, hallaron a un grupo de mujeres que se albergaban dentro de una chocita a medio destruir. También a ellas las asesinaron, dejando los cadáveres tal y como cayeron. Luego procedieron a apoderarse de aproximadamente doscientos ovinos y cien vacunos que fueron conducidos junto con los comuneros de Machayniyoc hacia Ayahuanco, capital del distrito del mismo nombre, en donde tenían instalada la base militar contrasubversiva.

Una testigo clave de estas condenables masacres de Ccenhuahuaycco es doña Flora Mendoza Quispe, quien presenció el genocidio. Ella en la actualidad vive en la ciudad de Huamanga.

Cuarto ataque, 18 de abril de 1985: los crímenes militares en Maccmasenhua Mollepata. La patrulla militar de la base contrasubversiva de Ayahuanco arribó al pago de Maccmasenhua Mollepata a las 3:00 p.m. Ingresaron disparando y asesinando a quienes encontraban a su paso, victimando a 18 personas, entre ellos a Clemente Fernández, Fermín Madueño Lunasco y Anesita Fernández Lunasco, los dos últimos provenientes de la comunidad de Cayramayo; también dieron muerte a varios niños menores de 12 años. Luego procedieron a reunir a todos los ganados, varios cientos de ovinos y vacunos, al igual que 150 llamas, para apoderarse de todos ellos.

Al día siguiente, el 19 de abril, los militares retornaron a Maccmasenhua Mollepata, a aproximadamente las 11:30 a. m. Los comuneros, al verlos, echaron a la fuga, pero los efectivos lograron capturar a dos mujeres: doña Catalina Mendoza Quispe, madre de Gerardo Fernández, fue asesinada con diversos disparos en el cuerpo; su hija, Teófila Fernández Mendoza, de 24 años de edad, fue conducida al cuartel de Ayahuanco, en donde fue violada y golpeada. En la actualidad Teófila Fernández vive en Mayapo, Llochegua.

■ Lunes 15

Dormimos en Cayramayo, en una pequeña choza que a la vez servía de cocina, edificada a base de barro y piedra y techada con ichu y vigas confeccionadas del árbol de la Ccengua. El suelo, húmedo por naturaleza, se hallaba cubierto en gran parte por ichu y, sobre este, se colocaban frazadas o pellejos que nos permitieron acobijarnos y sobreponernos al intenso frío.

EL GRITO DE LOS MUERTOS
(La verdad de la masacre en Putis)



Mapa de la zona de Putis en la que se efectuó el recorrido
© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.

A las 4:00 a. m., nuestro sueño fue interrumpido por dos laboriosas “mamitas”, quienes madrugaron para preparar el desayuno: un poco de maíz tostado o “cancha”, haba sancochada o “puspu” y su

infaltable queso. El plato era muy especial. Consumimos la agradable carne de venado; además, en el desayuno, almuerzo y cena no faltaba jamás la sopita de morón o arroz, sazonada con albaca, yerba silvestre que crece en estas regiones andinas que preservan aún estas costumbres milenarias y sazón incaica. El fogón ardía intensamente, consumiendo las ramas del Ccehuincha y regalándonos un poco de calor para menguar el intenso frío de la madrugada.

Buscando el testimonio de los muertos. Bajo un intenso frío, previa verificación de las coordenadas, salimos de la comunidad de Cayramayo aproximadamente a las ocho de la mañana. Éramos un promedio de catorce personas armadas con una escopeta, un fusil wíchester, un máuser prestado de la comunidad de Tocas Qesera y una carabina perteneciente a la comunidad de Cayramayo. Un pequeño grupo de ronderos se adelantó para rastrillar la zona e ingresar con mayor tranquilidad, puesto que se trataba de una zona liberada, un territorio con presencia subversiva en ese momento. Luego de haber caminado por veinte minutos, ingresamos al pago de Putaccopata, en donde apreciamos todas las viviendas totalmente destruidas. Proseguimos el viaje por sinuosos caminos e interminables pajonales; la densa neblina y el inclemente frío curtían la piel del rostro, agrietando nuestros labios. El cansancio se hizo notorio, con el propósito de avanzar más rápido nos proporcionaron caballos para montar. Después de una hora de caminata, arribamos a Masuhuacancha, comunidad de regular dimensión que, al igual que las otras, pertenece a la zona de Putis. Esta se ubica en una pequeña lomada y para llegar a ella se tiene que atravesar un abra por donde pasa el río del mismo nombre, cuyas aguas descienden desde Cayramayo. La vegetación es totalmente diferente: se encuentra otra variedad de pastizales y abundantes flores silvestres propias de la ceja de selva. Es sorprendente percibir cómo el poblador andino ha logrado aclimatarse a tan abrupto clima y accidentada geografía. Cabalgamos hasta faltar veinte minutos para llegar a la comunidad de Putis; a partir de allí, los charcos, lodazales y riachuelos fueron constantes en nuestro andar. Nos detuvimos para poder observar la comunidad de Putis, que, por unos instantes, fue cubierta totalmente por una densa neblina, impidiendo la visibilidad de gran parte de su área. Entonces el grupo se dividió en cuatro: dos para inspeccionar la misma comunidad, uno para la caza venados y el último a la espera de la señal para el ingreso a la comunidad de Putis. En la cima del cerro que la circunda se halla la laguna de Moroccocha.

Arribamos a Putis a las diez de la mañana. Ubicada en una considerable extensión de terreno llano, su vasta vegetación se debe al hecho de hallarse ubicada en la ceja de selva. El área habitada de la comunidad es de regular tamaño; alberga una iglesia, una escuela de tres aulas y una dirección, con su respectivo campo deportivo y de formación, y varias viviendas, cada una con grandes corrales, por lo que se puede deducir la gran cantidad de ganados que poseía cada uno de los pobladores.

Las viviendas construidas rústicamente de piedra y barro yacen destruidas y abandonadas. Tras una inspección previa del lugar, ingresamos al interior del local del centro educativo primario, en donde encontramos un hoyo en cuya superficie yacían las ropas coloridas de los campesinos que habitaban estos lares. En busca de restos óseos, profundizamos la excavación: únicamente hallamos más vestimentas.

Entonces decidimos hacer otro hoyo en el siguiente salón, al observar las paredes de las aulas derrumbadas solo en una parte. Luego de cavar por buen rato, volvimos solamente a hallar más ropa y utensilios. El tiempo transcurría, el cielo comenzaba a nublarse, la garúa constante mojaba nuestros cuerpos y la desilusión e impotencia se apoderaba de nosotros, por haber realizado un viaje tan largo, penoso y peligroso sin poder hallar nada, sin encontrar ninguna prueba de los genocidios practicados en esas comarcas. Paralelamente, otro grupo comenzó a cavar en la parte posterior de la escuela; la esperanza irradiaba nuestros ojos, por encontrarse esta tierra suelta, con relación a los anteriores lugares. Cavamos aproximadamente un metro, pero sin resultado alguno, cuando de súbito cesó de llover e imperaron los rayos solares, como avizorando buenas nuevas.

“¡Pachamanca!” fue el grito del comunero Gerardo Fernández para hacernos acudir hasta donde él se encontraba: había hallado un fémur enterrado. Todos empezamos a limpiar la zona cubierta de hierbas y ramales. El lugar no permitía conjeturar la ubicación de las fosas por encontrarse recubierto de piedras y cascajos. No fue mucho lo que limpiamos cuando de repente jalamos una ropa que se encontraba semienterrada y con ella salieron más restos óseos. Profundizamos la excavación y encontramos una fosa de dos metros y medio de largo y metro y medio de ancho, en donde se hallaban los cientos de cuerpos cruelmente asesinados. Fue grande nuestra sorpresa cuando apreciamos una lliclla en intacto estado; la abrimos luchando contra el peso de la tierra y encontramos los restos de un niño de aproximadamente dos años de edad. El manto se hallaba atado a un cúmulo de costillas y un cráneo grande, por lo que deducimos que era la madre de la criatura, que había sido asesinada con su hijo cargado en la espalda.

Seguimos escarbando y encontramos más huesos, restos óseos de ancianos, jóvenes y niños que se podían distinguir por el tipo de prenda que llevaban, diferenciándose rápidamente a los varones de las mujeres y niños.

Es horrible imaginar cómo más de 130 personas se hallaban en esa fosa, como un cúmulo de leña, asesinadas en forma cruenta y aberrante. El imaginar aquellos momentos trágicos nos motivó a buscar los indicios que indicaran la forma en que fueron asesinadas. La respuesta se obtuvo al levantar un chullo, a fin de extraer el cráneo al que recubría. Al proceder a limpiarlo, se encontró una bala de FAL incrustada en el chullo, que llegó ahí luego de haber atravesado el cráneo dejando en él un orificio. Al parecer la bala se hallaba de salida.



*Los cadáveres de cientos de campesinos victimados en Putis.
© Asociación Paz y Esperanza.*

Era ya la una de la tarde y la neblina descendía con rapidez sobre la comunidad de Putis; simultáneamente, la lluvia recrudecía. Apenas distinguíamos otros lugares en los que sería posible hallar otras fosas comunes que, según las referencias de los campesinos que nos acompañaban, eran un total de cinco.

Fuga masiva a la ceja de selva de Ccerobamba. El resto de pobladores que huyeron de la execrable muerte suscitada en Putis decidió migrar a lugares mucho más seguros, adoptando una vida nómada. En su afán de escape, en junio de 1985, los refugiados en el pago de Ellacocha que se ubica dentro de

la comunidad de Putis, fueron arribados por una patrulla militar de la base de Putis aproximadamente a las 6:00 p.m. Todos los comuneros que se encontraban en ese momento decidieron escapar. Los militares, entonces, incendiaron todas las casas logrando llevarse los pocos utensilios y animales que pertenecían a los comuneros, llegándose a robar cincuenta ovinos. Los despavoridos pobladores huyeron en dirección a Ccerobamba, comunidad ubicada en la ceja de selva de la zona de Ipabamba, distrito de Llochegua. Llegaron a esta comunidad el día 12 de agosto de 1985, en la cual permanecieron hasta el 6 de octubre del mismo año.



Los campesinos masivamente huyen a la selva de Ccerobamba
© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.

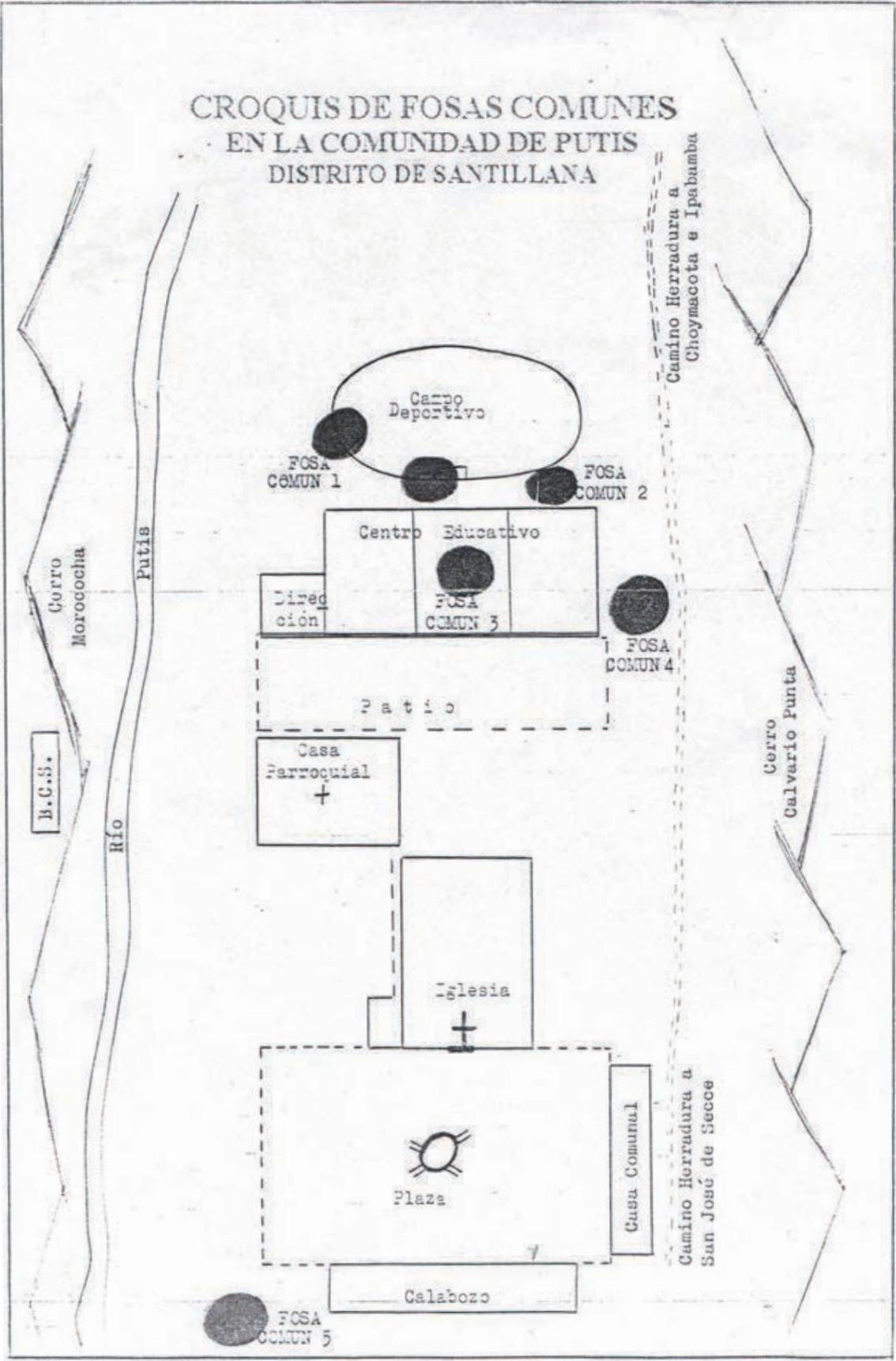
Octubre de 1985, un mes morado con banderas blancas. En Ccerobamba Masamachay, se reunieron unas 86 personas que huyeron de la última incursión militar. Aquí es donde el comunero don Gerardo Fernández fue nuevamente nombrado autoridad de Ccerobamba. Decidieron ir a vivir a Ipabamba, zona selva del distrito de Llochegua. El 6 de octubre de 1985 bajaron a la selva desde Ccerobamba, sirviendo este lugar como punto de reunión para las demás personas provenientes de pagos aledaños como el de Rodeo, Ellacocha y otros más, que llegaron a sumar 150 personas en total. Partieron con sus respectivas acémilas y bultos en mano y llegaron el 7 de octubre de 1985 a Corazón Pata, portando banderas blancas. Los miembros de los comités de Defensa Civil los recibieron deteniéndolos durante dos días, para luego entregarlos a los navales que se encontraban acantonados en Llochegua. Estos tomaron sus manifestaciones durante todo el día y acordaron que se quedarían en la base militar de Llochegua durante tres meses de forma obligatoria. Transcurridos los tres meses, la gran mayoría decidió continuar sus vidas en este lugar, por haber conseguido terrenos y trabajo, aunque algunos se quedaron como subempleados.

Entrevista con el Presidente de la República. Luego de haberles tomado sus manifestaciones, los efectivos de la Marina detuvieron a todas las autoridades que se entregaron, un total de dieciocho dirigentes, y los trasladaron en helicóptero a la ciudad de Ayacucho. Desde ahí, los condujeron a la ciudad de Lima, en donde lograron conversar sobre su situación con el Presidente de la República de ese entonces, el doctor Alan García Pérez. Luego de ocho días, los retornaron a Llochegua. Cabe mencionar

que no todas las dieciocho autoridades detenidas eran de las comunidades de Ellacocha o Ccerobamba Masamachay, sino que también provenían de Ucumvilca y San Cristóbal, quienes fueron capturados en un número de 130 personas por miembros de la patrulla del comité de Defensa Civil de Corazón Pata y que tuvieron el mismo destino, Llohegua. Este hecho sin precedentes fue publicado en diversos diarios de circulación nacional, como veremos más adelante en un acápite especial.

A la una de la tarde, con el trabajo concluido, dejamos Putis. Caminando cuesta arriba, nos instalamos en un cerro cuyo nombre desconocemos para efectuar la repartición de la carne de venado producto de la caza. En nuestro primer descenso, a las 2:15 p.m., agobiados por el hambre, decidimos almorzar cancha con queso. A fin de poder aplacar el frío, uno que otro bebía su “ccapro”, nombre que le otorgan al trago cuando este es llevado en una botella descartable.

Nuestro viaje desde Putis hasta Cayramayo lo realizamos a caballo, por encontrarse nuestros calzados completamente húmedos por los innumerables puquiales que cruzamos en nuestra travesía. Al reingresar a la comunidad de Cayramayo, aproximadamente a las 4:00 p.m., quedamos sorprendidos al encontrarnos con setenta efectivos de las Fuerzas Armadas. Veinte de ellos pertenecían a la Policía Nacional: se encontraban portando sus respectivas boinas negras. Treinta pertenecían al Ejército: se hallaban en misión de patrullaje, provenientes de Ccellhuacocha y Carhuahuran, y debían avanzar en dirección a Ayahuanco hasta llegar a Huancavelica, su paradero final. Los veinte restantes eran de la DINCOTE-Ayacucho.



© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.

Putis

Conforme figura en el acta del 19 de abril de 1977, los feudatarios calificados por la Subdirección de Reforma Agraria y Asentamiento Rural de la Zona Agraria XIII – Ayacucho fueron: Oswaldo Fernández Cusiche, cuyos descendientes directos y legítimos son Carlos Fernández Quispe, Petronila Fernández Quispe, casada con Roberto Vásquez Romaní, Nelson Fernández Quispe, Presila Fernández Quispe, casada con Armando Quispe Vargas, Alex Fernández Quispe, Efraín Fernández Quispe, Vilma Fernández Quispe, Aida Fernández Cóndor y Julián Quispe Chávez; Luciano Quispe Villar cuyos descendientes son Antonio Quispe Vargas, Anatolia Quispe Vargas y Flora Quispe Vargas; Simeón Quispe Curo, cuyo descendiente es Simeón Quispe Curo; Melquiades Ccente de la Cruz, cuyos descendientes son Concepción Ccente y Benito Ccente; Vidal Farfán Fernández, cuyo descendiente es Salomia Farfán Huayllasco; José Lunasco Ccente, cuyo descendiente es Alfredo Rojas Lunasco; Urbano Cruz Curo, cuyo descendiente es Paulino Cruz Quispe; Felipe Quispe Potocino, cuyos descendientes son Ceriano Quispe Curo y Javier Quispe Curo; Donato Fernández Quispe, cuyo descendiente es Donato Fernández Quispe; Glicerio Farfán Fernández, cuyos descendientes son Teófilo Farfán Quispe, Martha Farfán Quispe y Celestina Farfán Quispe; y Víctor Fernández Huayllasco, cuyos descendientes son Simona Fernández Mendoza, Alejandra Fernández Mendoza y Eduarda Fernández Mendoza.



*El autor del libro junto a los sobrevivientes de la masacre de Putis,
bajo el mural que perenniza el genocidio más grande ocurrido en el Perú (Julio 2013).
© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.*

El predio rústico de Putis tiene un área superficial de 5888.7000 hectáreas, conforme la aprobación del plano de afectación por el Decreto Supremo N.º 1223-75-AG del 17 de setiembre de 1975. El grupo campesino de Putis se formó el 19 de abril de 1977 y se inscribió en el libro de registro de grupos campesinos de la ORAMS el 3 de junio de 1977. Mediante la Resolución Directoral Regional N.º 059-2002-CTAR-AYAC-DRA/OAJ del 24 de abril de 2002, el grupo campesino de “Putis 65” se transformó en la comunidad campesina de Putis-Pampahuasi, al fusionarse con los adjudicatarios de

Pampahuasi. Uno de sus últimos hacendados fue don Roque Hernando López.

En Putis, antes de la presencia de Sendero Luminoso, existían un promedio de setenta familias que constituían un total de trescientos habitantes. Adicionalmente radicaban dos profesores. La escuela funcionaba hasta el sexto grado de primaria con un promedio de sesenta alumnos.

Putis era una zona eminentemente ganadera: cada familia poseía de 50 a 200 vacunos y de 100 a 250 ovinos, sin dejar de mencionar al ganado porcino y caprino cuya presencia, en comparación con los otros animales, era menor.

Primer ataque, octubre de 1982. Un grupo armado de cincuenta subversivos ingresó a Putis a aproximadamente las diez de la mañana, reuniendo a todos los comuneros en la plaza principal. Allí llamaron lista y sacaron a Santos Quispe, teniente gobernador; lo pusieron de rodillas y le dieron un disparo en la cabeza y, al tener una agonía lenta, lo remataron con otro balazo en el cráneo. Los subversivos se quedaron durante todo el día en la comunidad, a la cual pidieron colaboración. En pleno acto delictivo por parte de los subversivos algunos comuneros lograron escabullirse entre los matorrales y escapar hacia San José de Secce. Tres comuneros, Albino Lunasco, Leoncio Quispe y Oscar Calderón, llegaron a la capital distrital de Santillana, en donde informaron de los hechos acontecidos en Putis a los efectivos militares. Estos partieron al día siguiente en dos helicópteros, pero, al no hallar a ningún senderista, retornaron a su base militar.

Los senderistas, antes de realizar su retirada, izaron alrededor de la comunidad de Putis tres banderas rojas y repartieron folletos con apologías sediciosas a los comuneros.

Segundo ataque, setiembre de 1983: ajusticiamiento de “soplones” y autoridades. Aquel fatídico día ingresó a la comunidad de Putis una columna subversiva conformada por 48 varones y 15 mujeres, todos ellos armados, aproximadamente a las tres de la madrugada. Sacaron a todos los pobladores de sus viviendas y los obligaron a reunirse en la plaza principal. Allí los hicieron formar y llamaron su tan mentada “lista negra” con los causales por los que se les acusaba como enemigos de la lucha armada.

En la nómina senderista, figuraban los comuneros Alejandro Fernández, Paulino Fernández, Leoncio Quispe, Savina Cavalcanti, Orejol Cavalcanti, Ricardo Fernández y otros dos apellidados Bautista y Cavalcanti, quienes fueron acusados de ser “soplones”; asimismo citaron al teniente gobernador don Mario Curo y al agente municipal don Enrique Curo. A todos ellos los hicieron formar en fila india para dispararles una sola bala que atravesó la cabeza de todos; únicamente quedó agonizando don Leoncio Quispe, a quién le dieron muerte con dos balazos en el rostro. Todo este aterrador cuadro de asesinatos se dio en medio del adoctrinamiento subversivo a los comuneros. Luego de cumplir con este execrable acto los subversivos se retiraron de Putis.

Tercer ataque, agosto de 1983: ¿Putis base de apoyo subversivo? Aproximadamente cincuenta miembros del grupo Sendero Luminoso ingresaron a la comunidad de Putis a las tres de la madrugada. Reunieron en forma obligatoria a todos los comuneros en la plaza principal y llevaron a cabo una asamblea en la que, de forma dictatorial, establecieron como base de apoyo a la comunidad de Putis y obligaron a los comuneros a replegarse hacia las comunidades de Piedray, Ccatumpampa y Cceullabamba. Terminada la asamblea, todos los comuneros fueron conducidos junto con sus pertenencias y animales a los lugares anteriormente mencionados, sin dejar a un solo habitante en esta comunidad. Todas estas personas, en su afán de escapar de las salvajes muertes que realizaban los subversivos, se vieron obligadas a obedecer, aunque muchos de ellos se retiraron a vivir en los cerros y cuevas durante casi todo un año.

Genocidios Inexplicables. Días después, el 6 de setiembre de 1984, ingresaron los militares a la

comunidad de Putis para establecer en esta su base contrasubversiva. Es aquí donde se da inicio a la historia central de las fosas comunes en Putis. Más de 110 familias bajaron a esta base militar en busca de ayuda y se encontraron con una aterradora muerte; por ello es indispensable tener en cuenta las historias recabadas de Sallhuayamacniyocc, Masuhacancha, Piedray, Sinhua y otras comunidades afectadas.

Sallhuayamacniyocc - Zona Putis

Antes de las incursiones de Sendero Luminoso en la comunidad de Sallhuayamacniyocc, existían un promedio de 76 familias que hacían un total aproximado de 300 habitantes, todos ellos dedicados a la actividad agro, logrando tener entre 50 y 150 vacunos por familia y entre 50 y 200 ovinos, sin dejar de poseer ganado equino y auquérido, aunque en menor proporción. Esta comunidad sufrió dos ataques.

Primer ataque, 30 de setiembre de 1983. Una columna de ochenta hombres armados, todos ellos pertenecientes a las filas de Sendero Luminoso, ingresó a esta comunidad a las once de la mañana. Luego de rodear la comunidad, sacaron a todas las personas de sus viviendas y las reunieron en su plaza principal. Allí, tras sus arengas subversivas y gritos contra el sistema de gobierno, llamaron a las autoridades y a quienes se encontraban en su lista, sumando un total de veinte personas. Frente a todos asesinaron al teniente gobernador don Dionicio Cusichi Vargas (exlicenciado) y a su señora esposa, disparándoles en la cabeza. También asesinaron al agente municipal don Dalicio Fernández y a otras tres personas, a quienes les ataron las manos y trataron de estrangular con una soguilla en el cuello. Al ofrecer resistencia, procedieron a acuchillarlos en diversas partes del cuerpo y les dieron muerte con una puñalada a la altura del corazón.

Luego de este aberrante acto los subversivos designaron al señor Simeón Curo Fernández como su responsable dentro de la comunidad de Sallhuayamacniyocc y pidiendo de los comuneros obediencia absoluta, de lo contrario correrían la misma suerte que sus compañeros. Los subversivos, siguiendo su plan de adoctrinamiento, se quedaron durante todo un día y una noche en esta comunidad, para luego retirarse con dirección a Putis. Cabe acotar que perdonaron la vida de los hijos de las personas asesinadas, pero quemaron sus viviendas y pertenencias y sacrificaron a sus animales para realizar una pachamanca.

Segundo ataque, noviembre de 1983. Se efectuó en la primera semana del penúltimo mes del año de 1983. Ingresó un número reducido de quince subversivos, por contar en esta comunidad con una organización establecida en esta comunidad. Los senderistas ingresaron al promediar las tres de la tarde; reunieron a todos los pobladores en la casa comunal y realizaron una asamblea. En esta reunión acusaron a doña Nicolasa Yupanqui Fernández y a su esposo don Víctor Quispe Condoray de apoyar al Ejército; ambos fueron conducidos a unas tres cuadras del lugar de la reunión para asesinarlos. Les ataron las manos y, con una soguilla en el cuello, los victimaron a cuchillazos; luego quemaron sus viviendas y robaron sus ganados y pertenencias. Consumado el crimen, retornaron para seguir con su proselitismo subversivo en lo que restaba del día, para después encaminar rumbo a Putis.

Incursión a Sallhuayamacniyocc. Luego de la segunda incursión perpetrada por las filas de Sendero Luminoso, ingresaron cuarenta efectivos de la Infantería de Marina a esta comunidad. En cuanto los pobladores los vieron aproximarse, echaron a la fuga hacia la zona de Putis, refugiándose al borde de los cerros Yanaorcco y Huachayccorcco. Posteriormente se desplazaron con todas sus pertenencias y ganados hacia Parobambilla. Aquí las huestes de Sendero Luminoso ingresaron para reclutar a todos los jóvenes y engrosar sus filas sediciosas: entre varones y mujeres, fueron un total de 35. Este hecho hizo

que los pobladores se movilizaran a diversos lugares. La gran mayoría decidió descender al pueblo de Ayahuanco portando banderas blancas, en tanto que otro grupo reducido decidió trasladarse a la zona selva del valle Apurímac, específicamente a la localidad de Llochegua.

Masuhuacancha - Zona Putis

Antes de las intervenciones de Sendero, habitaban esta comunidad doscientas personas. Era una comunidad de regular dimensión que contaba con una escuela, una iglesia, una casa comunal y un almacén; también poseía un campo deportivo. Las viviendas estaban edificadas a base de barro y piedra; se le conoce también con el nombre de tapiales.

Las actividades principales de los pobladores eran la agricultura y, sobre todo, la ganadería. Cada familia tenía entre 25 y 30 vacunos, 150 ovinos, entre 50 y 150 auquénidos. En esta comunidad, además, se cultivaba papa waña, oca, olluco, mashua, entre otros tubérculos.

La comunidad de Masuhuacancha sufrió en dos oportunidades incursiones subversivas, las mismas que a continuación detallamos.

Primer ataque, setiembre de 1983. Un numeroso grupo armado de 180 senderistas ingresaron a la comunidad de Masuhuacancha a aproximadamente las dos de la madrugada. Estos subversivos llegaron a esta comunidad después de haber incendiado una vivienda en Rodeo; el fuego con el que ardía la casa advirtió con anticipación a los comuneros de la presencia senderista, provocando su huida de forma inmediata hacia la cima de los cerros Mollo Orcco y Uchuy Cccasa. Los subversivos, al no encontrar a nadie en la comunidad, decidieron quemar las viviendas, luego de saquearlas y robar un total de 300 animales. Después de estas acciones, los subversivos se dirigieron a la comunidad de Parobamba. Los pobladores que se encontraban escondidos en los cerros decidieron bajar a su comunidad al día siguiente, para vivir desde aquella fecha en total zozobra.

Segundo ataque, noviembre de 1983. Más de trescientos subversivos, todos ellos armados con granadas caseras, cuchillos y armas de fuego, ingresaron a las cuatro de la madrugada a la comunidad, rodeándola en un inicio para evitar la fuga de alguno de los campesinos. Seguidamente, sacaron a todos los pobladores de sus viviendas y los trasladaron a la zona de Vizcatan Chico, al lugar denominado Ccochamuccopampa que se encuentra a 28 minutos de caminata desde Masuhuacancha. Llegados a ese sitio los hicieron formar y uno de los miembros senderistas extrajo de su bolsillo la “lista negra” en donde se encontraban los nombres de las autoridades y de todas las personas que serían asesinadas. En un primer momento llamó solo a las autoridades y a los demás pobladores los ubicaron aparte. Los subversivos formaron una muralla humana de forma circular para evitar la fuga de alguno de los comuneros y, en presencia de todos, dieron muerte al teniente gobernador, atándole las manos y poniéndole de rodillas, le cortaron la yugular y luego le destrozaron el pecho a patadas. Mientras realizaban esta espantosa sentencia, otros daban vivas a la lucha armada; uno de ellos gritó a viva voz “¡un miserable más a muerto!”. Una parte de subversivos retornó a Masuhuacancha para quemar las viviendas y robar los utensilios y animales, un total de 670 cabezas de ganados. El grupo que se quedó vigilando a los comuneros realizó adoctrinamiento y amenazó a todos para que no aceptasen ninguna autoridad impuesta por el gobierno, caso contrario serían asesinados. Reunidos los senderistas con los provenientes de Masuhuacancha, prosiguieron su marcha hacia el cerro Yanaorcco.



*Mujer joven victimada a machetazos por Sendero Luminoso, esta escena representa la tragedia vivida en el ande peruano.
© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.*

Los pobladores, desesperados, retornaron a su comunidad y, al ver la totalidad de sus viviendas incendiadas, trataron de recuperar algo y reconstruir sus viviendas. Esta actitud les duró solo dos semanas, puesto que no contaban con nada, ni siquiera alimentos; por ello decidieron retirarse hacia las cumbres del cerro Saccahuilca, para vivir en cuevas y rudimentarias chozas, siempre alertas de cualquier otro ataque. Aquí debemos relacionar esta narración con lo ocurrido en Putis cuando estos comuneros refugiados en Saccahuilca decidieron bajar a la base contrasubversiva de Putis portando banderas blancas y que luego fueron asesinados por quienes debían protegerlos.

Ccenuahuaycco

Los pobladores que se refugiaron en este lugar provenían en su mayoría de la comunidad de Cayramayo; también de Vizcatan Chico, Masuhuacancha y Sallhuayamacniyocc. Hostigadas por Sendero Luminoso y las Fuerzas Armadas, más de 102 personas decidieron establecerse con sus ganados y pocas pertenencias en esta comunidad de Ccenuahuaycco.

En 1983 —no se logró determinar con exactitud el día y el mes—, a las 4:00 a. m., ingresó un grupo de las Fuerzas Armadas, muy posiblemente perteneciente a la Infantería de Marina, conformado por un total de cuarenta efectivos guiados por un grupo reducido de civiles. Los pobladores fueron reunidos en la parte céntrica de la comunidad y fueron acusados a viva voz de ser miembros del grupo armado de Sendero Luminoso y, en otros casos, de haber apoyado incondicionalmente a este grupo subversivo. Por ello los militares los colocaron en fila y, ante los pedidos de clemencia de los pobladores, los miembros de la Marina, metralleta en mano, comenzaron a soltar ráfagas de balas en dirección de los campesinos. Sus cuerpos cayeron uno sobre otro y aquellos que en el intento de escapar perecieron, quedando en sus rostros graficada la desesperación de poder escapar de la muerte sin lograrlo. La patrulla civil y militar dejaron los cuerpos tal cual fueron asesinados y, sin reparo alguno, procedieron a robar los animales de los comuneros victimados, ochocientos ovinos, cien vacunos y cien porcinos aproximadamente. Con todos estos ganados se marcharon del lugar en donde cometieron el más atroz genocidio perpetrado en

el ande del Perú ensangrentado.

Entre los cuerpos inertes de los cadáveres, asomó la mirada desconcertada de una niña de aproximadamente tres años, que emergió de entre los muertos con el cuerpo cubierto de sangre y con lágrimas en los ojos al ver que su familia había sido asesinada. Así, completamente ensangrentada e ilesa, huyó presurosa en busca de ayuda. Después de un promedio de dos horas de caminata, llegó a Puncoccasa y encontró a Gerardo Fernández Mendoza y a su tío Luciano Quispe Villar, quienes al ver a la niña pidiendo auxilio la socorrieron en forma inmediata. Luego de una explicación detallada sobre la matanza, se apersonaron al día siguiente al lugar de los hechos y enterraron a las víctimas en tres fosas comunes. La niña que pudo escapar responde al nombre de Flora Mendoza Quispe y en la actualidad vive en la ciudad de Huamanga, en el barrio de Carmen Alto.

Pulpiriapampa

En agosto de 1983, un promedio de sesenta jefes de familia de la comunidad de Parobambilla, con sus ganados y demás pertenencias, se trasladó a la zona selva de Choymacota, que en ese momento se encontraba bajo la jurisdicción del distrito de Santillana, aunque actualmente pertenece al distrito de Llochegua. Los infantes de la Marina, provenientes de la base de Llochegua, realizaban patrullaje por estas zonas y, al percatarse de la presencia de los comuneros que venían en dirección a ellos, decidieron parapetarse y esperarlos. Cuando los comuneros llegaron a Pulpería, precisamente a un puente que es el paso obligado para llegar a la zona Choymacota, antes que atravesaran el río Pulperiapampa¹⁰, los marinos los emboscaron y les dispararon a quema ropa. No dejaron más que una sobreviviente: una mujer llamada Emilia Quispe Fernández que falleció quince años después, en julio de 1997.

Los marinos dejaron los cadáveres esparcidos en el suelo, tal cual quedaron al ser asesinados; muchos cayeron al río y fueron arrastrados en dirección a la selva. Al tercer día, los hermanos Luci, Glicerio y Desiderio Farfán Chocce, avisados por la sobreviviente Emilia, se apersonaron al lugar de los hechos. Los acompañaba un grupo de cuatro personas contratado por doña Emilia: quería darles diara cristiana sepultura porque entre los cadáveres se encontraba toda su familia. Héctor Fernández, que en ese momento tenía nueve años de edad y había sido reclutado por Sendero Luminoso, presencié el entierro de las víctimas. Rompiendo su silencio, señala que “los cuerpos hallados estaban descuartizados y algunos totalmente destrozados a causa de la explosión de granadas”. Los cadáveres se enterraron en tres fosas comunes que se ubican al costado del puente y a orillas del río.

Héctor Fernández fue reclutado en Llamacniyoc, en 1983, por Sendero Luminoso. Permaneció con ellos dos años y nos ha contado sobre su vida dentro de esta organización; de ello trataremos en el siguiente capítulo.

Masacre en Putqa

Un grupo de personas de la comunidad de Putqa se dirigió a la ciudad de Huanta, dejando atrás a otras personas de la misma comunidad a las que habían acusado de subversivas. Sin reparo alguno, se apersonaron a Putqa con efectivos de la Marina en 1985. Según la versión del señor Faustino Figueroa,

¹⁰ El río Pulperiapampa nace en la comunidad de Cayramayo, atraviesa Masuhacancha, Putis y el mencionado Pulpería, recibiendo el nombre de la comunidad por la que recorre hasta llegar a desembocar en el río Apurímac.

governador de San José de Secce en ese tiempo, los autores del asesinato de los 38 comuneros de Putqa fueron los efectivos de la Marina, dado que se han hallado enlatados o provisiones de uso exclusivo de miembros de la Naval, así también como huellas de sus borsellis. Esta acusación sería ratificada por los sobrevivientes a la masacre.



Los efectivos de las Fuerzas Armadas también perpetraron crímenes contra los campesinos.

© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.

Los infantes de la Marina, al llegar a Putqa conducidos por civiles de esta misma comunidad, trasladaron a las personas que yacían en este lugar a una mina, aproximadamente a unas cinco cuadras de la comunidad. Los pobladores, aterrados e ignorantes del porqué de tal desgracia, ingresaron a la mina resignados a su suerte. En el interior los marinos procedieron a atarles las manos, ubicando sus extremidades superiores en las espaldas de cada una de las víctimas, y luego tomaron una cinta roja de una de las prendas de los comuneros usándola de soguilla para ponérselas en la boca semi abierta. Después, les cortaron el cuello con una cuchilla aserrada. Muchos de los cadáveres presentaban puñaladas en distintas partes del cuerpo.

De las 40 personas que ingresaron al socavón de la mina, únicamente se salvaron 03; los restantes murieron desangrándose pavorosamente. Uno de los tres sobrevivientes falleció en el trayecto a San José de Secce: su vientre estaba totalmente abierto por las puñaladas que le propinaron los efectivos de la Marina. Otra sobreviviente, doña Saturnina Chocce, logró ponerse a salvo pese a haber tenido el cuello cortado. Los miembros del Comité de Autodefensa Civil la rescataron en la choza abandonada en la que había hallado refugio y, luego de ser informados, se apersonaron al lugar de la matanza. Doña Saturnina Choque actualmente vive en la ciudad de Huanta y presenta notorias cicatrices en el cuello y en diversas partes del cuerpo producto de las puñaladas recibidas. El nombre y paradero de la tercera sobreviviente a la masacre de Putqa no se ha logrado obtener.



*Hombres, mujeres y niños fueron victimados sin piedad durante el periodo del conflicto armado interno en el Perú. Retablo “Pucayacu o Río de Sangre”. Museo de la Memoria Huanta, Municipalidad Provincial de Huanta.
© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú*

EL SILENCIO DE LOS VIVOS, ENTREVISTA CON EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Artemio Sánchez Portocarrero

Los campesinos que huyeron de la muerte en Putis en junio de 1985 se refugiaron en el pago de Ellacocha, que se ubica dentro de la misma jurisdicción comunal. Al llegar la patrulla militar de la base asentada en dicha zona, motivado por el temor en ese instante, decidieron escapar. Después de su huida, los militares incendiaron todas las casas e incautaron los pocos utensilios y animales que pertenecían a los comuneros. Los pobladores migraron nuevamente hacia Ccerobamba, a donde llegaron el 12 de agosto de 1985. Desde este lugar, agobiados por los dos fuegos, el 6 de octubre del mismo año, descendieron a la selva de Choymacota, llegando a Corazón Pata y Llochegua.

En Ccerobamba Masamachay, se reunieron unas 86 personas que huyeron de la última incursión militar. Recordamos que aquí designaron a un comunero como autoridad de Ccerobamba y decidieron todos ir a vivir a la zona de Ipabamba, zona selva del distrito de Ayahuanco, en ese momento, y del distrito de Llochegua, en la actualidad. El 6 de octubre de 1985 bajaron a la selva desde Ccerobamba, sirviendo este lugar como punto de reunión para las demás personas provenientes de diversos pagos aledaños, como el de Rodeo, Ellacocha y otros más, que llegaron a sumar 150 personas en total. Partieron con sus respectivas acémilas y bultos en mano y llegaron el 7 de octubre de 1985 a Corazón Pata, portando banderas blancas. Los miembros de los comités de Defensa Civil los recibieron deteniéndolos durante dos días, para luego entregarlos a los navales que se encontraban acantonados en Llochegua. Estos tomaron sus manifestaciones durante todo el día y acordaron que se quedarían en la base militar de Llochegua durante tres meses en forma obligatoria. Transcurrido los tres meses, la gran mayoría decidió continuar sus vidas en este lugar, por haber conseguido terrenos y trabajo, aunque algunos se quedaron como subempleados.

Una semana antes de que los pobladores de Ccerobamba llegasen a Corazón Pata, un grupo de 61 personas que militaron las filas de Sendero Luminoso se entregó en la referida comunidad, portando sus respectivas armas de combate, granadas de caseras o de guerra, carabinas, entre otras, con las que se les exigía luchar por la “causa del Partido”.

Luego de haberles tomado sus manifestaciones, los efectivos de la Marina, detuvieron a un total de 18 dirigentes pertenecientes a las comunidades de Ellacocha, Ccerobamba, Masamachay, Ucumvilca y San Cristóbal. Todos ellos fueron trasladados a aproximadamente las 8:00 a.m., mediante helicóptero, a la ciudad de Ayacucho, para luego ser conducidos a la ciudad de Lima, para tener una amplia entrevista con el Presidente de la República de ese entonces, el doctor Alan García Pérez. Permanecieron ocho días en la capital antes de volver a Llochegua.

La prensa nacional se ocupó de estos hechos, especialmente de su llegada a la antigua ciudad de Los Reyes y sus entrevistas con el Jefe de Estado y algunos miembros de su Gabinete. Lo cierto es que solo algunos medios de comunicación acertaron en la publicación de algunos hechos reales; la gran mayoría se transmitía erróneamente, tanto por equivocación como por malinterpretación de los datos proporcionados por sus fuentes. Además, solo un periódico pudo publicar apenas el apellido de uno de los líderes que se entregaron en Corazón Pata y Llochegua. Luego de arduas investigaciones de campo sobre estos hechos pudimos averiguar datos importantísimos que nos permitirán esclarecer la verdad después de más de una década y media del silencio de los vivos, protagonistas de estos sucesos que concitaron la atención regional, nacional e internacional.

“Conversó con ocho comuneros que se entregaron... Ayacuchanos fueron traídos en avión militar y conducidos a Casa de Gobierno”¹¹, publicaba *La República*, incluyendo varias fotos, entre ellas una

11 Reynaldo Muñoz, “Conversó con ocho comuneros que se entregaron/ Alan García afirma que no habrá diálogo con los alzados en

tomada en Llochegua a los comuneros que se entregaron con las banderas blancas aquel mes morado. Todos aparecen sentados, excepto un líder comunero quien, junto al general Juan Gil Jara, está en medio de los demás. El referido comunero es don Rubén Cabezas, natural del distrito de Santillana y propietario en ese momento de terrenos en el pago de Ccerobamba; él encabezó, junto a Gerardo Fernández, el descenso de sus 150 paisanos hacia Corazón Pata y Llochegua, como lo vimos en el capítulo anterior. Rubén, años más tarde de entrevistarse con el presidente García, volvió de Llochegua a su tierra natal de San José de Secce, en donde lo designaron jefe del Comité de Autodefensa Civil; posteriormente, como se encontraba requisitorizada por la justicia, sería detenido y encarcelado, pero obtendría luego su libertad para volver a su comunidad de origen.

El reportaje publicado por el periodista Reynaldo Muñoz en el diario *La República* es el siguiente:

En un gesto inusual y sin precedente alguno, el presidente Alan García dialogó (el 24 de octubre de 1985) durante dos horas, con ocho de los 51 campesinos de Llochegua quienes dejaron las filas de Sendero Luminoso y se entregaron pacíficamente a las autoridades militares en Ayacucho.

Los campesinos fueron traídos secretamente a Lima en horas de la madrugada (del día antes citado), en un avión militar que aterrizó en el Grupo N° 8 de la FAP, en el Callao, que estaba extraordinariamente resguardado.

Luego fueron llevados en una camioneta cerrada, color blanco, hasta la Casa de Gobierno. Extremas medidas de seguridad se adoptaron para el traslado de los comuneros. Personal uniformado de la Guardia Civil así como efectivos de civil de los servicios de inteligencia fueron desplazados en los lugares por donde pasó la camioneta rumbo a Palacio.

La reunión con el Jefe de Estado, iniciada poco después de las 10:15 de la mañana, se realizó en el salón Túpac Amaru, bajo el gran cuadro del cacique de Tungasuca.

Sentados en torno a una gran mesa rectangular —Alan García de un lado y los campesinos del otro— conversaron durante dos horas. En la reunión también participó el neurocirujano Fernando Cabieses, miembro de la Comisión de Paz, quien fue llamado de urgencia por el mandatario.

DE INCÓGNITO

Voceros de la Secretaria de Prensa invitaron a los periodistas a presenciar la reunión pero no pudieron ver los rostros de los campesinos, quienes estaban de espaldas a la entrada del salón, en sillas cuyos espaldares les cubrían hasta la cabeza, a salvo de las cámaras fotográficas y de televisión.

Según trascendió hay una orden expresa para mantener la identidad de los comuneros en estricta reserva, con la finalidad de evitar eventuales represarías de parte de Sendero Luminoso.

Los periodistas fueron mantenidos a quince metros de distancia. Una hilera de sillas les impedía el paso. Antes de ingresar al recinto los reporteros fueron advertidos de que no podían entrar con grabadoras. Todos fueron revisados. Sin embargo, alguno burló la disposición, pero de nada le sirvió tener grabadora pues tanto Alan García como los campesinos hablaban en voz baja, casi musitaban, aunque aguzando el oído se pudo captar algunas frases.

El diálogo a quince metros se realizaba con fluidez. El Presidente preguntaba y los campesinos respondían en castellano mezclado con quechua, ayudándose con gestos de las manos para hacerse comprender y consultándose de vez en cuando para redondear una idea.

En determinado momento, el mandatario se dirigió al que parecía ser el jefe del grupo. “¿Qué edad tienes?”. “Tengo cuarenta señor y tres hijos”. “¿Están vivos?”. “Sí”.

Luego diría que es agricultor, que en su pueblo Llochegua los senderistas les pedían cupos y los obligaban a darles alimentos.

armas/ Ayacuchanos fueron traídos en avión militar y conducidos a Casa de Gobierno”. Sección Política del diario *La República*, año 4, n.º 1391. Lima, viernes 25 de octubre de 1985, pp. 2-3.

BAJO AMENAZAS

Se les escuchó decir que cuando se negaban a colaborar eran amenazados, incluso con pena de muerte.

“¿Y conoce usted gente que haya muerto por esto?”. “Sí, señor”.

Otro comunero narró que había como diez senderistas que llegaban de vez en cuando a Llochegua armados de huaracas y lanzas y los obligaban a realizar trabajos.

Ante una pregunta presidencial, el que parecía el líder explicó que eran llevados como un grupo de apoyo para realizar labores de limpieza y algunas tareas, precisando que los senderistas preferían llevarse a los más jóvenes.

Al tocarse este punto un comunero se quejó amargamente de que se habían llevado a uno de sus hijos del cual no se supo nunca más.

Conforme avanzaba la conversación, los ocho comuneros iban entrando en confianza. En un momento bromeó para aliviar las tensiones sobre algo que no se escuchó y los campesinos también sonrieron.

Todos estaban vestidos modestamente. Pese a estar de espaldas, se les veía ligeramente el perfil por lo que se podía suponer que sus edades fluctúan entre 25 y 40 años.

En otro momento, el Presidente se dirigió a uno de ellos que se mantenía callado.

CON EL “MANDAMÁS”

“Y usted ¿por qué no habla? ¿Cómo se llama?”.

“Me apellido Gavilán”.

Y a continuación hizo una breve exposición. Dijo que cultivaba su chacra y que los senderistas le decían que era “el mandamás” en la comunidad.

También se conversó sobre determinados personajes, al parecer líderes senderistas. Se mencionó a un “Camarada Pablo” y a un tal “Lucho”.

El Jefe de Estado pareció interesarse sobre algunos líderes senderistas, pero una respuesta fue casi cortante: “No, nunca los hemos visto”.

También García preguntó si alguno había participado en acciones armadas. Hubo por lo menos una respuesta positiva. Luego el que dirigía el grupo explicaría que los senderistas los obligaban a participar en diversas acciones.

Al promediar una hora de la reunión fue llamado el doctor Fernando Cabieses. Este explicó, como integrante de la Comisión de Paz, que lo que se está buscando es la pacificación del país. Insistió mucho en la palabra paz, como para que los campesinos lo entiendan claramente y sin lugar a dudas.

“Queremos ayudarlos”, dijo.

Luego de un breve preámbulo hizo una pregunta general: “Quisiéramos que nos expliquen por qué decidieron alejarse de Sendero Luminoso y venir hacia nosotros”.

“ESTAMOS ABANDONADOS”

La respuesta, compartida por los comuneros, fue inaudible. En el transcurso de la reunión hubo una respuesta clara y contundente que hizo meditar al mandatario.

“Nosotros siempre hemos estado abandonados y seguimos abandonados”.

A las once de la mañana, tras permanecer veinte minutos en el salón Túpac Amaru, los periodistas fueron invitados a salir.

Sin embargo, la reunión continuó hasta las 12:15 de la tarde.

Cinco minutos después, en medio del despliegue policial con que llegaron a la Casa de Gobierno, se retiraron los campesinos en la camioneta blanca con rumbo desconocido.

Horas antes, a las nueve de la mañana, el Primer Mandatario dialogó con los periodistas en la puerta de la residencia palaciega al concluir una visita sorpresa que hizo a la Maternidad de Lima. Ahí abordó varios aspectos, entre ellos, a la entrega de los campesinos de Llochegua.

“Yo no sabría decir si es una rendición de armas porque eso me parece muy bélico”, comentó.

Añadió que prefiere decir que los campesinos que han sido enrolados a la fuerza o, en algunos casos, en forma voluntaria han comprendido que no tiene mayor sentido ni mayor posibilidad de éxito quienes predicán la violencia.

“Y han entendido además—añadió— que tienen un Gobierno que defiende al pueblo y a las mayorías nacionales”.

“EQUIVOCADOS O NO SON PERUANOS”

“Por cierto que estamos satisfechos de que esto haya ocurrido. Equivocados o no son peruanos”, puntualizó.

Ante una pregunta periodística, reiteró que no lo considera como una rendición de armas “porque no estoy asumiendo hechos bélicos. En ese sentido ese término es absurdo”.

“Se trata de peruanos —añadió— que han decidido dejar el camino ilusorio de la violencia y sumarse a la marcha democrática del país. Creo que eso es muy positivo”.

Más adelante, afirmó que, como mandatario de la Nación, no dialogará con los alzados en armas: “No voy a dialogar sentado en una mesa con quienes predicán la violencia porque yo tengo los votos de casi todos los peruanos. Y no sé qué votos tienen quienes hablan de violencia y quienes apoyan indirectamente a la violencia o sus expresiones”.

Luego continuó: “Aquí hay un problema de votos y de decisión nacional. Yo tengo la obligación de conducir al país a una difícil solución de los problemas económicos y sociales, pero no tengo la obligación de sentarme a una mesa con quienes no tienen ningún aval nacional”¹².



Artemio Sánchez Portocarrero recorriendo la ceja de selva de Corazón Pata, que perteneció al distrito de Santillana hasta 1992, actual distrito de Llochegua.

© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.

■ El silencio de los vivos

La prensa erró por la mala interpretación de los datos que les brindaban sus fuentes o por buscar sensacionalismo periodístico. Los aspectos en que se equivocaron fueron:

- Presentar a algunos comuneros que estuvieron contra su voluntad bajo el dominio de los subversivos, como si estos fueran líderes senderistas.

¹² Ídem.

- Hasta entonces no se hablaba de desertión de personas que luego de huir de las fuerzas represivas cayeron en control de los senderistas, que ante tanto martirio se presentan a las Fuerzas Armadas para rehacer sus vidas, hecho que lograron bajo ciertos parámetros que les fueron condicionados por los militares y ronderos.
- En esa fecha aún se desconocía el rol de los Comités de Autodefensa, quienes fueron los primeros en practicar la ley del arrepentimiento aplicado a los subversivos; para ello emprendieron operativos para recuperar a los civiles en poder de Sendero.

Los principales protagonistas de aquella entrega durante más de una década han guardado celosamente varios hechos reales, por temor a ser condenados por la sociedad de ese entonces. Su silencio se justificó en aquellos momentos dramáticos que les tocó vivir; sin embargo, hoy han terminado de proporcionarnos sus testimonios, que compartimos con ustedes a través de este libro.

■ La prensa no dio nombre alguno

En ese entonces, ningún medio de comunicación pudo publicar las identidades de estos comuneros: las razones son obvias. Los ocho líderes comuneros que se entrevistaron con el Presidente de la República Alan García, luego de permanecer callados más de una década, han roto el silencio de los vivos. Ellos son:

- Rubén Cabezas, natural de Santillana, Huanta, líder en ese momento de la comunidad de Ccerobamba. En aquella fecha, tenía cuarenta años y tres hijos, dos mujeres y un varón. Actualmente domicilia en el pago de Ccanobamba, distrito de Santillana. Muchos lo recuerdan. Se presentó una mañana soleada.
- Amancio Pariona Figueroa, líder de Capote en ese momento. Radicó por un buen tiempo en Corazón Pata; ahora vive en Chongos-Rasuhuilca, en donde desempeña el cargo de vice presidente del CAD. Se presentó un día después que Rubén, porque toda su familia había sido capturada por las autodefensas de Llochegua. Contaba entonces con entre 25 y 28 años de edad. Nos dice que “se entregó de pena por sus hijos y esposa”.
- Samuel Cavalcanti, líder de la comunidad de Pampahuasi. Se encuentra sepultado en el pago de Corazón Pata, distrito de Llochegua. Murió con una enfermedad desconocida entre 1988 y 1990 y dejó dos hijos y viuda a doña Ernestina Curo. En aquella fecha, su edad fluctuaba entre los 20 y 25 años. Se entregó junto a Amancio.
- Alipio Cavalcanti, era entonces el representante de los comuneros del anexo de Rodeo. Radicó hasta 1998 en el centro poblado menor de Llochegua, que actualmente es la capital del distrito del mismo nombre. Se presentó junto a los dos anteriores, portando una bandera blanca.
- Walter Tíneo, conocido como “Tenio”, en ese entonces líder de la comunidad campesina de Mama-Cceullaccocha. Actualmente debe de encontrarse en su comunidad de origen o en el centro poblado menor de Arequipa, Llochegua.
- Edilberto Gavilán, también lideraba a la comunidad de Ccerobamaba, junto a Rubén. Solo su apellido pudo ser publicado por *La República* cuando se entrevistó con el presidente Alan García. Posiblemente esté radicando actualmente en Llochegua.
- Fladio Flores, natural de San Pedro de Coris, Cobriza-Huancavelica. Se desconoce su paradero.

Un día antes de entregarse en el lugar de Chocce-chaca, Ipabamba, Amancio Pariona, Samuel Cavalcanti y su primo Alipio Cavalcanti estaban chancando barbasco; otro grupo de personas en el río emprendían la pesca. En estas circunstancias los ronderos de Corazón Pata, que formaban dos grupos de veinte personas cada uno, al escucharlos, empezaron a disparar, dándoles tiempo para huir al monte. Para este operativo llevaron como guía a un senderista arrepentido que se entregó cuatro días antes: “Victoriano Bautista caminaba adelante, gritando a los que estaban en el monte para que no escapen, pronunciaba su nombre para que se entreguen los demás, eran las ocho o nueve de la mañana”¹³. Al parecer, Amancio

13 Félix Calixto Quispe, presidente fundador de la Asociación Chongos Selva Rasuhuilca. Huanta, 7 de octubre de 2000.

Pariona, quien había caminado aguas abajo para esperar los pescados, llevando consigo un chafle y en compañía de cinco senderistas logró huir al escuchar los gritos de Victoriano. Los ronderos apenas capturaron a pedradas a un joven “medio soncito” de aproximadamente 18 años de edad, a quien luego identificaron como Gregorio Quispe. Bajo la enmarañada selva se produjo una gresca entre los ronderos: unos empezaron a golpear al capturado y otros a protegerlo.

Cuando los cuarenta ronderos llegaron al mismo lugar de Chocce-Chaca, cerca del río del mismo nombre, hallaron que los subversivos estaban preparando chuño de plátano; también encontraron una culebra colgada y lista para ser consumida. En este lugar se entregaron mujeres, niños y algunos jóvenes, ninguno portaba ningún tipo de armas; los que las poseían escaparon en dirección al monte. Al buscar en los alrededores se toparon con el cadáver de un niño de ocho años de edad aproximadamente: estaba sepultado superficialmente. Los reunieron a todos y el comando “Tío Chok”¹⁴, jefe de esta patrulla de ronderos de Corazón Pata, los interrogó: quería saber quién mató al niño. Los capturados contestaron que falleció a causa de una enfermedad desconocida. Luego todos fueron conducidos hasta el poblado de Llochegua.

■ ¿Que hablaron el 24 de octubre de 1985?

Los líderes comuneros nos indicaron que con el Primer Mandatario de la Nación, tocaron algunos temas importantes tales como:

- Situación de Sendero en la zona, sus mandos políticos-militares, cantidad de miembros, entre otros aspectos.
- Motivo de la entrega o rendición de los comuneros de Ccerobamba y otras comunidades de la sierra y ceja de selva de la provincia de Huanta.

Este proceso de deserción de las filas subversivas ocurrió en casi todo lugar. Quienes se entregaron tuvieron una acogida grata en algunos casos y en otros han sido objeto de maltratos, teniendo que pasar por un sinnúmero de etapas antes de que finalmente puedan ser reincorporados a la sociedad civil, sin objeción alguna, salvo casos imprevistos. Uno de estos tantos testimonios de incorporación a las filas subversivas, militancia y deserción final nos narra un senderista arrepentido y actual líder rondero de la zona de Putis, del distrito de Santillana.

Al retorno de Lima, estos líderes, por disposición de la base militar de Llochegua, permanecieron en los alrededores por varios meses. Después, al ver que tenían que reconstruir sus vidas, dispusieron que formasen nuevas agrupaciones en lugares estratégicos para poder contrarrestar el accionar subversivos. Por ello, a mediados de 1986, se formaron las agrupaciones civiles de Villa Esperanza, para lo cual se unieron los colonos de los pagos de Corazón Pata, Rinconada, Arequipa, Mejorada, Pulpito, Yaruri y Chihuillo, conjuntamente con los “rendidos” de Ccerobamba y otros lugares de la sierra de Santillana. Al principio, “la vida de los ronderos era muy triste, no conocían todavía armamentos, iban solo con palos, chafles, cuchillos en la punta de un palo y alguna que otra retrocargita hechizo¹⁵ que ellos mismos hacían, eso nada más, prácticamente iban como carnes de cañón, así se han organizado, así se han defendido, carajo, esa vez no había apoyo por parte del gobierno del señor García”.¹⁶ Villa Esperanza ha sufrido cuatro ataques solo en 1986. Se instalaron luego los militares y marinos en Corazón Pata, fortaleciéndose para entonces esta organización de las DECAS y permitiéndoles salir entre 1988 y 1989 hacia el norte del distrito de Santillana y el sur de Ayahuanco. Así, a petición de Julio Talavera, se creó la Central de Defensas Civiles Antisubversivas de Ayahuanco, con sede en Mosocclaccta, para

14 Apelativo de combate del líder rondero Héctor Talavera, quién domicilia en la actualidad en Llochegua.

15 Armamento hechizo o confeccionado con tubos de cocina.

16 Vitaliano Romani, expresidente de la Defensa Civil Antisubversiva de la zona de Choymacota, exalcalde del Centro Poblado Menor de Villa Mejorada. Huanta, 20 de mayo de 2001.

poder restablecer los antiguos caminos herraduras hacia la selva, bloquear el accionar subversivos y recuperar territorios liberados. Para este propósito capturaron a cinco subversivos quienes les brindaron información a las DECAS de Choymacota e Ipabamba, facilitando la organización de diversas bases civiles en los anexos de Mosocllaccta, Aranhuaq, Sañoq, Huachoccacca, Nuevo Progreso, Lambras, Choclo-Patapata, Viracochan, Ccochacc, entre otros; desde estos lugares se impulsaron los procesos de retorno interno y la resistencia andina. Villa Esperanza ha quedado en el recuerdo, al haberse convertido en un importante centro poblado menor con el nombre de Villa Mejorada, debido a la fusión de Nueva Esperanza con Mejorada. La población se reubicó en un lugar más adecuado para lograr el desarrollo que tanto ha anhelado en la ceja de selva del distrito de Llochegua.



Actual poblado de Mosocllaccta, centro de operaciones de las organizaciones comunales antisubversivas de Santillana y Ayahuanco a finales de 1980 e inicios de 1990 (Diciembre 2014).

© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.

■ Un precedente importante

En 1983, los pobladores de Corazón Pata, Rinconada, Arequipa, Mejorada, Pulpito, Yaruri y Chihuillo se organizaron en contra de los subversivos, instalando su base civil antisubversiva en Yaruri, por lo que fueron incursionados por una columna de 150 terroristas fuertemente armados en el mes de noviembre de 1983, con un saldo de 15 víctimas entre mujeres e indefensos niños.¹⁷ Los líderes se salvaron por haber estado realizando gestiones en el Cuartel de Pichari, para contar con la respectiva autorización. El ensañamiento senderista fue total. Eran las seis de la mañana cuando empezaron a saquear todo cuanto pudieron: se llevaron utensilios, ropa, dinero y animales. Prendieron fuego a las casas hechas con palmeras secas; todo quedó en cenizas, para que nunca más se volviese a levantar ninguna vivienda en el lugar. Posteriormente, también los pobladores de San Gerardo, ubicado en el distrito de Sivia, límite con Llochegua, se levantarían contra los senderistas, siguiendo igual suerte. Se había iniciado la etapa de resistencia andina y selvática contra las huestes de Abimael Guzmán, que no paró hasta lograr la pacificación, luego de más de una década de incesable lucha.

■ Mayel, el niño subversivo y adolescente reaccionario

Mayel¹⁸ vivía pacíficamente con su familia en el anexo de Sallhua Llamacniyocc, zona de ceja de

¹⁷ De las quince víctimas, siete eran varones, cinco, mujeres y tres, niños.

¹⁸ Mayel es el apelativo que le pusieron los subversivos a Héctor Fernández cuando fue enrolado en las filas de Sendero Luminoso y

selva ubicada entre los límites de los distritos de Santillana y Ayahuanco. En 1984, un año después del inicio de las acciones subversivas de Sendero Luminoso en esta región, su padre se desempeñaba como presidente de la comunidad campesina y su tío era teniente gobernador del mismo anexo. Un día del cual Mayel guarda un triste recuerdo, Sendero ingresó a su comunidad, reunió a todos los comuneros y seleccionó a las autoridades, entre ellos a su padre y a su tío: los iban a matar. Se interpuso pidiendo perdón por la vida de su progenitor y a cambio solicitó enrolarse en el “Ejército Popular”. Los dejaron vivos; sin embargo, fraccionaron un humilde hogar.

Mayel entonces era aún niño. Había cumplido sus nueve años de edad cuando fue incorporado al pelotón N° 51, cuyos miembros sumaban entre ochenta y cien niños, jóvenes y adultos de ambos sexos, cuyas edades mínimas oscilaban entre los 6 y 7e años, mientras que los más adultos llegaban a tener entre 35 y 40 años de edad. Cada Pelotón a la vez se subdividía en patrullas, la que estaba conformada por 25 o 30 miembros.



*Sendero ejecutaba autoridades comunales que se oponían a sus predicaciones sediciosas.
© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.*

El pelotón N.º 51 estaba dirigido por el camarada “Alcides”, mientras que la patrulla en la que se encontraba Mayel era dirigida por el camarada “Iván”. Se encargaban de toda la zona de Putis, Llamacniyoc y la sierra de Huarcatán, llegando hasta la selva de Choymacota, incluyendo Llochegua y Acón; mientras que la zona de Ipabamba estaba bajo la supervisión del pelotón subversivo N° 47. Aquellos niños de seis o siete añitos fueron recogidos por los sediciosos después de la muerte de sus padres, quienes eran acusados en su mayoría de reaccionarios y “enemigos del Partido”.

Los infantes, al ser captados o reclutados, recibían adoctrinamiento sobre el marxismo-leninismo-maoísmo y el pensamiento Gonzalo. Luego se les enseñaba lemas, cantos y arengas sediciosas y se les encomendaba misiones estrictamente de espionaje, supervisión y control de las labores que efectuaban las personas que conforman la denominada “masa”. Luego de su misión debían informar a sus jefes cómo estaban, qué pensaban hacer, a qué lugar se iban a mudar y dónde se instalarían los nuevos campamentos. Para que cumplieren estas acciones no se les entregaba ningún tipo de arma de fuego; únicamente los dotaban de granadas caseras.

Mayel, con el transcurrir del tiempo y la realización de diversos actos como “combatiente”, se ganó la confianza de sus superiores, aunque era aún pequeño. Esporádicamente, el camarada “Iván” lo

con este nombre se le conoció durante todo el periodo en que estuvo con ellos. Al igual que el resto de los niños, jóvenes, adultos y ancianos, a casi nadie se le conocía por su verdadero nombre; ni siquiera entre ellos se atrevían a avisar su verdadera identidad.

designaba como responsable de la patrulla de la cual era parte, cargo que concluía terminada la misión encomendada.

Cuando Mayel y sus compañeros fueron a Ccerobamba, los pobladores que se habían agrupado en este lugar descendieron en octubre de 1985 hacia Corazón Pata, dejando a dos personas minusválidas: una era un joven que estaba imposibilitado de caminar por haber contraído la enfermedad de la uta que comenzó a producirle heridas en los pies; otra era una adolescente que padecía de parálisis de las extremidades inferiores, aún lo recuerda. Conocedores de estos acontecimientos, ellos también abandonaron a los minusválidos. “No podíamos llevarlos, era una carga, teníamos que dejarlos a su suerte”. De ambos no se supo nada después, si perecieron o lograron ser rescatados por alguna patrulla.

Los montoneros de Choymacota capturaron en Ccerobamba a tres personas que tenían vinculación con el grupo de Mayel, por eso los victimaron acuchilladas y machetazos.

La misión de los jóvenes que conformaban el pelotón N.º 51 era vigilar cómo desarrollaban sus labores los miembros de la “masa” o “mesnadas”. El grupo humano al que supervisaban se encontraba en el campamento sedicioso de Cantavere, ubicado en la margen derecha del río Putis; ellos permanecieron en el mismo lugar cuando los de Ccerobamba, que se encontraban en la misma altura pero en la margen izquierda, descendieron hasta Corazón Pata. Los que se quedaron en Cantavere sumaban aproximadamente trescientas personas, provenientes de los anexos selváticos de Capote, Corazón Pata, Huayrapata, Chongos, Matucana y otros lugares aledaños a los antes referidos; este contingente estaba liderado por el camarada “Iván”, secundado por el camarada “Abraham”.

Luego, el camarada “Iván” es designado para comandar la zona de Choymacota. Antes de enrolarse en las filas de Sendero, se dedicaba al cultivo de la hoja de coca y al narcotráfico; vivía con su conviviente que jamás le pudo dar hijo alguno. Dentro de la organización sediciosa inicialmente tuvo el cargo de responsable del “Partido” en la comunidad de Matucana a la que pertenecía; luego, por su labor, es designado como mando político de la zona de Choymacota, cargo que desempeñó hasta octubre de 1985, fecha en la que murió en una emboscada producida en la comunidad de Capote, efectuado por los Montoneros de la zona. Cuando fue nombrado mando político, para sus andanzas por la accidentada geografía del Perú serrano, le entregaron un revólver calibre 38 y varias granadas de guerra, armas que siempre llevaba consigo.

“Iván” tenía como lugarteniente a “Abraham”, un chico flaco, alto y narigón procedente de la ciudad que no sabía hablar quechua, lo cual le dificultaba su comunicación con los otros miembros de la organización y con la “masa”. Mayel no obtuvo ninguna información de este mando político de Sendero Luminoso.

Trascurridos dos meses y medio desde que la “masa” de Ccerobamba descendió a Corazón Pata, en diciembre de 1985, los compañeros de la “lucha armada” decidieron matar a uno de sus “combatientes” por haber colaborado en el desplazamiento de la “mesnada” que estaba bajo su cargo. Este conocía sus intenciones por tener parientes dentro de dicho grupo, pero prefirió callar para salvaguardar la vida de sus seres queridos. Asimismo, los mandos terroristas de la zona de Putis se enteraron de que el padre del pequeño “combatiente” se encontraba con los efectivos militares.

Para poder aniquilar al “combatiente reaccionario”, el camarada “Iván” le encomendó una misión a Mayel y a otros dos muchachos, ordenándole que viaje a la zona altoandina de Carhuahurán, con el propósito de averiguar la situación de la base militar instalada en ese pueblo y quiénes eran los líderes de las montoneras. En el trayecto uno de ellos le informó a Mayel que, una vez que concluyese la misión, los jefes ordenarían su ejecución por lo sucedido en Ccerobamba y por ser su padre colaborador de las Fuerzas Armadas. Los tres muchachos acuerdan entonces desertar de las filas de Sendero Luminoso.

Obtenida la información de que los montoneros y militares de Carhuahurán no efectuarían patrullaje a la altura del cerro Yerbavenayoc, jurisdicción de la comunidad de Mama-Cceullaccocha, en el distrito de Sivia, emprendieron la fuga cuando retornaban a su campamento, cambiando la dirección hacia el “desierto andino”. En estos lugares únicamente crecía el entristecido y amarillento ichu, nadie caminaba, ninguna especie oriunda, ni las almas de los muertos. En la huida desesperada, caminaron durante toda la noche y amanecieron en las inmediaciones de la comunidad de Chocewichcca. Al caer los primeros rayos solares sobre sus agotados cuerpos, se hallaban frente a una cueva enclavada en medio de una quebrada honda, la cual les permitió esconderse y descansar durante todo el día. A las 5:00 p. m. aproximadamente partieron nuevamente con destino a Llamacniyoc, comunidad donde los sorprendió de nuevo el alba. Por ser considerada entonces zona liberada, nadie transitaba sin autorización, lo que permitió que los tres desertores avanzaran hasta Caballuyoc. Vencidos por el cansancio, llegaron a Quimquipunku.¹⁹ La copa de los árboles existentes en la zona le daba una apariencia de entrada subterránea al angosto camino de herradura, considerada la puerta de entrada a la selva de Vizcatán, permitiéndoles reposar sin preocupación ni temor alguno.

Por la madrugada del tercer día de deserción, prosiguieron con rumbo a Vizcatán. “Recorrimos entre el tupido monte, donde existían restos de caserones destruidos por los senderistas y por los militares. Esos días nos alimentábamos con plátano y otras frutas; muchas de estas estaban verdes, pero por el hambre nos las tragábamos, quitándonoslas entre nosotros mismos”, recuerda Mayel. “Llegó un momento en que nos arrepentimos. En Vizcatán no vivía nadie; pensamos que se habían cambiado de campamento a un sitio próximo. Esperamos toda una semana a que regresaran los componentes de la ‘masa’, pero jamás volvieron”, agrega melancólico. “Después nos enteramos que la ‘masa’, buscando mayor seguridad, se había entregado a la base militar de Ayahuanco, días antes de que arribáramos a ese lugar”, puntualiza el exsenderista.

A Mayel, en aquella deserción, lo acompañó “William”, dos años menor que él, natural del anexo de Ccarcco-Pucará, de la comunidad de Mama-Cceullaccocha. Sus padres murieron cuando eran muy pequeño; los senderistas, al verlo desamparado, lo incorporaron al pelotón N° 51 como “combatiente firme”.²⁰ Únicamente sabía hablar quechua, “a duras penas entendía el castellano”, nos refiere nuestro entrevistado. “Nelson” fue otro de los que fugó con Mayel. Radicaba en Uchuraccay cuando las huestes de Sendero Luminoso incursionaron en dicha comunidad, victimando a sus padres. Se incorporó a sus filas para salvar su propia vida. A diferencia de los demás, no tenía instrucción alguna; casi siempre hablaba en su idioma materno, el quechua. Era el mayor del grupo: contaba con 25 años de edad.

El trío de desertores, temerosos de que algo les sucediera, abandonó la selva de Vizcatán y cruzó el río del mismo nombre cuando el crepúsculo empezaba a asomarse. Llegaron a Chaupimayo, en donde pernoctaron en medio de frondosas plantaciones de naranjos. A la mañana siguiente divisaron huellas de varias personas que se dirigían hacia el occidente; al estar frescas, las siguieron y así llegaron hasta Yuncapata, ceja de selva aledaña al pueblo de Pampacoris, en donde encontraron un grupo de personas que desarrollaba sus actividades cotidianas. Fue entonces que decidieron deshacerse de las cuatro “piñas” que portaban consigo “Mayel” y “William”, dos cada uno, escondiéndolas bajo un pequeño arbusto; mientras que “Nelson” le sacaba una pieza vital a la carabina que llevaba para dejarla inoperativa. Una vez hicieron esto, avanzaron sin temor alguno, hasta toparse con seis comuneros a los que vieron desde la colina de la referida comunidad: estaban preparando “chancaca”. Se presentaron ante ellos y dijeron que habían desertado de las filas de Sendero porque los iban a matar. Fueron escuchados y comprendidos, por lo que permanecieron con ellos durante tres días, ayudando en la elaboración de “chancaca” hasta el momento de partir, en que prepararon una exquisita pachamanca. Luego de degustar aquella comida

19 “Quimqui” es un árbol que abunda en la zona; mientras que “punku” es palabra quechua para puerta.

20 Los subversivos daban la denominación de “combatiente firme” a aquel miembro senderista que había sido reclutado y desarrollaba actividades especiales en favor del grupo terrorista.

andina, alistaron sus pertenencias y se dirigieron hacia el pueblo de Pampacoris, a donde arribaron al atardecer. Se alojaron en la vivienda de uno de los seis comuneros; en la madrugada, fueron despertados con el propósito de ser presentados ante las autoridades comunales del referido pueblo.

“En ningún momento nos maltrataron, ni siquiera nos amenazaron; por el contrario, estaban contentos de que desertáramos de las filas de Sendero”, recuerda el exsenderista. Al parecer eso motivó que permanecieran durante aproximadamente cuatro meses en dicha comunidad, cada uno con una familia responsable de su cuidado. A Mayel, le tocó vivir bajo la tutela de don Antonio Pérez, el entonces juez de paz no letrado de Pampacoris: “era como un miembro más de su familia y de la comunidad”, nos manifiesta. “Fue triste mi partida; aunque querían que me quede con ellos, tuve que abandonarlos para ir en busca de mi papá, por lo que caminé todo un bendito día hasta llegar al pueblo de Ayahuanco”, capital del distrito del mismo nombre, en donde se hallaba su progenitor quien lo recibió como “al hijo pródigo”. Al tercer día de su estadía, los efectivos militares irrumpieron en su vivienda, les informaron que Mayel era un desertor de Sendero y que por tanto era indispensable interrogarlo; lo llevaron al local del Cabildo, donde se instaló el Cuartel Militar. Tras el detenido iba suplicando el padre y el tío; ambos fueron impedidos de ingresar a la base. Ante las insistencias del tío, lo cogieron a este y lo metieron al “bote”; lo liberaron a la mañana siguiente. Mayel permaneció dos días detenido. Fue interrogado bruscamente: “me golpeaban a cada rato con la culata de sus armas, rápido perdía el conocimiento”, nos refiere. “Me hicieron vestir como un soldado y llevaron hasta San José de Secce, como guía, luego fuimos a Chaca, donde vivían cuatro exsenderistas con quienes me confrontaron, pero negaron conocerme o haberme visto; sin descansar partimos hacia Panty, comunidad aledaña a Ccano, después fuimos a Carhuahurán, donde nuevamente me confrontaron, pero como ninguno de los exsubversivos pudo identificarme, me hicieron retornar a Ayahuanco. Al arribar a la base me hicieron desnudar y me botaron de ahí”. Días antes llegó el relevo; siempre venían desde Lima. El nuevo jefe era el capitán EP “Cahuide” que, al enterarse de la situación de Mayel, lo mandó llamar y le dio dinero para que se comprara ropa y todo lo que necesitase. “Ese capitán era bueno, jamás lo olvidaré. Me dio esperanza de vivir. Necesitaba eso en aquel momento”, concluye narrándonos su historia de “combatiente firme” dentro de las filas subversivas.

Este revelador testimonio nos permite conocer el aspecto organizativo de Sendero Luminoso en esta región del país, hasta ahora jamás contado por un propio protagonista.

Mapa de la provincia de Huanta antes de 1992, el distrito de Santillana comprendía hasta el río Apurímac (actual distrito de Llohegua). Foto de Atlas del Perú, 1971. © Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú



HISTORIA, EMBRUJO SANGRANTE Y MITOLOGÍA ANDINA EN ARANHUAY

Artemio Sánchez Portocarrero

Aranhuay fue creado como centro poblado menor mediante la Resolución de Alcaldía N° 045-95-MPH-RLW, expedida por la municipalidad provincial de Huanta el 22 de febrero de 1995, la misma que comprende a las comunidades de Aranhuay, Sañoq, Marccaraccay, Nuevo Progreso, Mosocllaccta y Santa Rosa de Araujo.

Es necesario conocer los diversos hechos sediciosos que ocurrieron en este centro poblado menor durante la década de 1980, porque están rodeados de un inexplicable misterio, cuyo embrujo sangrante llegó a mitificar las acciones sediciosas con la tradición andina, que se inicia con la construcción de la estatua de un Inca en la histórica plaza principal del pueblo, en donde en 1826 unos trescientos campesinos de Aranhuay dieron muerte al gobernador de esta localidad, don Benito Palma, y a su hijo, por mostrarse partidarios de la causa independentista²¹. El 20 de setiembre de 1827, los españoles capitulados en la batalla de Ayacucho, tales como Nicolás Soregui, el cura Navarro, el padre fray Francisco Pacheco, Pascual Arancibia, José Ruiz, Juan Fernández, Basilio Navarro y demás emigrados, se congregaron en este pueblo, entonces habitado por los valerosos e indomables iquichanos, con la finalidad de reunir a sus tropas, preparar pólvora y verificar los armamentos que poseían. Asimismo, aprovecharon la reunión para renovar su juramento al Rey y a la Corona española de “no entregarse ni admitir ningún tratado con el señor prefecto del departamento... Juraron poniendo dos sables cruzados en el suelo y firmaron un acta”,²² comprometidos a seguir luchando por la reconquista del virreinato. Empezaron diversas acciones bélicas hasta el 15 de noviembre de 1839, con el valioso e incondicional apoyo de los habitantes de estas regiones, sin ser hasta la fecha recompensados por tal hazaña lograda en antaño. Aquellos guerreros valerosos han vuelto a finales del siglo XX para luchar por otros ideales: la conquista de la paz y la búsqueda del desarrollo integral y armónico de los pueblos de esta región del país. Nuestros hermanos, los aranhuanos, nos dieron la oportunidad de poder compenetrarnos con ellos y conocer sus sueños de grandeza, aquellos últimos días del mes de octubre de 1993, en vísperas de la realización del Referéndum para la aprobación de la Constitución Política de 1993 que nos rige actualmente, aquellos días en los que aún no se imaginaba que la carretera iba a llegar a Aranhuay, en los que se solía caminar a pie durante horas interminables para poder reclamar las obras que requería la población que más de una década había sufrido el asedio subversivo. Por todo ello, he aquí el relato de sus nuevas gestas heroicas, como un profundo reconocimiento a sus múltiples sacrificios.

Primer ataque, primero de agosto de 1982, de 10:00 p. m. a 11:00 p. m. Murieron dos personas. Una de ellas fue el pastor evangélico Feliciano Barreto Yupanqui, quien años antes se había desempeñado como presidente de la comunidad campesina. Luego de victimarlo, saquearon su vivienda; su cadáver fue llevado a la plaza principal de Aranhuay. Otra fue doña Reneé Oré Ayala. Ella fue capturada y llevada a empellones a la plaza, en donde la acribillaron salvajemente hasta dejarla sin vida.

Segundo ataque, 18 de julio de 1983, de 11:00 p. m. a 1:00 a. m. Fueron asesinados ocho campesinos, entre ellos una mujer. Entre las víctimas se hallaban el presidente de la comunidad, don Roque Taype, y el presidente de la Ronda Campesina, don Paulino Huallanay. La mitad de los cadáveres fueron conducidos a la plaza principal de Aranhuay; dejaron una bandera roja con la hoz y el martillo y, en el pecho de las víctimas, dejaron un cartel que decía “Así van a morir los soplones”. Las amenazas desesperadas de Sendero jamás hicieron desfallecer a los valerosos campesinos de esta comunidad que se organizaron en Rondas Campesinas y se proveyeron de lanzas, hondas, huaracas, chafes, cuchillos o

21 Lorenzo Huertas, *Luchas de clases en Ayacucho 1700-1830. La rebelión iquichana*. Tesis UNMSM. Lima, 1972, p. 80 - 82.

22 Carlos Iván Pérez Aguirre, *Rebeldes Iquichanos 1824-1828*. Tesis UNSCH, p. 50.

cualquier objeto que les permitiera resistir ante cualquier inminente ataque sedicioso.

Tercer ataque, 15 de junio de 1984, de 4:00 a. m. a 5:00 a. m. Dieron muerte al juez de paz, don Casimiro Calle Arias, a quien capturaron en su vivienda, llevaron hasta la Plaza principal y, junto al local de la escuela, victimaron.

Cuarto ataque, 15 de agosto de 1984, de 4:00 a. m. a 8:00 a. m. Los subversivos reunieron a todos los comuneros, a quienes conducían hacia el cerro Wayta Huilca cuando se presentó un helicóptero de las Fuerzas Armadas. Aprovechando la confusión de los senderistas, escaparon todos los rehenes, menos dos comuneros que habían sido dirigentes, Odilón Méndez Ayala, exagente municipal, y Florencio Salvatierra Quispe, ex teniente gobernador, quienes fueron asesinados a aproximadamente las cuatro de la tarde.



La población de Aranzhuay hasta la actualidad suele formarse los días domingos en la plaza principal, para izar el pabellón nacional y entonar el himno del Perú como en los tiempos de la violencia política (Enero 2015).

© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.

Quinto ataque, 3 de febrero de 1987, de 9:00 p. m. a 10:00 p. m. Saquearon el puesto de salud y se llevaron todos los medicamentos, así como algunas pertenencias del promotor del citado nosocomio, don Cirilo Oré Rodríguez, a quien, luego de arrebatarle su grabadora y cocina, amenazaron de muerte para que no atendiera a los comuneros de la zona.

*Estalla “burro bomba” en la plaza Gervasio Santillana de Huanta.*²³ Gran alarma provocó la explosión del cuarto burro bomba en la ciudad de Huanta. Este tenía en su lomo un atado grande de alfalfa que ocultaba la carga de dinamita y que, al estallar, lo hizo volar en pedazos. Cuando explotó, el 10 de abril de 1988 a las 9:30 a. m. aproximadamente, en la Plaza Gervasio Santillana, a pocos metros del Mercado Central, en donde se efectuaba como todos los domingos la feria dominical, nadie imaginaba que días después Sendero iba a perpetrar una sangrienta matanza. Este tipo de atentados buscaba amedrentar a la población urbana; en las comunidades distantes, la metodología empleada por los sediciosos era otra, como veremos a continuación.

23 “Alarma en feria burro-bomba en Huanta”. *Diario Expreso*, año XXVII, N° 9738. Lima, 11 de abril de 1988, p. 8.

*Sexto ataque, 20 de abril de 1988, de 5:00 p. m. a 9:00 p.m., “Nos hicieron formar en fila y nos fusilaron”.*²⁴ Los subversivos ingresaron vestidos de militares. En la formación, indicaron que pertenecían a la base militar de Putis y que estaban de patrulla, obligando a formar a todos los comuneros en la plaza principal. Una vez congregados, procedieron a disparar a quemarropa; las balas alcanzaron a 22 personas que murieron en el acto, quedando otro tanto herido. Los demás huyeron como pudieron. Al ser abandonado el pueblo, los subversivos, rompiendo las puertas de las casas, las saquearon, entre ellas la del presidente de la comunidad don Eulogio Barreto Yauli, llevándose una máquina de coser y otras pertenencias de valor. Entre las víctimas se hallaban autoridades: Juan Cáceres Quispe, jefe de seguridad de la Ronda, y Saturnino Quispe Nolvo, secretario de la comunidad.

La matanza que se produjo el 20 de abril de 1988 conmovió a nivel nacional, al ser divulgada por los diferentes medios de comunicación, especialmente por los periódicos capitalinos que, para ilustrar estos sucesos, se valieron de fotografías que pertenecía a otros hechos y lugares. He aquí una de las transcripciones que más se aproxima a los verdaderos actos perpetrados por las huestes subversivas.

Estremecedores relatos de la salvaje matanza de 19 comuneros en Aranhuy, Huanta, perpetrada por numerosos subversivos disfrazados de soldados del Ejército, fueron hechos hoy en esta ciudad (de Huanta) por dos sobrevivientes.

Ellos se encuentran internados en el Hospital local bajo protección especial, reponiéndose de las heridas de balas que sufrieron en el masivo fusilamiento.

Eusebio Carbajal Casas, de 46 años de edad, y Alberto Sulca Tipe, de 40 años, refirieron paso a paso la noche de horror que les tocó vivir en su comunidad de Aranhuy el día 20 de abril de 1988.

Al atardecer, unos 40 elementos de Sendero Luminoso, vistiendo uniformes militares y armados con fusiles, revólveres y dinamita, llegaron al pequeño poblado, haciéndose pasar como tropas regulares del Ejército.

Las autoridades y el resto de la población de Aranhuy cayeron en el engaño y salieron al recibimiento de los que ellos consideraban, representantes de las fuerzas del orden, que según indicaron los sediciosos provenían de la base militar de Putis.

Carbajal y Sulca formaban parte del “Comité de Defensa Civil”, por lo que acudieron al llamado del asesinato Demetrio Cáceres Soto, de 39 años de edad, presidente del mencionado comité, organizados para auto defenderse del hostigamiento terrorista.

Los subversivos, fusilaron a mansalva a 21 comuneros, luego de hacerlos formar en filas.

De todas las víctimas solo sobrevivieron Eusebio Carbajal y Alberto Sulca, quienes resultaron heridos de bala y fueron abandonados por los terroristas creyéndolos muertos como a los demás comuneros “ajusticiados”.

Hoy ofrecieron su desgarrador testimonio, pero están aterrorizados. Angustiados claman por protección militar o policial para su pueblo, donde habitan en su mayoría, ancianos, mujeres y niños.

Según refirieron ambos sobrevivientes, muchos niños de Aranhuy han quedado huérfanos de padre y madre y necesitan urgente protección de las autoridades.

Antes de retirarse, los subversivos amenazaron de muerte a todo aquel que denuncie la matanza ante las autoridades.

Indudablemente, tal como se comentó en fuentes militares locales, los senderistas quieren imponer la ley del terror y del miedo sobre poblaciones indefensas.

DESPUÉS DEL SAQUEO.

Los comuneros sobrevivientes confirmaron las primeras informaciones que daban cuenta del saqueo que desataron los 40 terroristas en Aranhuy después de perpetrar la matanza de los 19 campesinos.

²⁴ “Noche infernal en Aranhuy, sobrevivientes de la matanza dan estremecedor testimonio: nos hicieron formar en fila y nos fusilaron”. Sección Nacional de *La República*. Lunes, 25 de abril de 1988, pp. 19-21.

Manifestaron que, no contentos con apoderarse de víveres, medicamentos, dinero en efectivo y hasta del ganado de la comunidad, procedieron a incendiar las casas de las autoridades y los demás comuneros asesinados públicamente.

Arrasaron con todo en una noche infernal que ha dejado traumatizada y desolada a la población de Aranhuy.

Tanto en Ayacucho, como en la ciudad de Huanta, las autoridades militares observaron absoluto hermetismo respecto de las medidas que se han tomado para lanzar una contraofensiva para destruir a la columna subversiva que perpetró la matanza.

A pesar de este mutismo, trascendió en fuentes confidenciales que, el 25 de abril del referido año, fue lanzada una gigantesca cacería en toda la provincia de Huanta, apoyada con helicópteros artillados.

Esas aeronaves de guerra “peinan” abruptas quebradas andinas, desoladas mesetas y escarpados picachos, en busca de los autores de la salvaje matanza.

Las fuerzas del orden, de acuerdo a las citadas fuentes, están concentrando todos sus esfuerzos para castigar a los asesinos de Aranhuy, pues se trata de neutralizar el efecto psicológico que los subversivos quieren causar en la población civil.

Al respecto se supo que los pobladores de Aranhuy habían sido objeto de constantes amenazas en “represalia”, porque habían organizado sus rondas campesinas, llamadas también “comités de defensa”, para enfrentarse a ataques subversivos.

Carbajal y Sulca, los dos campesinos sobrevivientes, expresaron días después de la incursión, en tono dramático que, con cuchillos y rústicas lanzas, ellos no pueden enfrentarse a un enemigo que ataca a traición y posee fusiles, revólveres, escopetas y explosivos.

Mientras los efectivos militares realizaban en el campo sus batidas y pesquisas para dar con los atacantes de Aranhuy, en Lima se decía con pesimismo que los subversivos han tenido una ventaja de cinco días para salir fuera del radio de acción de las fuerzas del orden.

Las autoridades del Comando Político-Militar fueron alertadas de la alevosa masacre de los 19 campesinos, gracias al testimonio de otros dos comuneros que pudieron escapar de Aranhuy cuando se perpetraba el ataque de los subversivos.

Aquí se supo que la identidad de esos campesinos ha sido mantenida en reserva y que ambos han recibido refugio de las autoridades y son vigilados estrechamente para evitar algún acto de represalia de los subversivos.

Igualmente se conoció que efectivos de las Fuerzas Armadas se han movilizado a la localidad de Aranhuy para prestar asistencia y protección a la población.

Los comuneros han recibido víveres, medicinas y se les presta todo tipo de apoyo para superar los trágicos e indescriptibles momentos que les tocó vivir.

TEMEN OTRA VENGANZA.

Pero los sobrevivientes hospitalizados solicitaron a las autoridades que se instale un puesto militar o policial; por lo menos en la capital distrital de San José de Secce.

“Los compañeros” (así se hacen llamar los subversivos), son muy vengativos; si capturamos o matamos a uno de ellos, nunca olvidan y vuelven para cobrar venganza, manifestaron.

En la ciudad de Ayacucho, representantes de diferentes sectores, criticaron, después del izamiento del pabellón nacional, las declaraciones “totalmente triunfalistas” proporcionadas por el prefecto José Rada de la Torre, respecto de la lucha antisubversiva y de las represalias tomadas por las fuerzas del orden a raíz de la matanza de Aranhuy.

Manifestaron que el prefecto de Ayacucho no debe formular declaraciones de ese tipo porque lo único

que logra es “atizar el fuego” en una situación muy peligrosa y crítica para la población civil.

La capital del departamento en entonces vivía horas muy tensas en vísperas de su aniversario de fundación española de la provincia de Huamanga.

El día central de los actos celebratorios fue el 25 de abril de 1988, con tal motivo la vigilancia se reforzó, luego de varias explosiones de dinamita, que nuevamente dejaron sin energía eléctrica a la capital departamental desde dos días antes de la fecha arriba indicada.

NOS FUSILARON SIN ASCO.

El rostro macilento y el brillo de espanto en las miradas de Eusebio Carbajal y Alberto Sulca, son la imagen misma del horror y la tragedia.

Ambos, comuneros de Aranhuy y miembros de defensa civil, sobrevivieron milagrosamente al fusilamiento en masa perpetrado por elementos senderistas y segó la vida de otros 19 comuneros.

A pesar de contar con la permanente protección de efectivos militares en el hospital de Huanta, los campesinos desconocían de todo y tienen temor a referirse a la noche horrorosa que vivieron en esa comunidad.

Después de vencer a su propio temor, Eusebio Carbajal no pudo contener el llanto cuando comenzó a evocar la última hora del atardecer del 20 de abril de 1998.

“Eran 40 hombres armados con fusiles, también llevaban revólver y dinamita. Nos engañaron a todos porque estaban vestidos como soldados, nosotros creímos pues y salimos sin miedo”, manifestó.

Su compañero, Alberto Sulca, dijo: “¡Cómo no íbamos a creer pues, si llegaron tranquilos, parecían cansados y nos pidieron agua y comida, por eso nadie se escondió!”.

El sobreviviente prosigue su trágico relato: “Todos hemos caído como ovejitas, sin podernos defender, nadie sospechó y Demetrio Cáceres, presidente del Comité de Defensa Civil nos dijo que nos reuniéramos”.

Carbajal agrega: “Yo creí que nos iban a dar instrucciones sobre cómo defendernos o que tal vez nos iban a repartir algunas armas, por eso obedecí cuando nos hicieron formar en fila, como en el cuartel”.

“Uno fue el que ordenó y todos apuntaron contra nosotros, no tuvimos tiempo ni siquiera de correr, comenzaron a disparar y disparar, corría bala por todo sitio, eso nomás me acuerdo, después ya no sé nada más lo que pasó...”.

Un sudor de agonía perla el rostro cetrino del campesino, llora tristemente, mientras va recordando la espantosa matanza:

“Seguro pensaron que yo también estaba muerto, por eso no me remataron, en plena oscuridad he despertado, después de mucho rato, tenía mucho frío y bastante sed, estaba totalmente mojado...”.

“Yo pensé que había llovido, pero después me di cuenta que cerca de mí estaban mis compañeros ya muertos y que lo que me había mojado toda la ropa, todo el cuerpo era mi propia sangre y la sangre de los demás...”.

“Ya era muy tarde, pero yo seguí allí sin moverme porque tenía miedo de que vuelvan y me encuentren vivo, estaba perdiendo sangre de mi hombro, pero no podía moverme, ni siquiera podía gritar...”.

“Al poco rato vi que cerca de mí algo se movió, era mi compañero Alberto Sulca que también se había salvado porque dios es muy grande”.

Eusebio Carbajal refiere luego que, pasada la media noche, cuando los subversivos habían arrasado con el pueblo y se habían retirado, se acercaron unos pobladores de la localidad para recoger a sus muertos, con el fin de darles cristiana sepultura.

Grande fue su sorpresa cuando comprobaron que dos de ellos vivían y que se quejaban de dolor.

“Me llevaron a una casa, me curaron y, recién el viernes 22 de abril, nos llevaron al hospital de Huanta. Antes

tenían miedo de sacarlos del pueblo, pensando que los ‘terrucos’ se encontraban cerca”, manifestó.

Alberto Sulca, tiene la mirada ausente y tiembla al hablar:

“Todo parece un sueño horrible, pero es cierto todo lo que nos han hecho. Nos metieron bala sin compasión, nosotros no podíamos defendernos porque no teníamos armas, todos caímos como animalitos”.

Y luego prosigue... “No contentos con matar a casi todas las autoridades y los miembros del comité de defensa, incendiaron las casa, saquearon todo lo que encontraron, hasta nuestro ganadito se han llevado...”.

Ambos sobrevivientes claman por protección policial y militar permanente en su localidad.

“Por lo menos en San José de Secce deben poner un puesto de la policía, así no nos podrían atacar con tanta facilidad y sin que nadie nos ampare”, expresaron.

También reclamaron por la suerte de varios niños que se han quedado huérfanos en Aranhuay a raíz de la matanza.

“Ahora no hay nadie quién los cuide, las autoridades deben preocuparse por ellos, estamos desamparados”, expresaron.

Ambos dijeron que, debido al aislamiento en que se encontraban después de la matanza tuvieron que sepultar a las víctimas en el cementerio del pueblo, sin la autopsia de ley, ni la presencia del juez de instrucción o el fiscal.

También refirieron que en la comunidad hay otros campesinos con heridas leves como consecuencia de sus intentos por apagar el fuego de sus viviendas.

De acuerdo a esta versión, las 19 víctimas fueron identificadas como: Demetrio Cáceres Soto, presidente del Comité de Defensa Civil; Pascual Calixto Coronado, teniente gobernador; Juan Villar Carbajal; Antuco Carbajal Cardoso; Silvestre Galindo Mallqui; Saturnino Quispe Arroyo; Ponciano Rojas Rimachi; Nicasio Cusichi Poma; Roberto Carbajal Poma; Epifanio Taype Coronado; Escuso Quispe Llamoca; Claudio Sayas Palomino; Marcelino Rodas Bautista; Ramiro Ramírez Aguilar; Cirilo Ventura Huamán; Sabino Rafael Ataurima; Víctor Vargas Risco y Bartolomé Moisés Loayza”.

“Los terroristas daban vivas al ‘Camarada Gonzalo’, gritando que con la matanza de los campesinos vengaban la muerte de tres de sus miembros. Nueve profesores escaparon de la zona. Los profesores atestiguaron que, en efecto, los senderistas asesinaron a mansalva a los campesinos debido a que, el pasado 3 de febrero de 1988, campesinos de esa comunidad, apoyados por militares de Santillana, dieron muerte a tres terroristas y capturaron a otros en una cueva cerca de la zona”.²⁵

La República y *Expreso* publicaron este sangriento suceso en sus primeras planas; sin embargo, es necesario agregar, antes de cerrar este importante capítulo, que según versiones de los pobladores de Aranhuay, existió una maldición echada a esta pintoresca localidad para que mueran todos los varones. Al respecto nos permitimos incluir dicha leyenda andina surgida en el fragor de la guerra sucia.

La maldición de un albañil y el Inca de Aranhuay

A principios de la década de 1980, laboró en el Centro Educativo N.º 38386/Mx-P de Aranhuay una profesora llamada “Irene”, quien, para mejorar el ornato de la plazoleta principal de dicha comunidad, le encomendó a un albañil del lugar que confeccionase un busto de un Inca, a fin de colocarlo en el centro del parquecito, tarea que el albañil cumplió cabalmente.

Al poco tiempo de haberse erigido al Inca en la plazoleta, los terroristas de Sendero Luminoso ingresaron a Aranhuay y rodearon el pueblito obligando a sus pobladores sin excepción alguna a concentrarse en la plaza. Una vez congregados, todos los hombres fueron separados y les dieron muerte a 22 comuneros, sin ninguna explicación, sin oír las suplicas de sus familiares. Anteriormente, los terroristas incursionaron esta localidad,

25 Marcelino Montero, “No para el terror: asesinan 19 campesinos en un pueblo de Huanta”. *Diario Expreso*. Lima, 24 de abril de 1988, p. 15.

asesinando a otros tanto campesinos, gritando proclamas subversivas.

Transcurrido un tiempo, un campesino que había ido de compras a la localidad de Churcampa, vio al albañil en estado de embriaguez, quien había sido expulsado por sus compoblanos por sus actitudes inmorales y que en su borrachera se jactaba de haber dejado una maldición a la comunidad de Aranhuy, para que todos los varones dentro del término de diez años mueran, hasta desaparecer por completo.

Preocupado, el campesino retornó a su pueblo para contar a las autoridades lo que había escuchado; quienes de inmediato convocaron a todos a una Asamblea General, en la que acordaron destruir el busto del Inca.

Al día siguiente, congregados todos en la plazoleta, rodearon la estatua y a una sola voz, empezaron a apedrearla hasta destruirla por completo. El presidente de la comunidad campesina se acercó cuidadosamente para cerciorarse la destrucción del Inca. Encontró entre los escombros un tubo metálico, en cuya base tenía pegada varias monedas antiguas; muchos se abstuvieron de acercarse por temor. Dicha autoridad comunal cogió el tubo con las monedas y lo arrojó al abismo, acabando así con la maldición que dejó el albañil a sus paisanos.

Al mes, volvieron a incursionar los subversivos y todos pensaron que la maldición aún seguía. Los niños, las madres y esposas lloraban imaginando que Sendero pudiera matar a sus seres queridos. Como siempre, los hicieron formar en la plazoleta principal de Aranhuy, les obligaron a gritar consignas subversivas y vivir a la “lucha armada” y al “presidente Gonzalo”; luego saquearon las viviendas, se llevaron cuanto pudieron, incendiando sus humildes chocitas. Pero no mataron a ningún campesino.²⁶

En el actual centro poblado menor de Aranhuy, según refieren algunos pobladores, existen fosas comunes que esconden el testimonio del doloroso drama vivido por los campesinos de esta localidad andina. Es necesario indagar qué sucedió realmente en este lugar hasta hace poco inaccesible porque no había carretera.



La población, durante 1980 y 2000, vivió entre dos fuegos: el de Sendero Luminoso y el de las fuerzas represivas de las Fuerzas Armadas y Autodefensas. Retablo del autor desconocido en el Museo de la Memoria de Huanta.

© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú

26 Artemio Sánchez Portocarrero, *Síntesis Monográfica del distrito de Santillana*. Auspiciado por la Municipalidad Distrital de Santillana y el Fondo de Fomento Educación y Cultura. Editorial Diálogo, 1995, pp. 140-141.

UNA NUEVA DÉCADA DE RESISTENCIA ANDINA

Artemio Sánchez Portocarrero

■ Chaca

Exhacienda visitada por el sabio italiano Antonio Raimondi a inicios de la república y descrita y graficada posteriormente por Osman Morote en los años setenta, cuando aún era estudiante de la UNSCH, antes de convertirse en el número dos de las huestes subversivas. Etimológicamente “Chaca” significa “Puente”; conocida exhacienda de la familia Lama. Durante los ochenta se convirtió en punto de resistencia contrasubversiva, donde se refugiaron los comuneros de anexos aledaños como Purus, Pallca, Ingenio Pagre, entre otros. En los noventa se convirtió en uno de los más progresistas centros poblados menores de la zona sur del distrito de Santillana.



*Interior de la Casa Hacienda de Chaca, a mediados de 1990.
© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.*

Mayo de 1990. A la comunidad de Chaca ingresó aproximadamente cincuenta subversivos, a aproximadamente las diez de la noche, sorprendiendo a todos los que se encontraban durmiendo en sus refugios o covachas. Aquella noche buscaban al comunero Fernando Pariona Farfán, entonces presidente del consejo de administración de Chaca; al no encontrarlo, dieron muerte a otros comuneros, saquearon las viviendas y se llevaron víveres, ropa y todo tipo de pertenencias de los comuneros.

18 de junio de 1991. A inicios de una nueva década, cuando el accionar subversivo se intensificó a nivel nacional, Sendero incursionó en la comunidad de Chaca. Incendiaron aproximadamente 250 viviendas y dieron muerte a siete comuneros: Vidal Camasi Flores, Hilario Huamán Díaz, Amadea Bautista Huerta, Donatilda Huamán Huamaní, Dasio Ñaupa Méndez, Ernesto Ñaupa Velasque y Pablo Farfán Ricra. Además, dejaron cinco heridos como consecuencia de dicho atentado, entre ellos los comuneros Víctor Huamán Farfán, Víctor Ñaupa Romaní, Pablo Gamboa Santiago, Zósimo Ñaupa Bautista y Nicolás

Ricra Velasque. En aquel entonces estaban agrupadas en Chaca las comunidades de Purus y Pallcca; todos sumaban más de cien niños huérfanos y/o abandonados.



Dr. Yusuke Murakami, Artemio Sánchez y Reneé Palomino en el interior de la Casa Hacienda de Chaca, a inicios del 2015.

© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.

■ Huayrapampa Chico

El 21 de octubre de 1991 tuvimos la oportunidad de llegar hasta ahí, cuando aún era una utopía retornar a su comunidad de origen. Encontramos refugiados en Mosocllaccta a 15 familias que hacían un total de 35 habitantes, quienes recordaban que en sus parcelas se solía contemplar en abril y mayo el verdor de los cultivos de papa, ulluco, haba, sahua, cebada y waña de chuño. Entusiasmados, añoraban el brotar permanente de un puquial existente en la comunidad, la cual les proveía de los recursos hídricos suficientes para el consumo humano, animal y para regar sus sementeras.

La primera incursión se produjo el 12 de mayo de 1983 y dejó un saldo de cinco muertos, todos ellos humildes campesinos. El segundo ataque a Huayrapampa se produjo el viernes 17 de agosto de 1984, en el que los subversivos dieron muerte a dos personas. A consecuencia de los hostigamientos, en diciembre de 1984, sus pobladores se retiraron a otros lugares.

Otros comuneros señalan que Huayrapampa Chico sufrió dos ataques; difieren en los hechos y fechas. He aquí el testimonio de los otros.

Primer ataque. Se efectuó a aproximadamente las siete de la noche del 10 de junio de 1984, donde fueron asesinadas cruelmente las siguientes personas: Félix Curo Quispe (40 años), Amadeo Madueño Calderón (31), Atanasio Quispe Vega (60) y Antonia Lapa Quispe (51). Los senderistas se llevaron las pertenencias de los comuneros, ropa, frazadas, radios, entre otras prendas personales. Asimismo se llevaron veinte ovejas, quince vacas, seis caballos, cinco mulas y trece burros.

El segundo ataque. Se produjo a las tres de la mañana del 14 de octubre de 1984. Los sediciosos dieron muerte salvajemente a los seis comuneros que a continuación señalamos: Sixto Vargas Huamán (33

años), Claudia Quispe Vega (25), Timoteo Vargas Quispe (11), Martha Vargas Quispe (7), Nasario Villar Curo (27) y Antonia Fernández Quispe (17). Todas las viviendas fueron saqueadas e incendiadas. Los senderistas se llevaron frazadas, ropa y utensilios de cocina; emplearon para trasladar todas las cosas obtenidas en el saqueo los animales de carga de los comuneros afectados: veinte caballos, diez mulas, siete burros, cuarenta vacas, ochenta ovejas y ocho gallinas. Horas después, todo quedó en escombros; nada había para poder seguir sobreviviendo en esta comunidad.

Abandonaron la tierra que los vio nacer en 1985 y la gran parte de los sobrevivientes se refugió en la comunidad de Mosocllacta.

■ **Isto Vista Alegre**²⁷

Fue la hacienda de don Gerardo Oré Clara hasta 1970, fecha en la que la Reforma Agraria se la entregó a los comuneros que residían dentro de ella. Sus habitantes, agricultores en un 80%, anhelan la irrigación de sus campos de cultivos utilizando las aguas del puquial Chaccancca y del riachuelo Ayahuaycco.

Al promediar las doce del mediodía del 20 de agosto de 1995, se instalaron en su comunidad de origen; retornaron luego de haber sufrido y padecido penurias en lares ajenos y lejanos a su hazienda natural. Entre la alegría de volver a casa y el dolor de recordar los trágicos y últimos momentos que les tocó vivir en Isto, muchos de los retornantes que radicaban refugiados en la comunidad aledaña de Mosocllacta, que los acobijo desde 1987, nos narraron los por menores de los actos subversivos perpetrados en contra de los indefensos campesinos de esta comunidad.

Primer ataque, 15 de agosto de 1983. Incursionaron y asesinaron a Josefina Vilchez Chocce, de 20 años de edad; luego incendiaron su vivienda.

Segundo ataque, 19 de setiembre de 1983. Asesinaron al teniente gobernador Juan Fernández Ricra, de 25 años de edad; era esposo de la primera víctima de sendero en esta comunidad.

Tercera incursión, 13 de enero de 1984. Asesinaron empleando un arma blanca al anciano Pedro Chocce Curo, de 52 años de edad, mientras que, utilizando una soja, ahorcaron a doña Julia Ccente Rojas, de 58 años, quien murió instantáneamente.

Cuarta incursión, 27 de octubre de 1985. Asesinaron con disparos en diversas partes del cuerpo a don Paulino Palomino Curo, de 40 años de edad.

Quinto ataque, 11 de abril de 1986. Asesinaron al comunero Pablo de la Cruz Muñoz, de 45 años de edad, golpeándolo con palos en diversas partes del cuerpo.

Sexto ataque, 24 de mayo de 1986. Asesinaron a Fortunata Quispe Villar, de 65 años de edad; incendiaron todas las casas de la comunidad y la escuela y se llevaron once cabezas de ganado mular y caballar.

Mientras tanto, meses después de esta incursión, el 27 de julio de 1986, a las 6:30 de la mañana, un burro bomba con dos alforjas repletas de leña entre la que los terroristas habían colocado potentes cargas de dinamita voló en pedazos en el momento que el animal pasaba por el “Parque de los Héroes” de la ciudad de Huanta, capital de la provincia del mismo nombre, haciendo salir a los vecinos despavoridos de sus casas. El acto criminal tenía por finalidad frustrar, sin lograrlo, el desfile cívico-militar programado por Fiestas Patrias, pues de todas maneras se realizó dicha actividad, la misma que se inició a las 10:00 de la mañana con gran asistencia del público.²⁸

27 Datos extraídos del informe presentado por los dirigentes Gerardo Bautista Asto, presidente del CAD, Alejandro Hinojosa Centeno, teniente gobernador, y Marcelino Bautista Condori, secretario del CAD de Isto Vista Alegre, al General de la Segunda División de Infantería de Ayacucho, con fecha 16 de agosto de 1995.

28 Cirilo Oré Enríquez, “Estalla otro burro bomba: atentados dinamiteros en Ayacucho, Huanta y Pasco”. *Diario Expreso*. Lima, 28

Séptimo ataque, día de la Bandera Nacional. Cuando todos los peruanos recordaban a Bolognesi y su gesto heroico de Arica, el 7 de junio de 1987, los comuneros de Isto Vista Alegre sufrían el asedio subversivo, siendo victimado el presidente de la Defensa Civil, don Sabino Lunazco Huamán, de 25 años de edad. Como consecuencia de este hecho los comuneros abandonaron su comunidad y se desplazaron a otros puntos de resistencia como Mosocllaccta y San José de Secce; otros más temerosos llegaron hasta Huanta y el valle del Río Apurímac.

■ Mosocllaccta

La pacificación de la zona norte del distrito de Santillana y la parte sur de Ayahuanco fue emprendida con valentía por los mismos campesinos, quienes dejaron la chaquitacla, el yunque del arado y otras herramientas de trabajo para reemplazarlas por el fusil, para defender su hogar y familia y para reclamar los derechos y deberes que tenían como peruanos. Luego de años de tragedia, de lucha entre el dolor y la muerte con la que se familiarizaron a la fuerza, consiguieron la paz, aunque a un costo demasiado elevado. Las diez incursiones sufridas durante los amargos y sangrientos años ochenta dejaron un trágico saldo de más de cincuenta comuneros victimados despiadadamente. A partir de 1990, además, tuvieron que emprender la lucha contra un nuevo y tenaz enemigo: la extrema pobreza y el aislamiento.

La pequeña comunidad de Huayrapampa se agrupó a Mosocllaccta en 1985; lo mismo hizo la comunidad de Isto uno o dos años más tarde.

Primer ataque, 12 de setiembre de 1990, de 10:00 p.m. a 1:00 a.m. Las constantes violaciones y destrucciones causadas por los terroristas en el anexo de Mosocllaccta, ubicado entre los límites de los distritos de Santillana y Ayahuanco, motivaron a sus pobladores, bajo el mesiánico líder rondero don Julio Talavera Merino,²⁹ a quien debemos su amistad, a emprender una resistencia utópica. Declararon a este anexo como sede central de todas las comunidades aledañas geográficamente a ella, sin importarles las jurisdicciones políticas o administrativas. Se alzaron valerosamente para poner fin a los numerosos estragos que causaban desde hace varios años, perjudicando a humildes e indefensos campesinos. La décima segunda noche del noveno mes del inicio de una nueva década se escucharon las primeras balas de la resistencia andina contra los subversivos. Luego de cerca de tres horas de enfrentamientos, no se registraron heridos ni muertos por parte del Comité de Defensa Civil. Capturaron a cuatro terroristas y dieron muerte a uno de ellos; recuperaron asimismo una retrocarga, municiones, granadas de guerra y bombas caceras, las mismas que fueron entregadas a la base contrasubversiva de San José de Secce.

Segundo ataque, 13 de diciembre de 1990, 5:00 a. m. Murió el comando de la Defensa Civil, don Nasario Villar Cunto, y cayeron valerosamente heridos tres miembros del CAD: Julio Talavera Merino, Celedonio Quispe y Rogelio Cusiche. El primero de ellos encabezó la resistencia civil contra los subversivos en esta parte del distrito de Santillana; su figura se mitificó en una etapa del proceso de pacificación. Muchos líderes ronderos siguieron el camino trazado por Talavera, quien adquirió sus propias armas con los exiguos recursos que le brindaba su actividad agropecuaria.

En esta incursión, los terroristas tuvieron importantes bajas. Entre los seis sediciosos caídos, se encontraban el camarada “Dionisio”, mando militar de la base subversiva de Rasuwillca, junto a su

de julio de 1986, p. 4.

²⁹ Julio Talavera Merino nació el 18 de noviembre de 1949 y estudió en el colegio “González Vigil” de Huanta. En 1991, el Tne. Inf. EP “Los Cabitos” N° 51 Gustavo Cárdenas Figuerola, le otorga un carnet con el cargo de “Comandante” de la base civil de San José, sector Ayahuanco. Fue hospitalizado en Cirugía del Hospital de Apoyo de Huamanga del 14 al 19 de diciembre de 1990, al ser herido en el pie izquierdo por un proyectil de bala en el enfrentamiento ocurrido en Mosocllaccta (Historia Clínica N° 154503). Vivía abocado a sus quehaceres personales en su fundo Huallanay, hasta que fue emboscado en una quebrada cuando se dirigía a Aranhua, en el año 2006. Fue uno de los mejores tiradores de esta región, diestro en manejar máuser con las dos manos al mismo tiempo, es una leyenda en boca de los niños del distrito de Santillana.

cadáver se halló un FAL. Murió también el camarada “Lobo”, mando del valle del Ene, portaba una retrocarga, al igual que la comandante “Maricela”, mando femenino de Vizcatán. Entre los subversivos heridos se encontraba el camarada “Mauro” de Vizcatán, quien pudo huir sangrando; luego, en 1991, moriría en combate con los ronderos, poniendo fin a la ola de crímenes que había emprendido. Las armas y municiones fueron entregadas a la base contrasubversiva de San José de Secce.

Es indispensable resaltar el valor de los comuneros liberados por Talavera que para su defensa contaban únicamente con armas blancas, principalmente hondas, huaracas y rejonas. Parecía haberse reencarnado un puñado de “combatientes de la Breña”, que resistieron hasta aproximadamente las diez de la mañana, hora en que cesó el asedio terrorista.

Tercer ataque, primero de agosto de 1991, de 10:00 p.m. a 2:00 a.m. La heroica resistencia del 13 de diciembre del año anterior provocó la ira de los subversivos que juraron vengar a sus cabecillas; sin embargo, la valentía de los mosocellactinos no se quebrantó jamás, a pesar de que los “terrucos” saquearon e incendiaron 120 viviendas y dieron muerte a 10 defensas civiles. Al día siguiente, la patrulla mixta conformada por los ronderos y efectivos del Ejército dieron muerte a tres terroristas en un enfrentamiento producido en el cerro Pacaycasa; el combate duró desde las cinco de la madrugada hasta las cuatro de la tarde. El saldo fue la muerte del camarada “Mauro”, jefe de la base subversiva de Vizcatán, de su lugarteniente, el camarada “Daniel”, y un sedicioso no identificado. El primero de ellos portaba un FAL que fue incautado por los miembros de las Fuerzas Armadas que participaron en el operativo; a los otros no se les halló ningún tipo de arma, al parecer sus compañeros los recogieron antes de huir. En esta jornada, se lamentó que resultara herido un joven soldado que cumplía con su Servicio Militar Obligatorio; la bala le impactó en la barriga.

Los niños, la esperanza del mañana, habían tenido que sufrir directamente las consecuencias destructivas del terrorismo demencial. La enseñanza que se les impartía no les servía de nada en medio de tanta violencia, dolor y muerte. “Para qué estudiar si nos van a matar”, era una de las preguntas que nos formulaban. Habían perdido la fe en ellos mismos. El Perú ya no era su patria; se había convertido en el infierno donde vivían.

■ Nuevo Progreso - Huachocacca

El 11 de setiembre de 1993, los comuneros lograron obtener el respaldo del alcalde distrital y del gobernador de Santillana para fundar el pueblo de “Nuevo Progreso”, que se disgregó de la comunidad de Aranhuy. La ceremonia de levantamiento del Acta de Fundación se llevó a cabo el día 13 del citado mes, en la cual eligieron a sus autoridades comunales.

Antes de constituirse como “Nuevo Progreso”, cuando aún eran treinta jefes de familia, se encontraban agrupados en la comunidad vecina de Huanchoacca. Desde 1982, fecha en que también se organizaron como Rondas Campesinas, sus pobladores también padecieron el asedio senderista en las diversas incursiones que hicieron a esta zona.

Primer ataque, 19 de mayo de 1982. Incursionaron a aproximadamente la una de la madrugada y la hostigaron durante tres días seguidos. La población resistió defendiéndose con hondas y huaracas con las que lanzaban piedras al enemigo y palos y machetes para los combates de cuerpo a cuerpo. Perecieron ocho campesinos durante el enfrentamiento, de los cuales dos eran mujeres; entre ellos cayó victimado el teniente gobernador don Marcelino de la Cruz Huamán. Antes de que llegaran los efectivos de las Fuerzas Armadas, los comuneros produjeron dos bajas en el bando subversivo, recuperando una escopeta calibre 16, municiones, “piñas” y armas blancas (cuchillos), así como afiches y propagandas

subversivas. Luego, a las siete de la mañana aproximadamente, salió una patrulla ronderos, conformada por cuatrocientos comuneros de diversas comunidades, que, con el apoyo de la Naval, se enfrentó a los terroristas, dándole muerte a ocho de ellos.

Segundo ataque, 20 de diciembre de 1982, de 8:00 p. m. a 11:00 p. m. Los pobladores en aquellas fechas pernoctaban en las cuevas, huaycos y quebradas ubicados en sitios estratégicos, que les permitía huir con facilidad en caso de notarse la presencia de los elementos sediciosos. Cuando llegaron por la noche las huestes de Sendero Luminoso, nadie dormía en el pueblo, lo cual fue aprovechado para saquear las casas. Se llevaron todo lo que pudieron transportar; lo demás fue destruido. Antes de retirarse, procedieron a prender fuego a quince viviendas y al templo de la iglesia católica.

Tercer ataque, 9 de mayo de 1989. Los senderistas llegaron sorpresivamente, alrededor de las cinco de la tarde. Los comuneros los recibieron y, cuando estuvieron congregados todos, uno de los jefes sediciosos los incitó a luchar para llegar al poder y cambiar las cosas en favor de los más pobres; agregaron que reclutarían a treinta varones. Los campesinos les dieron de comer. Mientras cenaban, los miembros de la Defensa Civil complotaron para darles muerte, plan que ejecutaron aproximadamente a las siete de la noche. Perecieron cuatro senderistas, entre ellos una mujer. Las armas recuperadas, cinco granadas de guerra y una retrocarga calibre 16, fueron entregadas a la base militar de San José de Secce. Al día siguiente se sepultó a los subversivos en la misma comunidad de Huachocacca.

■ Sañoq

El 15 de noviembre de 1992, retornaron los pobladores que habían abandonado la comunidad en 1985 y ciñéndose a las nuevas normas del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, el 15 de junio de 1993 constituyeron el Comité de Autodefensa Civil, conformado por 15 varones, 15 mujeres y 35 niños.

Durante el mes de setiembre de 1985, organizaron una Ronda Campesina, conformada entonces por 45 varones, 47 mujeres y 80 niños. Al igual que otros anexos del distrito de Santillana, sufrieron los reveses de la guerra sucia.

Primer ataque, primero de agosto de 1983. Los terroristas ingresaron a las nueve de la noche y hostigaron a la población hasta las tres de la madrugada. Dieron muerte al dirigente comunal Pablo Ávila Rodríguez, presidente del consejo de vigilancia de la comunidad, y al comunero Vicente Carbajal Ricra. Saquearon las viviendas, llevándose únicamente prendas de vestir, y dejaron doce casas en llamas.

Segundo ataque, 20 de agosto de 1985. Ingresaron a las diez de la noche y permanecieron en la comunidad durante dos horas. Mataron a cuchillazos a la niña Vilma Curo Soto, de tres años de edad, y a dos autoridades: Alejandro Ayala Romero, presidente de la comunidad campesina, y Juan Durand Chocce, ex teniente gobernador. Las viviendas fueron saqueadas; se llevaron ropa, víveres y un total de ochenta cabezas de ganados entre vacunos, ovinos, caprinos y equinos.

Tercer ataque, 18 de octubre de 1987. Los subversivos ingresaron a las 6:00 p.m. y estuvieron hasta las 2:00 a.m., noche en la que, en muchos lugares del Perú, miles de personas imploraban al Señor de Los Milagros por el cese de la ola de violencia e injusticia. Mientras la sagrada imagen milagrosa recorría las calles de los pueblos donde era venerada, Sendero continuaba perpetrando sus crímenes. Aquella noche los comuneros huyeron desesperados en busca de un refugio, con dirección a distintos lugares, dejando en completa desolación la comunidad. Cuarenta viviendas fueron incendiadas después de haber ingresado en ellas para extraer todo lo que encontraron; “no dejaron ni una aguja” u otro objeto que pudiera servir a los comuneros que regresasen para rehacer su vida en la comunidad que los vio nacer.

Sin poder impedirlo, muchos campesinos contemplaron cómo los sediciosos se llevaban sus pertenencias y 130 cabezas de ganados entre vacunos, ovinos, caprinos y equinos. Al salir los primeros rayos solares, los que habían huido retornaron y encontraron izadas varias banderas rojas con la hoz y el martillo y panfletos y afiches subversivos, así como pintas invocándolos a permanecer en su comunidad cada vez que ellos llegaran: “¿Por qué escapan? Esperen en su pueblo mismo, no les vamos a hacer nada”.

A raíz de este ataque, la mayoría se retiró a diferentes lugares. Unos quince comuneros se desplazaron a la comunidad vecina de Oqopecca, enrolándose en la Ronda Campesina de dicho lugar, la que, por su estratégica ubicación y por el gran número de personas que ahí radicaban, se convirtió en un reducto de resistencia a la cual era difícil atacar.

■ Chinchay³⁰

Fue hacienda de la familia Tutaya y de los Pérez Palma; en este lugar se encontraron yacimientos arqueológicos con momias. En este anexo andino, antes de los problemas socio-políticos, 7 familias partieron en busca de mejores oportunidades por la falta de trabajo, quedando 45 familias campesinas en el lugar. Luego de un desplazamiento masivo, retornaron en 1985, por orden del capitán EP “Huaru”, jefe de la base contrasubversiva de San José, quien en una reunión con los pobladores refugiados en la capital distrital, les indicó que el Gobierno les iba brindar seguridad si retornaban a su lugar de origen. Al igual que todas las demás comunidades santillaninas, también sufrió el asedio de la subversión.

Una incursión simultánea. La tarde del 14 de julio de 1983 victimaron, en Paqchancca, a nueve personas y, en la comunidad de Chocay, a 7 km de distancia, a dos comuneros más. Ambas comunidades se ubican en la misma cuenca del río Paqchancca. Los pobladores de las comunidades aledañas de Chinchay y Picas lograron huir ante la presencia sediciosa.

Al día siguiente, el 15 de julio, a las 3:00 a. m. aproximadamente, unos cien terroristas provenientes de Huayllay descendieron el cerro Torongana, divididos en cuatro grupos para sacar a todos los pobladores de la comunidad de Chinchay. Capturaron a un comunero, pero, cuando era conducido para ser ejecutado por los subversivos, logró huir, dejando su zapato al momento de correr hacia la quebrada.

Aquella madrugada los senderistas buscaron a las autoridades políticas, pero, como el agente municipal don Juan Lizarazo Curo vivía en Mollepata y al teniente gobernador don Vilmo Quispe Pérez radicaba en Anya, no pudieron capturarlos, mucho menos victimarlos. Vilmo murió años después como consecuencia de haber contraído la enfermedad de la tifoidea.

Los efectivos de la Naval, acantonados en el pueblo de San José de Secce, desde los torreones de sus instalaciones disparaban con dirección a Chinchay, con el propósito de proteger con sus disparos a los pobladores de este lugar, permitiéndoles ponerse a salvo. No se registró ninguna pérdida humana, incendio, saqueo o robo de ganados.

El mismo día, en el anexo de Picas, a donde se dirigió uno de los grupos terroristas, la gente gritaba despavorida, pidiendo auxilio. Felizmente tampoco se registró ninguna muerte o destrucción de bienes muebles o inmuebles.

Estos sucesos originaron el desplazamiento masivo de los habitantes de Chinchay, quienes se fueron a San José de Secce, Chanchamayo y Lima.

La muerte también en tiempos de sequía. En 1984, los subversivos volvieron a ingresar a la comunidad

30 Fuente: Entrevista con autoridades y líderes de la comunidad de Chinchay, 28 de marzo de 1999.

de Chinchay, encontrando únicamente al comunero Alejandro Paredes de la Cruz, a quien capturaron y llevaron con ellos. Permaneció cautivo durante ocho días, tiempo en que sus familiares y amigos lo dieron por desaparecido; luego apareció muerto dentro de la casa hacienda de Chinchay. Tenía el cuerpo acuchillado y el rostro totalmente desfigurado; en su pecho se leía la inscripción “Viva la lucha armada” que fue hecha posiblemente con la punta del cuchillo con el que lo asesinaron.

Todos su compoblanos lo recuerdan; aquel año era tiempo de sequía, los choclos no habían producido bien. Alejandro había ido al puquial de Suitoccocha, ubicado a una cuadra de la capilla de Chinchay; fue entonces que lo capturaron. En ese momento los demás pobladores radicaban en el lugar de Mollepampa.

Visita familiar para encontrar a la muerte. El 23 de marzo de 1989, a las 9:00 p.m. aproximadamente, los senderistas intentaron ingresar nuevamente a la comunidad de Chinchay. Aprovechando la oscuridad de la noche, llegaron a unos trescientos metros de Manchaycocho, hasta el lugar de Yacupuquio, en donde vivía doña Fernandina Cabezas Farfán, quien esa noche se quedó a dormir con su señora madre, sin ir a la base civil en donde se encontraban toda la población. Fernandina, de 34 años de edad, sufría de alteraciones mentales. Radicaba en Chanchamayo conjuntamente con su esposo e hijos y había viajado desde la selva a la comunidad de Chinchay para visitar a su anciana madre y a su hermano. Encontró una muerte trágica: los subversivos la sacaron de la casa de su hermano donde estaba alojada y la llevaron al lugar de Huayrasencca para asesinarla sin piedad alguna.

En esos luctuosos años, los 120 habitantes de Chinchay, entre hombres, mujeres y niños, se habían agrupado en el lugar de Manchaycucho, por ser un lugar mucho más seguro.

■ Pacchancca³¹

Se ubica a 45 km de la ciudad de Huanta y a 9 km de la villa de San José de Secce. Su población antes de los años ochenta se asentaba en lo hondo de la quebrada del mismo nombre, por donde surcaban las aguas del río Pacchancca. Ahí se encuentran aún los famosos molinos hidráulicos de piedra en los que se muelen hasta la actualidad los cereales, cuyas construcciones datan de la época colonial. Al efectuar un viaje a la capital distrital de Santillana se pueden contemplar los escombros de las viviendas quemadas durante la anterior década. Fue tal vez un milagro divino que la capilla en la que reposa el Santo Madero llamado por los lugareños “Patrón de Pacchancca”, la escuela en la que estudiaron muchos de los desplazados, ahora residentes en Lima y miembros de la “Asociación de Hijos de Pacchancca”, y las viviendas de propiedad de Renné Casafranca y de la familia Figueroa se salvaran de ser incendiadas, mas no del pillaje y saqueo por parte de los senderistas.

La solidaridad de tres mujeres y quince huérfanos. Esta pintoresca comunidad fue incursionada en dos oportunidades por los elementos subversivos. La última y más sangrienta incursión se produjo el 15 de junio de 1985, en la que masacraron a Celedonia Huamán, Enrique Palomino, Lisiderio Malpica, Onorato Cancho, Benito Aguilar, Augusto Casafranca, Alejandro Curo, Gladis Ñaupá, Apolonio Figueroa, Mauro Figueroa, Máximo Casafranca, Ricardo Malpica, Julio Curo, Asensiona Palomino, Armando Casafranca, Nieves Palomino y un viajero no identificado,³² un total de diecisiete comuneros indefensos. Este hecho motivó que los sobrevivientes abandonasen el pueblo y buscasen refugio en otras comunidades aledañas como Chucay y Picas; otros llegaron hasta San José de Secce, Luricocha, Huanta, Ayacucho e inclusive Lima. Aquella fecha se quedaron únicamente René Casafranca, Ermelinda Palomino y Justina Palomino, la última era una anciana. Las tres mujeres tuvieron a su cargo

31 Fuente: Carta de la Asociación de hijos de Pacchancca, suscrita el 6 de abril de 1996 por los señores Celestino Figueroa Casafranca, Félix Palomino U. y Zenobio Casafranca Palomino, dirigida a Artemio Sánchez Portocarrero, autor de *Síntesis monográfica del distrito de Santillana*.

32 *Ibíd.*, pp. 1-2.

el cuidado de quince niños huérfanos que vivían en el pueblo, después de la masacre.

Pacchancca, desde entonces, se convirtió en la cuna de la resistencia femenina y de los niños huérfanos, hasta inicios de 1990, fecha en que se empezaron a respirar los primeros aires de la pacificación andina. Se inició entonces un proceso de retorno gradual a las chacras: cada familia retornante tenía que asumir el cuidado de un grupo de niños huérfanos, ayudándose entre todos, para iniciar una vida desde cero, sin víveres, sin animales, sin techo que los acobije, sin ningún apoyo. Revivieron antiguas costumbres, como la minca y el ayni dentro del desarrollo de sus faenas cotidianas. Se solía observar que el 80% de la población económicamente activa eran niños y mujeres, mientras que el 20% restante lo conformaban los hombres lisiados o impedidos, debido a las lesiones ocasionadas por la demencial guerra emprendida por los seguidores de Abimael Guzmán.

“El eco de clemencia que se evocaba en la honda quebrada de Pacchancca” generó que los miembros de la Asociación de hijos residentes en Lima coordinasen con diversas instituciones para brindar apoyo a sus hermanos, propulsando la iniciativa de reubicar el pueblo en “Lirio Pampa”, a 3 km del antiguo asentamiento poblacional. El lugar tiene un área de 40.257,94 m², en donde se ha programado la ejecución de diversas obras. El 12 de febrero de 1996 se colocó la primera piedra y se edificaron después el nuevo local escolar, las viviendas y otras instalaciones con el financiamiento del PAR.

■ La feria de Lirio³³

En aquellos dolorosos años, los pobladores altoandinos concurrían a las ferias sabatinas de Lirio, lugar a donde llegaba entonces la carretera que trasmona el distrito de Santillana. Aprovechando la llegada de vehículos a esta zona, las autoridades campesinas salían en comisiones para realizar gestiones en la capital provincial; desde Lirio se trasladaban en camiones y camionetas, acostumbrados a las piedras y baches de la carretera. Muchas fueron las autoridades asesinadas por las huestes de Sendero en el trayecto, al ser interceptados los vehículos y obligados a descender sus pasajeros para verificar si se encontraban en la “lista negra”; al hallarlos, realizaban un juicio rápido y los ejecutaban en presencia de los demás. Una de estas acciones fue perpetrada el 26 de setiembre de 1987, en Condorsincca, a 35 km de la ciudad de Huanta, en donde degollaron a tres campesinos: Manuel Cusichi Quipse (65), teniente gobernador, y Luis Rimachi (50), presidente de Defensa Civil de la comunidad de Carhuahurán; el tercero no fue identificado. Los ejecutaron luego de acusarlos de ser confidentes de las fuerzas militares de San José de Secce. Los demás pasajeros fueron obligados a dar vivas por la lucha armada y por el presidente Gonzalo; luego tuvieron que pagar cupos, para finalmente ser amenazados de muerte, si continuaban en la labor de los asesinados.

Luis Rimachi “venía trabajando arduamente para agrupar en un solo comité a las comunidades de Jacctatay, Uchuykutuc, Pera, Ramado, Llacllan, Inki, Huaychao, Jakuella y otras”.³⁴

33 Lirio es un lugar ubicado dentro de la jurisdicción del anexo de Pacchancca, distrito de Santillana, actualmente en el lugar existen restos de caserones ocupados por los feriantes de entonces, pudiendo apreciarse al viajar a San José de Secce, cerca de ella se ubica la repartición que va hacia la zona altoandina del distrito de Huanta, y la troncal continua hacia San José, con proyección a la zona selva de Choymacota.

34 “Soplo de la muerte: tres campesinos degollados por Sendero en Ayacucho. En Condorsincca, el terrorismo elimina a los presuntos colaboradores del Ejército”. Revista *Sí*. Lima, 5 de octubre de 1987, pp. 12-13.



Familiares de los campesinos de Carhuahurán, victimados en Lirio, cuando concurrieron a la feria semanal, en setiembre de 1987.

© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.

■ Pallcca³⁵

Fue hacienda los Lamas, en un momento determinado parte de la hacienda Chaca, la que fue independizada por cuestión de herencia.

Cinco líderes y una joven asesinada, saqueos y robos indiscriminados. A las cuatro de la madrugada del 8 de agosto de 1984 —bien lo recuerda un comunero cuando era aún niño de catorce años—, los “terrucos” ingresaron por la parte baja y empezaron a arrimar a los comuneros desde aquel extremo hacia el cerro Occanccasa; muchos escaparon en la oscuridad. Los bebés lloraban, los perros ladraban, los ganados bramaban, los caballos relinchaban; uno, dos y más disparos se escucharon, así como arengas, vivas y consignas y sumarásimos juicios populares: todo fue muy rápido. Cuando llegaron a coronarse sobre ellos los primeros rayos del sol, sobre el ichu húmedo corría la sangre fresca de cinco líderes de la comunidad de Pallcca: Pablo Huamaní, ex agente municipal; Pablo Rosa Huamaní, agente municipal; y los hermanos Julio, Esteban y Agustín Araujo. Junto a los cadáveres, yacía el de la joven Petronila Huamaní Quispe, hija del primero de los referidos; tenía diecisiete años y, en el alba de su juventud, se topó con la muerte inesperada al tratar salvar la vida de su progenitor. Las viviendas fueron saqueadas totalmente; se llevaron todo en los ocho caballos que también robaron de los indefensos comuneros.

Masacre de 41 campesinos. Muchos no quieren recordar el día de 1985 en que los marinos llegaron a Choccepunku. En ese lugar se encontraban aproximadamente 41 personas, todas ellas familiares, que fueron conducidas a viva fuerza hasta Putqa, en donde se hallaba la antigua boca de una mina abandonada. Ahí les acibilló sin piedad (ver “Masacre en Putqa”).

Huida a Huanta y otros lugares. Ante los constantes crímenes por parte de los terroristas y efectivos militares, los pobladores decidieron huir a diferentes lugares; este hecho se produjo en 1988. Muchos llegaron hasta Huanta; otros de menos recursos se instalaron en las inmediaciones de Chaca, siendo todavía objetos del accionar subversivo cada vez que iban a sus chacras a cultivar o se desplazaban por los inhóspitos caminos herraduras que conducen a la provincia de Huanta. Uno de estos casos es el

35 Información proporcionada por el presidente de la comunidad campesina de Pallcca. Huanta, 27 de junio de 2000.

asesinato de los comuneros Humberto Rimachi y Juan Huamaní, ocurrido el 18 de febrero de 1989 en la comunidad de Culluchaca, parte alta de Huanta.

■ Purus³⁶

Cuando nos proporcionaron las informaciones, los pobladores de Purus aún no habían retornado a su comunidad de origen; se ubicaban en los alrededores del actual centro poblado de Chaca. Contaban en ese momento con 22 ronderos que efectuaban las patrullas, 10 eran mayores de edad, había 19 viudas y 100 niños en edad escolar, 193 habitantes en total, refugiados todos en una comunidad vecina que ocupaba la exhacienda de Chaca. Retornaron a Purus el 10 de enero de 1995; desde entonces han tenido que reconstruir sus viviendas y volver a cultivar sus terrenos abandonados después de cerca de una década de resistencia andina.

Primer ataque, 8 de agosto de 1984. Los elementos subversivos incursionaron quemando dos viviendas y saqueando setenta casas, originando su desplazamiento a Chaca, exhacienda cercana a la comunidad.

Segunda incursión, 2 de setiembre de 1984. Sufrieron la segunda incursión cuando se encontraban refugiados en los alrededores de Chaca. Incendiaron ocho viviendas y dejaron herida a la señora Otilia Huamaní, de 40 años de edad.

Tercer ataque, 16 de junio de 1989. Sufrieron otro ataque en el que fue victimado el señor Dionicio Ñaupa Pacheco, de 28 años de edad.

Cuarto ataque, 19 de junio de 1991. Nuevamente los terroristas incursionaron en los alrededores de la comunidad de Chaca, en el sector en donde se encontraban refugiados los pobladores de Purus. Quemaron 57 rústicas viviendas y dejaron a dos comuneros muertos y tres heridos; uno de ellos resultaría con invalidez definitiva.

Quinta incursión, 29 de junio de 1992. Los subversivos volvieron a arrasar con varias casas; se desconoce si hubo heridos y muertos.

Sexta incursión, 6 de mayo de 1993. Los sediciosos robaron ganados: dos vacas, cinco caballos y otros no determinados. También victimaron a un comunero; esto ocurrió en la jurisdicción de la misma comunidad de Purus.

Existen una infinidad de datos respecto a muchas comunidades altoandinas de la provincia de Huanta, especialmente del distrito de Santillana, con respecto a las dos décadas de violencia socio-política. Lo que indicamos es apenas una pequeña parte que contribuye, en cierto modo, a reconstruir la verdad a base de testimonios inéditos.

36 Datos proporcionados por el comando "Chiri" y por Pablo Ñaupa, teniente gobernador de Purus.



*Volante subversivo que representa su lucha contra las Fuerzas Armadas, distribuido en Paro Armado convocado por Sendero Luminoso en Santillana y Huanta, 1989.
© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.*



*Castigo a Rondero por golpear a su esposa en Chaca. 1998.
© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú*

CRONOLOGÍA DE ACCIONES SUBVERSIVAS Y CONTRASUBVERSIVAS EN EL DISTRITO DE SANTILLANA

Artemio Sánchez Portocarrero

El presente capítulo se basa en los datos recogidos por Moisés Ricardo Gutiérrez Cárdenas,³⁷ uno de los principales protagonistas de la lucha antisubversiva. Una parte de esta recopilación, elaborada con el apoyo de sus “comandos”, fue leída cuando ocupaba el cargo de Presidente del Comité de Autodefensa Civil Sede “C” de Santillana, el 21 de diciembre de 1994, en la villa de San José de Secce, por conmemorarse un aniversario más de la creación política del distrito. Desde entonces, un sinnúmero de connotados investigadores y militares le han solicitado el documento, para sus propias publicaciones o informes, el mismo que presentamos a continuación, con las correcciones de Artemio Sánchez Portocarrero.

El distrito de Santillana sufrió los duros azotes de Sendero Luminoso, dejando una secuela de muerte, destrucción y dolor con cinco incursiones iniciales, que luego serían incontables en diferentes lugares y fechas.

El 26 de setiembre de 1982, aproximadamente a las nueve de la mañana, más de sesenta terroristas invadieron el pueblo de San José de Secce, capital del distrito, obligando a toda la población a reunirse en la plaza de armas, para, en presencia de todos los vecinos, flagelar a las autoridades distritales y a las personas notables del lugar, amenazando de muerte a todos ellos para que no ocuparan cargo alguno. Luego se dirigieron al palacio municipal, en donde se ensañaron con los bienes del concejo. Concluidos los actos de latrocinio, abandonaron el pueblo.

El 8 de febrero de 1983, tres valientes santillaninos perdieron la vida en manos de Sendero Luminoso, todas ellas personas entusiastas y progresistas: el primero, don Víctor Ramos Mieses, exalcalde, exgobernador, ex juez de paz en varias ocasiones, al momento de su muerte desempeñaba como presidente pro-construcción de la carretera Huanta-San José-Choymacota; el segundo era don Eliades Aguilar Urribarri, registrador civil; y, el tercero, don Erasmo Pariona Ruíz, ex registrador civil y líder principal de la comunidad de Ismuñay. Los victimaron a cada uno en diferentes lugares, por haber tenido la osadía de enfrentarse a los terroristas con ideas y principios, sin emplear las armas sino las palabras. Es así que los senderistas iniciaron sus actividades sediciosas en nombre de las causas populares; con ello empezaron a exigir el cumplimiento de la “cuota de sangre”, un proceso sistemático de reclutamiento de jóvenes de la capital distrital y de todos los anexos de Santillana para ser parte del “Ejército Guerrillero Popular”.

Meses antes, el 14 de enero de 1983, los terroristas ingresaron a Macabamba y Huaychao, comunidades altoandinas del distrito de Huanta, con el objeto de organizar sus bases de apoyo. Como cometieron una serie de actos inmorales que atentaban contra las costumbres comunales, los campesinos, descendientes de los bravos y feroces iquichanos, se rebelaron y lograron asesinar a siete subversivos, requisando sus armamentos. Luego, al tercer día, se produce otro enfrentamiento entre los campesinos altoandinos de Cunya, Macabamba, Huaychao y Uchraccay contra los subversivos en la extensa llanura de Compañía; el combate duró más de nueve horas, no hubo bajas en ninguna fila. El entonces teniente gobernador

37 Moisés Ricardo Gutiérrez Cárdenas, natural del pago de Ismuñay, del distrito de Santillana, estudió su primaria en el Centro Educativo de San José de Secce. Se desempeñó como Presidente del Comité de Autodefensa Civil de la Sede Central de San José de Santillana, entre el 2 de enero de 1993 y el 25 de agosto de 1994. Tuvo una destacada participación en el I Congreso Departamental de Autodefensas Antisubversivas de Ayacucho y el valle del Río Apurímac y Ene, realizado en el Auditorio de la UNSCH en setiembre de 1991. Fue elegido regidor distrital de Santillana en dos periodos consecutivos, 1995-1998 y 1999-2002; además ha desempeñado varios cargos, como Juez de Paz de San José de Secce.

de la comunidad de Uchuraccay, don Fortunato Gavilán García, puso en conocimiento de este hecho al general EP Clemente Noel, Jefe Político Militar de Ayacucho, quien les ordenó defenderse contra cualquier ataque de personas extrañas.

Al igual que en los tiempos de las revueltas iquichanas y de la sal, desde ese momento comenzó la rebelión de los campesinos, esta vez contra las huestes de Sendero Luminoso y su cabecilla principal, el “Presidente Gonzalo”. Se organizaron militarmente siguiendo los ejemplos de sus ancestros, lo que los condujo a confundir a los ocho periodistas y asesinarlos sin distinción alguna en Uchuraccay. Después de este suceso, los miembros de la comunidad de Llaqhuas arribaron a Huaychao, con el propósito de recibir apoyo para organizarse contra los “compañeros”. Lo mismo harían los comuneros del anexo de Chaca y del pago de Lambras; de pronto, como un reguero de pólvora, la organización antisubversiva propulsada por los campesinos seguiría avanzando. Llaqhuas fue la comunidad más aguerrida, enfrentándose constantemente con los terroristas. En uno de los tantos enfrentamientos, los llaqhuinos victimaron a Juan Urribarri Pancorbo, José Figueroa, Andrea Acevedo de Figueroa y Julio Pacheco, indefensos pobladores. Luego obligaron a la comunidad de Oqopeqa a que también se uniera a la lucha contra los terroristas, designando como primer dirigente de esta organización antisubversiva a Rómulo Cisneros Nalvarte y como subdirigente a Manuel Mieses Bermudo, quienes dirigieron varios rastrillajes, cada vez más constantes por la creciente presencia senderista en la zona.

Eran tiempos de violencia. San José de Secce, capital del distrito de Santillana, había sido abandonada paulatinamente. Muy pocas personas quedaban en el pueblo; por esta razón la capital distrital querían trasladarse a la comunidad de Llaqhuas. Ante esta situación, los pobladores en pleno de las comunidades de Oqopeqa, Buena Vista y Cullupuquio, liderados por los señores Rómulo Cisneros, Manuel Mieses y Ricardo Guerreros Gil, tomaron la capital del distrito para organizar a los josefinos. Al llegar, encontraron las casas totalmente abandonadas y saqueadas; apenas reunieron a quince personas con las que procedieron a nombrar a las autoridades del distrito. Todos lo recuerdan, era el 15 de marzo de 1983: don Faustino Figueroa Pariona fue elegido como gobernador distrital y Delfín Méndez Ccochachi fue designado teniente gobernador del Cercado; ambos fueron ratificados por la Resolución Prefectural N° 006-83. Luego, el día 2 de abril del mismo año, Faustino Cartolín Pariona fue nombrado como el primer dirigente de la nueva organización campesina y antisubversiva.

Mientras tanto los terroristas seguían asesinando a los indefensos campesinos. Realizaban asambleas populares ante la presencia de sus familiares y toda la comunidad, buscando atemorizarlos para que les brindasen el apoyo que necesitaban en su demencial lucha. Además de ello, los jóvenes eran prácticamente secuestrados y enrolados a viva fuerza a sus filas para engrosar su fuerza operativa.

El 3 de mayo de 1983, más de cien senderistas al mando del camarada “Enrique” incursionaron en la comunidad de Mama. Ahí, congregaron a los comuneros para que presencien el “juicio popular” al que fueron sometidos seis campesinos, entre ellos dos autoridades comunales, un teniente gobernador y un agente municipal, a los que acusaron de ser “cabezas negras, soplones y traidores del Partido”. Los sentenciaron a la pena de muerte y los asesinaron en el acto. Una de las víctimas fue identificada como Zacarías Curo Madueño, conocido dirigente de esa zona.

Las zonas de Putis, Sinhua, Sayhua, Llamanniyoc, Rumichaca, Mama, Aseroyoc, Amaca, Mashuacancha, Rodeo, Piedraypampa, Pampahuasi y Viscatán-Chico se encontraban al mando militar de los camaradas “Lucho”, “Enrique”, “Adán” y “Michael”, quienes comandaban a más de 1.330 hombres; el 80% estaba conformado por la masa campesina secuestrada, mientras que los mandos y combatientes senderistas solo llegaban al 20%.

El 19 de mayo de 1983, los senderistas incursionaron en la comunidad de Hachoqaqa, dando muerte a los

campesinos Marcelino de la Cruz y Abraham Ccochachi. Ese mismo día se produjo un enfrentamiento en Huayta-Huillca: los campesinos organizados provenientes de las comunidades de Oqopeqa, Punco Marqari, Picas, Ismuñay, Cullupuquio, Llaquuas, Laupay, Chaca, Lambras, Paqchancca, Chinchay, Ccanobamba y San Luis enfrentaron valerosamente a los terroristas. La batalla duró más de tres horas, en las que cayeron heroicamente abatidos por las balas subversivas Jesús Romero, Siprian López, Sinfrosa Gamboa, Domina Ramos y otros comuneros de Punco Marqari y Adolfo Cruz, del pago de Picas; varios quedaron heridos. El bando terrorista también tuvo una baja. Al día siguiente, el 20 de mayo, los sediciosos acamparon en el lugar denominado Millochi, comprensión del anexo de Aranhuy. Enterados de la presencia de estos malos elementos, los campesinos informaron inmediatamente a los miembros del Ejército, quienes, empleando un helicóptero de la FAP, emprendieron su persecución y dieron muerte a quince subversivos.

El 2 de junio de 1983, en coordinación con toda la comunidad campesina de la nueva organización, el señor gobernador don Faustino Figueroa Pariona y su Cercado se presentaron al Gobierno Central para contactarse con el Arquitecto Fernando Belaunde Terry y pedir un destacamento militar en el distrito. Luego, el 6 de junio del mismo año, se instaló la base militar de la Marina de Guerra del Perú, al mando del capitán “Potro”; era la primera base del departamento de Ayacucho. En la zona de E, después de dos meses, también se instaló la base de Los Sinchis y, después, en coordinación con la marina de Guerra, los comuneros constituidos en su organización antisubversiva emprendieron una serie de operativos de rastillaje, incluso en zonas consideradas muy peligrosas. En muchos de estos operativos tuvieron una destacada participación los comandos civiles Campeón I, Campeón II, Zoro I, Zoro II, Zoro III y Zorino.

El primero de agosto de 1983, los subversivos invadieron la comunidad de Buena Vista, dando muerte a los campesinos Nolberto Calixto, Víctor Calixto, Mercedes Quispe y a una niña que fue quemada junto a su vivienda. Posteriormente los seguidores del “Presidente Gonzalo”, aprovechando la oscuridad de la noche, incursionaron en la comunidad de Oqopecca, saqueando las pertenencias de los campesinos e incendiando sus viviendas, para luego retirarse con dirección a Ccoril. Al día siguiente, el 2 de agosto de 1983, Domingo Carbajal, comunero de Punco Marccari que perdió a toda su familia —su esposa y sus cinco menores hijos—, informó a la Marina de Guerra y a los campesinos organizados contra Sendero que los terroristas se encontraban en Ccoril. Eran aproximadamente las cuatro de la tarde cuando los sorprendieron, produciéndose un encarnizado enfrentamiento que duró más de dos horas en las que cayeron muertos quince terroristas. En el bando represivo murieron tres oficiales de la Marina, al igual que los valerosos comuneros Alberto Yaranga, Erminia Ñaupá y cinco menores no identificados y Alberto Solier y Alejandro Vargas del pago de Picas. Hubo varios heridos. En total quedaron regados en la pradera 27 cadáveres de ambos bandos en conflicto.

El 15 de agosto de 1983, un centenar de terroristas incursionó en la comunidad de Isto, dando la muerte a cinco indefensos campesinos. En este mismo mes también dieron muerte a cuatro comuneros de la comunidad de Ccorilpay.

El anexo de Marccaraccay ha sufrido cuatro ataques de la subversión, con un promedio de 28 comuneros muertos. Los subversivos tuvieron ocho bajas en sus filas y cinco capturados en diversas ocasiones. El 17 de agosto de 1983, los terroristas sorprendieron a los habitantes del anexo de Marccaraccay, logrando apresar al señor Emiliano Cavalcanti Figueroa, teniente gobernador que en varias ocasiones había logrado escapar, y lo a maniataron para conducirlo hacia el cerro con destino desconocido. Posteriormente un terrorista capturado manifestó que a Emiliano lo llevaron a Yana Orcco, en donde lo sometieron a un sumarísimo Juicio Popular y lo sentenciaron a muerte. Antes de victimarlo, lo torturaron cruelmente.

El 12 de diciembre de 1983, los terroristas invadieron a la comunidad de Pampahuasi, dando muerte a doce comuneros que fueron identificados posteriormente como Mario Curo, Enrique Curo, Aurelia Curo, Abilio Bautista, Alejandro Fernández, Sabina Cavalcanti, Paulino Fernández, Ricardo Fernández, Oriol Cavalcanti y otros tres lugareños. Entre ellos se hallaban algunas autoridades comunales, como el teniente gobernador y agente municipal de Pampahuasi.

El 23 de diciembre de 1983, el mando terrorista “Edwin” incursionó en las comunidades de Marccaraccay, Tocas Quesera y Ccarahuancho, logrando retener bajo amenazas a más de veinte campesinos, entre los que se hallaban mujeres. Los obligaron a desplazarse a Paria, en donde, en una horrenda masacre, acabaron con la vida de nueve campesinos; entre ellos personas notables y exautoridades como el teniente gobernador y el agente municipal. Cuando cometían estos actos, un helicóptero de la FAP sobrevoló la zona, obligándolos a huir y salvando la vida las demás personas.

El 15 de enero de 1984 murieron 38 campesinos, cuando se efectuaba un operativo de rastrillaje, al confundírseles con terroristas. Esto ocurrió en la ceja de selva, en el lugar denominado Pulpería.

En Putis, un grupo de campesinos fue confundido con elementos terroristas por los efectivos de la FAP. Estos llevaban a cabo un operativo de rastrillaje en busca de los terroristas que mataron a cinco soldados en diversas fechas y lugares, mientras que Luis Dávila Prado, sargento reenganchado conocido con el apelativo de “Tigre”, fue secuestrado sin saberse nada más de él.

El 10 de febrero de 1984, en el pago de Cullupuquio, fueron asesinados cinco campesinos, entre ellos Cirpian Poma, Máximo Canchari y Virgilio Pariona. El comunero Teodor Bermudo fue secuestrado. La acción subversiva dejó, además, un herido.

Las zonas de Putis, Rodeo, Rumichaca, Cayramayo, Mama, Amaca, Aceroyoc, Pampahuasi, Saihua, Pucayacu, Payqopata, Llamaniyoq, Mashuacancha y Sinhua eran territorios considerados como principales bastiones Sendero Luminoso, en los que ejercía dominio absoluto; ninguna persona extraña podía ingresar sin la previa autorización de los mandos terroristas.

Después de que se instaló en la capital distrital la base de la Fuerza Aérea, dirigida por Narciso de la Colina, recién se pudo tener más apoyo de las Fuerzas Armadas para coordinar con mayor eficacia entre los campesinos y sus comandos el ingreso a los territorios declarados como zona roja o liberada que se encontraban bajo el poder de Sendero. Se lograron rescatar a un 30% de los comuneros que fueron obligados a permanecer como “Mesnadas” de Sendero Luminoso; dentro de este grupo se encontraban muchos niños en completo estado de desnutrición que dijeron haberse alimentado a base de yerbas silvestres.

Durante la década de 1980, en la zona norte de Santillana, según un sinnúmero de testimonios, se produjeron más de 377 muertes a manos de los grupos subversivos, más de 180 desaparecidos y más de 700 campesinos rescatados cuando se dirigieron a la zona selva de Choymacota, Ipabamba y Acón, actualmente comprensión de los distritos de Llochegua y Sivia, respectivamente.

El 16 de julio de 1984, los senderistas incursionaron en las comunidades de Paqchancca, Chocay y Chinchay, aprovechando la oscuridad de la noche y, además, que estaban desprotegidos, asesinaron a once personas indefensas. El anexo de Paqchancca sufrió dos incursiones, en las que fueron quemadas sus viviendas en su totalidad. La cifra llega a dieciocho viviendas y sus víctimas suman nueve campesinos degollados: Desiderio Malpica, Honorato Cancho, Enrique Palomino, Alejandro Curo, Augusto Casafranca, Felicitas Huamán, Benito Aguilar y Nieves Palomino. En esa misma noche, el anexo de Chocay fue arrasado: obligaron a sus pobladores a desplazarse hasta Torongana, en donde asesinaron a dos autoridades: Sócrates Huamaní, agente municipal, y al licenciado de la Marina del Perú,

el señor Grimaldo Gallegos Pancorbo. Otros fueron puestos en libertad, según sus manifestaciones.

La comunidad de Laqhuas ha sufrido cinco incursiones subversivas, con un promedio de treinta muertos. El 10 de noviembre de 1984, en la mencionada comunidad se perpetró una horrenda masacre: catorce personas indefensas fueron degolladas a sangre fría en Qosniccocha. Algunas de las víctimas fueron Antonia Morales, Magalina Huaranca, David Huarcaya, Vicente Rojas, Esteban Limaquispe, Andrés Muñoz, Anacló Muñoz, Angélica Limaquispe, Víctor Chocce, Moisés Sánchez y Víctor Sánchez, entre ellas se hallaban autoridades comunales como el teniente gobernador y el agente municipal. Asimismo, el 7 de setiembre de 1987 fueron sorprendidos por los terroristas que iban uniformados como militares que, identificándose como miembros de la base militar de Carhuahurán, ingresaron a la comunidad que se encontraba agrupada en Accoccro. Empezaron ahí una brutal masacre en donde humildes campesinos fueron degollados como carneros. Entre las víctimas figuran Teodosio Quispe, Pablo Morales, Valentín Sánchez, Víctor Lunazco, Mario Rimachi, Gregorio Llantoy, Víctor Potocino, Paulino Limaquispe, Santos Huaraca, Elías Muñoz, Dionisio Rojas y Nicanor Poma.

El 25 de diciembre de 1984, 38 campesinos de la comunidad de Kiñaq Lloccipunco, Putca, fueron masacrados por equivocación por los efectivos de la Marina; habían sido acusados de terroristas por un grupo de comuneros de la zona de Huanta. Entre las víctimas se encontraban quince menores de edad, una niña de tres meses de nacida entre ellos. Sobrevivieron tres personas; una de ellas fue Saturna Chocce, quien brindó información del hecho que permitió, después de tres días de ocurrido el suceso, el ingreso a la zona de los pobladores de diversas comunidades del distrito de Santillana. Se ubicaron los cadáveres dentro de una pequeña mina, con signos de haber sido degollados. Los cuerpos fueron sacados a la intemperie, pero su estado de descomposición imposibilitaba su identificación, por lo que procedieron a sepultarlos en tres fosas comunes, en medio del llanto y dolor de sus familiares y amigos.

El anexo de Aranzhuay ha sufrido un promedio de doce incursiones subversivas, que ha dejado un saldo de más de 58 comuneros muertos, 4 sediciosos victimados y 3 capturados en diferentes ocasiones. De todos los ataques, el que más recuerdan es el producido el día 20 de abril de 1988. Los subversivos, vestidos de militares, ingresaron al referido poblado a las seis de la tarde y pidieron amablemente que la población se congregasen en la plaza principal, reuniendo así a casi todos los habitantes. Entonces los hicieron formar y les empezaron a disparar sin compasión alguna; las balas disparadas por los sediciosos impactaron en los cuerpos indefensos de 19 aranzhuayinos, entre los que se encontraban Ponciano Rodríguez, Víctor Taipe, Epifanio Taipe, Anatolio Humareda, Flaco Quispe, Severo Calixto, Olimpio Villar, Roberto Carbajal, Masidonio Cosichi y Antonio Huamán (Ver “Historia, embrujo sangrante y mitología andina en Aranzhuay”).

El anexo de Mosoccllaccta ha sufrido varias incursiones subversivas y sus viviendas fueron totalmente quemadas en cada ocasión. Ante los permanentes ataques que sufrían los campesinos de Mosoccllaccta, se armaron de valor y se organizaron aguerridamente. Continuaron hasta finales de los años noventa con sus operativos de rastillaje en las llamadas zonas rojas, como Caballuyoc y Vizcatán, junto con los Comités de Autodefensa Civil de Santillana, como Aranzhuay, Nuevo Progreso, Santa Rosa de Araujo, Sañoq, Huachoqaqa, Huayrapampa e Isto, y de la zona del sur de Ayahuanco, como Lambras, Parobamba, Choclo-Patapata, Pata-Chuya, Viracochán, Mayhuavilca, Pampacoris, Teqteq y Ccochac, siempre ocasionándoles bajas a los grupos subversivos.

El 12 de setiembre de 1990, los terroristas atacaron a la comunidad de Mosoccllaccta, pero no lograron su objetivo. Al contrario, siete terroristas murieron en manos de los aguerridos comuneros que se defendieron valerosamente, aunque perdió la vida el rondero Nasario Villar.

El primero de agosto de 1991, Mosoccllaccta sufrió su último ataque senderista, en el que perdieron la

vida diez personas, entre ellas Vicente Quispe, Claudio Soto, Simona Montes, Luisa Fernández, Marina Yaranga, Celestino Ccente, Luis Ccente, Aurelia Ccente y Serafin Ccente.

La comunidad de Chinchay ha sufrido tres incursiones, en una de ellas los sediciosos tomaron como prisionero al señor Alejandro Paredes de la Cruz, exautoridad de dicha comunidad, a quien asesinaron dentro de uno de los ambientes de la casa comunal. Posteriormente, en otra incursión, raptaron a la señora Fernandina Cabezas Farfán, a la que hicieron desaparecer.

El pago de Laupay ha sufrido varios asesinatos por parte de los grupos subversivos, responsables de la muerte de los comuneros Benito Bautista, Zenobio Mayhua y Paulino Potocino. Además, en un operativo de rastillaje efectuado hacia el lugar de Callki, perdió la vida don Primitivo Mayhua Coronado.

En las lomas andinas de Chaca, Puros, Pallaqa, Putca, Paqre, Huallhueq y Ccarhuacc, entre otras, fueron registradas un promedio de trescientas víctimas de los ataques terroristas.

La comunidad de Purus ha sufrido varias incursiones terroristas, que han dejado un promedio de cinco víctimas y viviendas totalmente quemadas en cada ocasión.

El 19 de junio de 1991 los senderistas incursionaron en los alrededores de la comunidad de Chaca, en donde se asentaban los pobladores de Purus, e incendiaron las viviendas de estos. Los ronderos organizados reaccionaron inmediatamente y lograron capturar al mando subversivo conocido como camarada “Mauro”, quien comandaba la base senderista de Rasuwillca. Una semana después del enfrentamiento, cayó un menor de edad que había sido enviado por los subversivos a Chaca y Purus para averiguar el paradero del camarada “Mauro”. El niño manifestó que los cuatro terroristas heridos fueron degollados y enterados por sus camaradas, por haber dejado caer a su líder en manos de los comuneros de Purus.

Algunos de los campesinos de la comunidad de Purus que murieron en diferentes incursiones son Dacio Ñaupa, Humberto Huamán, Nemesio Ñaupa y Ernesto Ñaupa.

Pallaqa ha sufrido también varias incursiones en diferentes fechas, con un resultado de quince muertos. Al no soportar las acciones terroristas, se agruparon en la comunidad de Chaca, para evitar más asesinatos en su misma comunidad a la que abandonan completamente hasta mediados de 1990.

Dentro de las altas cordilleras del distrito de Santillana, se encuentra el anexo de Chaca, con más de 115 hombres activos y más de 680 familias entre niños y adultos. Dicho anexo ha sufrido un promedio de 15 incursiones y 5 ataques de los grupos subversivos, dejando 94 víctimas, niños menores de edad, mujeres y ancianos entre ellas, y una gran cantidad de pérdidas materiales, las viviendas están completamente quemados.

En cada acción los terroristas saqueaban las pertenencias de los comuneros, sus ganados, artefactos, ropas, cereales o granos en gran cantidad.

Dejaban a los campesinos en medio del dolor y la pobreza. Los mártires de la comunidad de Chaca son Antonio Cisneros Miranda, Rómulo Lama Flores, Antonio Pariona, Anselmo Valencia, Nestor Díaz, Paulino Huamán, Celso Huaranca, Antonia Pariona, Feliciano Curo, Gaspar Ñaupari, Luis Yaranga, Ciprian Huerta, Francisco Molina, Cesar Farfán, Ponciano Gutiérrez, Vidal Camasi, Pedro Huarcaya, Rafael Bautista, Samuel Farfán, Amador Bautista, Delfin Pariona, Samuel Hinostroza, Jesús Huachaca, Zacarías Vargas y muchísimos más.

Los anexos de Chaca y Purus se agruparon en uno sola, pero, a pesar de ello, tuvieron un último enfrentamiento el 6 de mayo de 1993 en Callqui, al ser emboscados por los sediciosos. Ahí los

comuneros perdieron un máuser ya don Abel Bautista, teniente gobernador de Chaca que murió en dicha acción; asimismo fue secuestrado el comunero Alipio Ñaupá Romero de la comunidad de Purus (Ver “Una nueva década de resistencia andina”).



*En desfile dominical en la plaza principal de San José de Secce, los miembros de los Comités de Autodefensas del distrito de Santillana, a inicios de 1990.
© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.*

SANTILLANA, CUNA DEL REPOBLAMIENTO Y RECONSTRUCCIÓN NACIONAL

Artemio Sánchez Portocarrero
Alberto Sánchez Portocarrero

Dentro del proceso de pacificación nacional emprendido en el primer gobierno del ingeniero Alberto Fujimori, se motivó el repoblamiento de diversas comunidades, teniendo un rol sin precedente los efectuados dentro de la jurisdicción del distrito de Santillana. El primero que se impulsó, a solo 18 días de la captura del líder senderista Abimael Guzmán, se produjo en ocho comunidades—Laupay, Marccaraccay, Sañoq, Ccorirupay, Huancas, Tocas Quesera, Ccarhuancho y Ccachir—sin ningún tipo de apoyo gubernamental, movidos los pobladores únicamente por la ilusión de volver a casa luego de haber padecido mil peripecias en tierras lejanas. Esto motivó al Gobierno, especialmente al Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, a acoger este tipo de actos, para poder avanzar hacia las denominadas “zonas liberadas”. Así, un año más tarde y con el apoyo estatal se realizó el repoblamiento de la comunidad de Marccaraccay. Estos hechos hacen considerar al distrito de Santillana, con justa razón, como la “Cuna del repoblamiento y reconstrucción nacional”.

Incluso en aquellos amargos años, ante la captura de su líder, los grupos subversivos operaban con fuerza. Cerca del nuevo escenario de repoblamiento masivo, el 27 de setiembre de 1992, al promediar la media noche, los terroristas incursionaron el anexo de Lambras, jurisdicción del distrito de Ayahuanco, ubicado a pocos kilómetros de Laupay, comunidad perteneciente al distrito de Santillana, ambos ubicados en la provincia de Huanta. Lambras fue hostigado desde los cerros aledaños por los senderistas que disparaban con FAL, mientras otro grupo de sediciosos que se había aproximado al poblado prendía fuego a las rústicas viviendas, provocando el incendio de las mismas. Fue el valor innato de los miembros de los Comités de Autodefensa Civil de este lugar que hizo posible repeler el ataque, logrando herir a un número no determinado de atacantes, quienes, al huir, se llevaron consigo varios ganados que abandonarían en el trayecto hacia Caballuyoc y Vizcatán.³⁸

Nos enteramos de la incursión al anexo de Lambras cuando recorriamos los vistosos parajes de Laupay, al encontrarnos con don Emilio Murrillo. Él era el presidente del Comité de Autodefensa de Lambras y había sido encomendado por sus compoblanos para informar de este hecho a los efectivos militares acantonados en el pueblo de San José de Secce. Nos dijo que pereció una mujer sordomuda y anciana llamada Rita Pacheco, mientras que del bando subversivo perdió la vida un nativo campa, en cuya cusma (bolso), se encontró coca, yuca cruda y otras plantas tropicales. A pesar de estos sucesos se prosiguió con el ansiado reencuentro con la tierra natal.

El 30 de setiembre de 1992, cientos de comuneros volvieron a sus tierras por cuenta propia desde Huanta, ciudad en la que, días previos, habían coordinaron su retorno a casa. Todos, sin excepción alguna, vivían en rústicas viviendas ubicadas en las zonas urbano-marginales de una gran ciudad que los absorbía; fue en una de estas viviendas que planearon el repoblamiento de sus comunidades de origen. En aquellos años recién incursionábamos en el periodismo televisivo, así que, provistos de nuestros equipos de prensa, partimos animosos a acompañar a los comuneros que valerosamente partían al reencuentro con tierra que los vio nacer.

He aquí el testimonio periodístico publicado en la revista *Gente*:

38 Edilberto Oré Cárdenas, *Ayahuanco: bajo la sombra de Sendero: un testimonio de parte sobre la violencia*. Lima: Instituto de Defensa Legal, 1998, pp. 107-108.



El primer repoblamiento luego del conflicto armado del Perú se llevó a cabo en las punas del distrito de Santillana, cerca de Putis.

© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.

AYACUCHO: ¡EL MIEDO SE ACABÓ!

Tras la caída del principal cabecilla de Sendero Luminoso, Abimael Guzmán Reynoso, nuevos vientos soplan en Ayacucho. Después de ocho años de haber sido desalojados de sus tierras por culpa de la barbarie senderista y de andar errantes por diversos poblados, integrantes de ocho comunidades campesinas decidieron volver a sus respectivos lugares de origen. Vuelven al terruño que tiempo atrás floreció en la tranquilidad y el trabajo pero cuya paz fue turbada por la vorágine senderista que con sus crímenes a indefensos ciudadanos solo dejó miseria y desolación. Hoy, armados de valor, estos humildes campesinos vuelven a sus tierras. ¡El miedo se acabó! Pese a las últimas incursiones de Sendero en poblados alejados (Huayao, 47 muertos;³⁹ Rumi-Rumi, 11 muertos), los comuneros regresan y organizan de inmediato sus comités de defensa contra la subversión. *Gente* fue testigo de excepción de este retorno. Ingresó a las denominadas “zonas liberadas” de Sendero y vibró junto con los comuneros por la emoción del regreso a la tierra querida. A continuación la crónica de nuestro corresponsal en Ayacucho, Artemio Sánchez Portocarrero.

El domingo 13 de setiembre de 1992, Ayacucho, la histórica ciudad conocida como “rincón de los muertos” comenzó a vivir un clima distinto a los que había soportado en los doce últimos años. Ese día, los medios informativos (prensa, radio y televisión), hablaban de un solo tema: la captura en Lima del temible cabecilla de Sendero Luminoso, Abimael Guzmán Reynoso.

La buena nueva corrió como reguero de pólvora. ¡Cayó Abimael! Miles de pobladores de comunidades campesinas comentaban en quechua, entre escépticos y extrañados, la captura del jefe maoísta cuyos seguidores habían convertido a Ayacucho en un verdadero “rincón de los muertos”. En doce años de violencia terrorista, las huestes de Abimael Guzmán, sumieron a este otrora próspero departamento en uno de los más miserables del país. Decenas de comunidades campesinas fueron arrasadas, miles de cabezas de ganados sacrificados, miles de civiles, policías y militares muertos, miles de viudas y huérfanos y millones de dólares en pérdidas económicas era el resultado de la violencia senderista. Desde 1980, Ayacucho no duerme en paz. Pero la situación cambió el domingo 13 de setiembre de 1992.

VOLVER A CASA

El impacto de la captura del cabecilla senderista y la mayoría de su cúpula devolvió la tranquilidad y

³⁹ Huayao es una comunidad campesina ubicada en la jurisdicción del distrito de Tambo, provincia de La Mar, departamento de Ayacucho, la misma que fue incursionada por los elementos terroristas el 10 de octubre de 1992. Asesinaron a sangre fría a 47 campesinos, entre ellos 18 mujeres y 9 niños, lo que motivó al presidente Alberto Fujimori a visitar la zona junto al Ministro de Agricultura, el ingeniero Absalón Vásquez Villanueva y el Presidente del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, Nicolás de Bari Hermoza, el lunes 26 de octubre de 1992. Este hecho se produjo luego del retorno a Laupay.

esperanza a los sufridos ciudadanos. Dirigentes de las comunidades desperdigadas por el territorio ayacuchano decidieron —previas asambleas— retornar a la tierra de donde fueron desalojados.

El 30 de setiembre de 1992, dos pobladores comunicaron a los hombres de prensa la intención de volver con sus respectivas familias a las comunidades que en los últimos ocho años fueron denominadas “zonas liberadas” por Sendero Luminoso. El viaje apuntaba a los poblados ubicados en San José de Secce, capital del distrito de Santillana, ubicado a 3.262 metros sobre el nivel del mar, en la provincia de Huanta.

Cuatro periodistas, entre ellos este corresponsal de *Gente*, participaron en la comitiva. Todos pertenecíamos al Círculo Regional de Periodistas “Libertadores Wari” con sede en Huanta. Los demás colegas desistieron de viajar por las súplicas de sus familiares y por el temor de un nuevo Uchuraccay (masacre contra ocho periodistas en enero de 1983). A las 4 y 10 de la madrugada y en compañía de dos comuneros, partimos hacia San José de Secce, fundado el 21 de diciembre de 1918.

A bordo de una camioneta de doble tracción transitamos por una angosta carretera sin mantenimiento. El día anterior había llovido en la zona y el frío era fuerte. A tres horas y media de recorrido, a la altura del paraje denominado Paqchancca la sangre se nos heló en el cuerpo. La angosta carretera estaba obstruida con piedras. “¡Carajo, nos jodimos!”, exclamó el colega Rubén Salazar y todos presentimos de inmediato una emboscada de Sendero Luminoso.

El paraje era silencioso con un sol que despuntaba en el cielo azul. Las siete personas que integrábamos la comitiva bajamos de la camioneta. Toda la ruta estaba empedrada y el tramo restante era de subida. Vigilando constantemente las zonas alledañas fuimos limpiando el camino hasta la entrada a San José de Secce. A las 8 y 30 de la mañana ingresamos a la plaza de armas del olvidado pueblo de San José. Minutos antes habíamos pasado el único puesto militar de la base Los Cabitos N.º 51 de Ayacucho.

Los rostros de los comuneros eran más de extrañeza que de alegría. Campesinos, mujeres cargando sus bebés en las espaldas y niños curtidos por el clima nos invitaron a pasar al local comunal para desayunar. Después de ocho años la comunidad volvía a ver un grupo de hombres de prensa provistos de cámaras fotográficas y video filmadoras.

En el interior del local unas mujeres nos sirvieron “chapla” (pan serrano), cancha y chocolate caliente. Tanto el alcalde de Santillana, el profesor Absalón Velarde Huamaní, como el coordinador del comité de educación del distrito, Arcadio Chipana Llantoy nos dieron la bienvenida. Inmediatamente coordinamos la partida hacia las “zonas liberadas” que comprendían las comunidades de Marccaraccay, Ccorirupay, Huancas, Sañoq, Ccarhuancho, Tocas Quesera y Ccachir.

CADA VEZ MÁS CERCA

A las 9 y 15 iniciamos la partida. Dos miembros de defensa de la comunidad, armados con fusiles winchester y granadas de guerra se sumaron a la comitiva al igual que el alcalde y el coordinador del comité de educación. Dejamos el vehículo a buen recaudo y partimos por un camino de herradura. Cruzamos el puente Rosa y de allí sorteamos el agreste camino a Cullupuquio; seguimos el puente Allpachaca y cruzamos los desvíos a Llacchuas y Aranhuay, molino de piedra que data de la época colonial. Proseguimos por la subida de Chulla-Chaca donde reparamos en que uno de los winchester no tenía municiones. En el puente Pallcahuacco nos cruzamos con unos 350 hombres que corrían llevando —de a dos— troncos gruesos y largos para la refacción de la iglesia principal de Santillana. Eran cerca de las once de la mañana.

LAUPAY, TIERRA DE NADIE

Desde Calvario-Ccasa vislumbramos las viviendas destruidas y abandonadas de Laupay, caserío ubicado a 3750 metros sobre el nivel del mar. Laupay era un hermoso caserío dedicado a la agricultura y ganadería desde tiempos remotos. Sin embargo, la comunidad fue azotada por la barbarie senderista desde mediados de 1980. Elementos terroristas habían “visitado” varias veces la zona y castigado y ejecutado a quienes no compartían sus prédicas. Decenas de viviendas fueron incendiadas, decenas de cabezas de ganados y

cosechas de alimentos fueron “confiscadas” por los senderistas. Laupay, al igual que el resto de comunidades, vivía entre el pánico y el terror.

La situación se agudizó en 1984. Ante tanta crueldad y salvajismo de los senderistas, los pobladores decidieron emigrar hacia otras tierras. Fue una decisión dolorosa. Cantando huaynos, con lágrimas en los ojos, con la tristeza a cuesta, centenares de campesinos partieron hacia otras tierras. Comenzaron a vivir como nómades. Algunos hasta eran maltratados. La vida ya no era la misma de antes.

Cuando llegamos a Laupay, este parecía un pueblo fantasma. Del centro educativo solo quedaban débiles paredes. Avanzamos un tramo arriba hasta Laramachay y grande fue nuestra sorpresa al observar los impasibles rostros de 400 personas que descansaban en la falda de un cerro. Hombres y mujeres, niños y ancianos estaban resueltos a retomar las tierras despojadas por los senderistas en la década pasada. Tras tomar un “quemado” (licor preparado a base de aguarriente), los campesinos avanzaron hacia Laupay-Ccecca. Caminamos dos horas y media sin descanso. El frío hacía temblar el cuerpo.

Allí en la misma zona donde años atrás, precisamente en 1984, las huestes senderistas introdujeron el terror y el miedo, los comuneros instalaron una base civil. Laupay, ya no era más tierra de nadie. Volvía a las manos de los bizarros campesinos que antaño removieron sus entrañas para cultivar el maíz y la papa.

Un comunero sacó de su alforja un pabellón bicolor que fue izado en un emocionante acto. Hombres y mujeres cantaron el himno nacional. Integrantes de comités de defensa de zonas aledañas estaban presentes, de los anexos de Marccaraccay, Ccorirupay, Huancas, Sañoq, Ccarhuancho, TocasQuesera, Ccachir y Laupay. Hablaron los dirigentes, entre ellos el alcalde de Santillana. El pedido fue unánime: ejecución de la carretera San José-Putis-Choymacota; reapertura de centros educativos incendiados por los senderistas.

Laupay era el símbolo del retorno a la tierra abandonada. En total había comuneros de siete anexos campesinos que volvían al lugar después de ocho años de migración constante, de ocho años de padecer hambre, enfermedades y abandono social y moral.

Pero todos volvían. Los dirigentes hacían sus pedidos: instalación de una base militar en la zona, dotación — a los comuneros— de armas de fuego de largo alcance, alimentos, semillas y maquinarias para la reactivación de la actividad agro ganadera.

Dos comuneros con sus “waqrapukus”, hechos con cuernos de toro, entonaron canciones del lugar. El comité de defensa civil se instaló de inmediato. Laupay está ubicado en una estratégica zona que permitiría contrarrestar una incursión subversiva. Posterior a este hecho, los periodistas acompañados de comuneros, visitamos las localidades arriba mencionadas, algunas borradas del mapa desde agosto de 1984.

La vida en Laupay empieza a cambiar. La captura del cabecilla senderista ha cambiado la actitud de los comuneros. La confianza y tranquilidad retornan silenciosamente. Hay expectativa, hay esperanza. Un ideal motiva el retorno: resurgir cual ave Fénix. Al caer la tarde decidimos el retorno a San José de Secce. Los colegas Rubén Salazar, Mario Gamboa, Raúl Crespo, el abogado Artemio Sánchez López y este corresponsal (Artemio Sánchez Portocarrero “Pacho”), iniciaron el descenso desde las alturas. El frío era cada vez más intenso.

“Nos quedaremos aquí. Nos organizaremos mejor. Ya nadie volverá a despojarnos de nuestras tierras. Queremos este lugar. Aquí nacieron nuestros hijos, aquí enterramos a nuestros muertos. Aquí pastamos nuestro ganado y cultivamos nuestra papa. Con la captura de Guzmán y sus asesinos, la tranquilidad vuelve a esta zona. Ojalá nomás el gobierno nos ayude y no nos olvide”, confesó a *Gente* un comunero de Laupay que volvía junto con su esposa y tres hijos. Enhorabuena.⁴⁰

Después de este importante suceso, varias comunidades en el distrito de Santillana y a nivel nacional emprendieron el proceso de repoblamiento. La Mesa regional sobre desplazamiento - Ayacucho señaló lo siguiente: “3.575 familias retornantes, constituyendo el 43,86% del total de familias desplazadas de la provincia de Huanta, (aproximadamente 13.727 personas), en tanto el tamaño por familia retornante altoandina es de 3,5 y en la zona selva (distrito de Sivia) es de 4,4. Correspondiendo dos tercios de esta

⁴⁰ Artemio Sánchez Portocarrero, “Ayacucho: ¡El miedo se acabó!”. Revista *Gente*, N° 920. Lima, 4 de noviembre de 1992, pp. 6-12.

población retornante a la zona altoandina de los distrito de Ayahuanco, Santillana y Huanta y un tercio a la zona selvática del distrito de Sivia y en menor medida a los distritos de Luricocha, Huamanguilla e Iguain”.⁴¹



*Cráneos humanos encontrados en la carretera hacia la zona de Putis, en el sector de Laupay Orcco, distrito de Santillana.
© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.*

“Santillana es un distrito caracterizado por la prolongada presencia del régimen de haciendas y la respuesta temprana contra las huestes senderistas. También sufrió la agudeza de la violencia política y el desplazamiento y (desde 1992) es un espacio de retorno, fue en este distrito que se dieron los primeros casos con 484 familias; los niveles de participación comunera en la municipalidad distrital son iniciales, dentro de la Mesa de concertación distrital”.⁴²

Son muchas las comunidades retornantes dentro de la jurisdicción del distrito de Santillana, como veremos en el siguiente cuadro.

**RELACIÓN DE COMUNIDADES RETORNANTES
DEL DISTRITO DE SANTILLANA, PROVINCIA DE HUANTA.**

N.º	COMUNIDAD RETORNANTE	FECHA DE RETORNO
01	Marccaraccay (*)	Julio de 1993
02	Tocas Quesera	20 de agosto de 1995
03	Isto - Vista Alegre	20 de agosto de 1995
04	Ccarahuanchu	Agosto de 1995
05	Ccachir	15 de octubre de 1995
06	San Juan de Parccora	24 de agosto de 1995
07	Laupay	1993
08	Ingenio Paqre	1995
09	Parobambilla	28 de agosto de 1995
10	Sañoq	15 de noviembre de 1992
11	San Juan de Huancas	14 de agosto de 1996
12	Huayrapampa Chico	1998

41 SEPIA, “Balance del desplazamiento por violencia política en Ayacucho, 1980-1997”. *Wicharisum, Revista de la Mesa regional sobre desplazamiento - Ayacucho*, año III, N° 4, abril de 1998, p. 8.

42 *Ibíd.*, p. 12.

SANTILLANA, CUNA DEL REPOBLAMIENTO
Y RECONSTRUCCIÓN NACIONAL

13	Cayramayo	26 de junio de 1997
14	Llacchuas	1998
15	Purus	10 de enero de 1995
16	Ccarhuacc	1997
17	Palleca	25 de setiembre de 1994
18	Nuevo Progreso (**)	13 de setiembre de 1993
19	Santa Rosa de Araujo (**)	1997
20	Paqchancca (**)	12 de febrero de 1996

(*) Retornaron desde Marccaraccay las comunidades de Tocas Qesera, Ccorirupay, Ccarhuancho, Huancas, entre otras.

(**) Se disgregan de sus comunidades madres y se reubican en nuevos lugares.

Fuente: Municipalidad de Santillana y Comité de Autodefensa

Elaboración: Artemio Sánchez Portocarrero.

Es necesario resaltar que luego de un desplazamiento masivo, que se produjo en julio de 1983, los pobladores de la comunidad de Chinchay retornaron en 1985, por disposición del jefe de la base contrasubversiva de San José, el capitán Huaru, quien les indicó que el Gobierno les iba brindar seguridad si retornaban a su lugar de origen. Purus también retornó el 10 de enero de 1995. Ahora se ha convertido en un próspero centro poblado menor del distrito de Santillana.

Para revalorar el sacrificio efectuado por los comuneros repoblantes, es necesario la realización de una ceremonia especial, con características propias, donde se rescate lo ancestral, lo autóctono, lo místico, y se revalore nuestra cultura, la cultura andina. Qué mejor para ello que la realización del “Allpanchikman Kutillkuq” o “Reencuentro con nuestra tierra” donde participen las diversas comunidades retornantes demostrando con sus cantos y danzas típicas la alegría de volver a casa, de reencontrar después de años los descomunales cerros, escuchar entre las quebradas las cascadas de aguas cristalinas, el cantar de las avechillas que sobrevuelan una y otra vez el mundo mágico de ande peruano. Esta festividad debe realizarse anualmente cada cuarto sábado de setiembre, por haber sido en este mes la fecha del repoblamiento masivo de ocho comunidades, las mismas que suscribieron un acta en el abra de Laupay, bajo el amparo de las diversas figuras petrificadas que existen en la zona, considerada Patrimonio Cultural de la Nación y Reserva Turística.

La realización del “Allpanchikman Kutillkuq” o “Reencuentro con nuestra tierra” dejaría en claro las diversas razones por la que al distrito de Santillana se le debe considerar como la “Cuna del repoblamiento y reconstrucción nacional”.



Dr. Artemio Sánchez López, alcalde de Huanta (Mayo 1978 a Mayo 1979), junto a los Varayocc. Su identificación con el campesinado altoandino lo impulsó a propulsar del primer repoblamiento en el distrito de Santillana, en setiembre de 1992.

© Centro de Investigación y Desarrollo Social-CIDES, Perú.

ANEXO "A"
Cuadro sinóptico de las fosas comunes del distrito de Santillana

COMUNIDADES DONDE EXISTEN FOSAS	NÚMERO DE FOSAS COMUNES	NÚMERO DE PERSONAS MUERTAS	FECHA DEL GENOCIDIO	PRESUNTOS AUTORES DE LAS MATANZAS
CCENHUAHUAYCCO- CCATUMPAMPA	03	102	Ene o Feb 1983	Militares y montoneros (+)
PULPERIA	03	60	Agosto 1983 (*)	Sinchis o paracaidistas (++)
TOCAS QUESERA	03	20	Mayo 1984	Ejército peruano
PUTIS	05	800 (**)	1984	Sinchis o paracaidistas
PUTQA	03	38	25 Dic. 1984	La Marina del Perú
INTIWUATANA EN SAN JUAN DE PARCCORA	01	39	25 Dic. 1984	Base contrasubversiva del EP de Huanta
MAYOPAMPA	01	280	1984	Naval o FAP San José
AYAHUANCO	03	150	1984 y 1985	Base contrasubversiva del EP de Ayahuanco
CHIHUILLUYOCC	05	100	1985	Militares y Montoneros
CUEVA DE MUÑAPATA (***)	04	200	Feb o Mar 1985	Sinchis, EP y Montoneros
LLAQHUAS	01	18	Fecha inexacta	No se precisa autoría
ARANHUAY	01		Fecha inexacta	No se precisa autoría
TOTAL	30	1,579	1983 a 1985	PNP y FF. AA. del Perú

(*) Posteriormente se produce otro genocidio el 15 de enero de 1984.

(**) Algunos testigos afirman que suman más de 800 comuneros victimados.

(***) Ubicado en la comunidad de Mama-Cceullacocha, distrito de Sivia, provincia de Huanta.

(+) Se designa como "montoneros" a los comuneros organizados contra la subversión.

(++) Se designa como "paracaidistas" a los miembros de la Fuerza Aérea del Perú.

@ La base contrasubversiva del Ejército peruano en Ayahuanco se instaló el 30 de julio de 1984.

Elaboración: Artemio Sánchez Portocarrero

ANEXO “B”
Relación de algunas víctimas del genocidio ocurrido en Putis

Pobladores de Putis

- Paulino Fernández Potocino (su esposa e hijos viven)
- Alejandro Fernández Potocino, su esposa Sabina Cabalcanti y tres hijos
- Leoncio Quispe Fernández (su esposa e hijos viven)
- Ricardo Fernández Madueño y su esposa Julia Potocino
- Santos Quispe Saavedra y su esposa Zenobia Fernández
- Abilio Bautista (su esposa Aurelia Cabalcanti vive en Huanta)
- Benita Mendoza, su esposo Víctor Fernández y tres hijos
- Mario Curo Cabalcanti, su esposa y cuatro hijos
- Albino Lunazco Quispe y su padre de Guillermo Lunazco
- Enrique Curo Cabalcanti, su esposa y cuatro hijos
- Agustín Mendoza (su esposa y cuatro hijos viven)
- Félix Mendoza (su esposa y tres hijos viven)
- Horigol Cabalcanti y su esposa
- Benjamín Mendoza
- Teofila Quispe, su esposo Vidal Farfán y tres hijos
- Glicería Farfán
- Conci Lunazco Fernández, viuda, y sus tres hijos.
- Atanacia Araujo Cabalcanti, viuda, y sus cuatro hijos
- Jerónimo Cabalcanti (soltero)
- Maximina Fernández (16 años)
- Genoveva Fernández (soltera)
- Dominga Fernández (anciana)

Suman en total 92 familias.

Pobladores de Rodeo

- Ponciano Mendoza, su esposa Agripina Grupo y sus cinco hijos
- Saturnino Fernández, su esposa Delva Madueño y sus dos hijos
- Marcelo Fernández, su esposa Filomena Madueño y sus dos hijos
- Juvino Fernández, su esposa Mauricia Mendoza y sus dos hijos
- Alejandro Huayllasco, su esposa Claudia Quispe y sus cinco hijos
- Gerardo Fernández, su esposa Anatolia Quispe y sus cuatro hijos
- Rodrigo Cabalcanti (su esposa vive en Masingana)
- Marina Mendoza, madre soltera (su hija vive).
- Honora Ccente y sus cuatro hijos
- Elio Madueño y sus dos hijos
- Félix Fernández (su esposa vive)
- Teófilo Palomino (28 años, soltero)
- Mauro Limancca (18 años, soltero)
- Teofano Cabalcanti (19 años, soltero)
- Constantino Quispe (25 años, soltero)

Llegan a sumar 15 familias victimadas.

Pobladores de Cayramayo

- Herminio Quispe Calderón, su esposa Martina Mendoza y sus seis hijos
- Paulo Quispe de la Cruz, su esposa Mercedes Curo y sus dos hijos
- Guillermo Fernández Quispe, y su esposa que estaba en gestando.
- Odilón Quispe Saavedra y sus dos hijos (su esposa vive)
- Albertina Fernández Quispe y sus ocho hijos
- Juan Quispe Calderón (su esposa vive)
- Felicitas Quispe Curo, viuda, y sus cuatro hijos
- María Quispe Curo, viuda, y sus cinco hijos
- Marcelino Fernández Quispe (19 años, soltero)
- Lucia Fernández Quispe (23 años, soltera)
- Ciprian Fernández Quispe (32 años, soltero)
- Serafina Mendoza Quispe (26 años, soltera)

En total hacen 11 familias. El restante, aproximadamente 30 familias, pertenecen a los anexos de Huancas, Rumichaca, Huayrapampa, Parobambilla y Mosocclaccta.

ANEXO "C"

Cuadro de comunidades campesinas reconocidas y existentes en el distrito de Santillana

Comunidad Campesina	Resolución de Reconocimiento	Fecha de Resolución	Situación de su Título de Propiedad
Chaca	R.D. 0085-88-UNA-XVIII	13 - 05 -88	Concluido
Purus	R.D. 0086-88-UNA-XVIII	13 - 05 - 88	Concluido
San Juan de Parccora	R.D.R. 0218-94-RLW-DRA-A	25 - 10 - 94	Concluido
Ccarhuacc	R.S. 046-92-GRLW-SRAS-SR	17 - 11 - 92	Trámite
Aranhuay	R. 020-78-AE-ORAMS-X	15 - 02 -78	Concluido
Laupay	R.S.R. 045-92-GRLW/SRAS-SR	17 - 11 - 92	Concluido
Marccaraccay	No precisa	Trámite	Trámite
Occopecca	R. 392-76-OAE-ORAMS-X	18 - 02 -76	Concluido
Sayhua Llamanniyocc	R.S.R. 030-92-GRLW/SRAS	07 - 09 -92	Concluido
Vista Alegre	R.D.R. 0275-94-GRLW-DRA-AYAC	19 - 12 - 94	Concluido
Marccari	R.D. 0161-79-DZA-AYACUCHO	24 - 10 79	Concluido
Mosocllaccta	R.S. S/N	19 - 10 - 42	Concluido
Tocas Quesera	R.D. 0145-79-DZA-AYACUCHO	17 - 09 - 79	Concluido
San Francisco de Asís	R.D.R 026-93-GRLW-MA-DRA-AYAC-DRA/AR	23 - 06 - 93	Concluido
Santa Cruz de Llacchuas	R.D.R. 0180-93-GRLW-MA-DRA-AYA-SRA/AR	29 - 12 - 93	Concluido
Putis-Pampahuasi	R.D.R. N° 059-2002-CTAR-AYAC-DRA/OAJ	24 - 04 - 2002	Trámite

Elaboración: Artemio Sánchez Portocarrero

Fecha: 04 Julio 2003.

ANEXO “D”
Diversas publicaciones relacionadas a la masacre de Putis

■ **Putis: la salvaje matanza**⁴³

Carlos Infante, 12 de junio de 2008

A diferencia del cementerio clandestino ubicado al costado del cuartel Los Cabitos, donde existen varias decenas de fosas colectivas; la fosa de Putis, como ha comenzado a ser llamada, es considerada la más grande, debido a que en ella fueron enterrados 123 pobladores —entre hombres, mujeres y niños— pertenecientes a las localidades de Cayaramayo, Vizcatampata, Rodeo, Orccohuasi, entre otras, en el distrito de Santillana, provincia de Huanta.

Los hechos se produjeron en diciembre de 1984, cuando miembros del Ejército Peruano, acantonados en Putis, obligaron a los pobladores de aproximadamente ocho comunidades a trasladarse hacia las cercanías de la base militar. Allí pasaron la noche. A la mañana siguiente, tras la llegada de más uniformados, ordenaron a los campesinos varones a cavar un enorme hoyo de aproximadamente 30 m². Según rezan diversos testimonios, los militares decían que en aquella excavación sería instalada una piscigranja. La faena duró más de tres horas, mientras niños y mujeres aguardaban el término de los trabajos con inocultable temor.

Primero asesinaron a los varones. Entre el reclamo de sus mujeres e hijos, los campesinos fueron sacados a empujones del pequeño templo ubicado cerca de la fosa, en grupos de seis. Los ubicaron en fila y les dispararon a quemarropa. Luego siguieron las mujeres, varias de las cuales, las más jóvenes, fueron primero ultrajadas por los criminales antes de ser victimadas. Junto a ellas, ejecutaron a 18 niños, cuyas edades oscilan entre 1 y 13 años.

Al terminar la matanza, los soldados bajo las órdenes del Comandante “Óscar”, del Capitán “Cuervo”, del Teniente “Lalo” y de otro oficial conocido como “Bareta” -seudónimos que reconocieron algunos testigos de los hechos que lograron huir antes del genocidio-, sepultaron los cuerpos con tierra y piedras tanto en la primera y más grande fosa, como en la segunda excavación, ubicada debajo del local donde un día funcionó la Escuela de Putis.

Después de algunos años, al iniciarse el proceso de investigación judicial, la posibilidad de una eventual colaboración por parte de autoridades del gobierno, quedó prácticamente descontada. Sus respuestas frente a pedidos de la instancia judicial respectiva, con la finalidad de que proporcionen la relación de nombres de los efectivos militares de la base de Putis, han sido cubiertas por un cinismo cómplice: “nunca existió una base militar en la zona”. Así precisa un documento suscrito por el entonces secretario general del Ministerio del Interior, vicealmirante Gonzalo Gambirazio.

La matanza de Putis, uno más dentro de los miles de crímenes ejecutados por las Fuerzas Armadas durante el período de violencia socio política, ha despertado la atención de diferentes organismos internacionales. En efecto, durante la excavación realizada hace algunos días, muchas de estas entidades han acudido a la zona para ser testigos de las excavaciones, donde restos óseos, cubiertos aún de prendas de vestir, casi deshechas, evidencian las huellas de una salvaje matanza.

43 <https://rodrigoinfante.wordpress.com/2008/06/.../putis-la-salvaje-matanza...>

■ Desenterrando la peor masacre de la guerra⁴⁴

Lima, 30 de mayo de 2008 (IPS).

Publicado el 31/05/2008 por Por Ángel Páez.

No era difícil ubicar los cuerpos, que se encontraban a flor de tierra. Pero los campesinos de la sureña comunidad peruana de Putis tuvieron que porfiar 24 años para que los exhumaran. En 1984, 125 hombres, mujeres y niños fueron fusilados por miembros del ejército luego de cavar sus propias tumbas.



*Huesos humanos de la matanza de Putis.
© Asociación Paz y Esperanza.*

La más grande masacre de civiles de la guerra interna peruana (1980-2000), apenas sale a luz por el empeño de los familiares de los caídos. Se han encontrado desde el 17 de mayo 60 cuerpos, entre ellos 10 de niñas y niños de entre seis y 10 años de edad.

Cuando IPS recorrió la zona, en noviembre de 2006, constató que los deudos deambulaban por oficinas públicas pidiendo que desenterraran a los muertos de la masacre de Putis, ubicada en el distrito de Santillana, provincia de Huanta, en la andina región de Ayacucho.

En virtud de normas dispuestas por el gobierno para las víctimas de un conflicto que dejó casi 70.000 muertos, para conseguir justicia y reparación, los deudos deben acreditar primero la muerte de sus seres queridos.

En esa ocasión, IPS halló a Gerardo Fernández, uno de los sobrevivientes. Desesperado por el olvido de las autoridades, consiguió después de años elaborar un registro de los muertos, entre los que se encontraban su madre y su hijo de tres años. Él fue uno de los que contribuyó a la ubicación de las tumbas clandestinas.

44 www.infopatrocinios.com/.../ddhper-desenterrando-peor-masacre-guerra-...

La guerra borró hasta el nombre de los muertos

"La exhumación de Putis es un caso muy especial por su carácter humanitario: nadie escuchaba a los pobladores, en su mayoría quechua hablantes. Además, el desentierro no lo está haciendo una entidad del Estado sino de la sociedad civil, el Equipo Peruano de Antropología Forense (EPAF)", explicó el presidente de la no gubernamental Asociación Paz y Esperanza, Norberto Lamilla, que coordina las labores.

"Es al Instituto de Medicina Legal (IML, dependiente de la fiscalía), al que le corresponde esa tarea", dijo Lamilla. "Pero, por la falta de colaboración, por la negativa del IML, tuvimos que recurrir al EPAF", agregó.

"El IML decía que no tenía fondos, que no contaban con tiempo y al final salieron con el pretexto de que era una zona distante y peligrosa y que primero necesitaban un informe de inteligencia para viajar. No les importaba que se tratara de la fosa más grande de que se tiene recuerdo", sostuvo.

"Los restos de los cuerpos estaban a la vista y, con el paso del tiempo, habían comenzado a perderse", manifestó Lamilla.

"Los campesinos necesitaban cerrar el duelo, identificar a sus familiares y enterrarlos cristianamente. Pero ver los huesos a la intemperie, sin que el Estado hiciera nada, los afectaba mentalmente", explicó.

La masacre de Putis está consignada en el informe de la independiente Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), publicado en 2003, que recomendó exhumar los cadáveres, investigar y sancionar a los culpables.

Solo se sabe que los oficiales que dirigieron el operativo responden a los apelativos de "capitán Baretta", "comandante "Óscar" y "teniente Lalo". El jefe político-militar de la zona de Ayacucho era por entonces el general Wilfredo Mori Orzo.

"Los comuneros fueron reunidos por los militares con engaños, obligados a cavar una fosa y luego acribillados por los agentes del orden", en diciembre de 1984, sostiene el reporte de la CVR.

El ejército combatía a la guerrilla del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), pero sobre todo al más poderoso Sendero Luminoso, la insurgencia maoísta muy activa en esa zona.

"En 1984, se incrementó el accionar subversivo. Las alturas de Santillana se habían convertido en una zona de activa presencia de militantes de Sendero Luminoso, pues éstos constantemente ingresaban solicitando apoyo a los campesinos, e instándolos a participar en su lucha armada. Frente a tal situación, se instaló una base militar en la comunidad de Putis, que comenzó a operar a partir de noviembre de 1984", relata el informe.

Al mes siguiente, se cometió la matanza.

Los militares acusaban a los pobladores de apoyar a Sendero Luminoso, cuando en realidad los campesinos vivían bajo el temor de la guerrilla, por su práctica de asesinatos a quienes no se sumaban a sus filas o colaboraban con el ejército.

Ante el doble hostigamiento, muchos pobladores abandonaron sus viviendas y se dispersaron en distintas comunidades de esa zona ubicada a más de 3.500 metros de altitud. Pero el ejército los convenció de que regresaran a Putis bajo resguardo militar.

"La propuesta de los militares fue que fijaran su residencia en la parte baja, ofreciéndoles de esta manera una mejor protección contra la subversión, aunque en realidad para los militares, muchos de ellos también eran sospechosos de cooperar con la subversión", señala informe de la CVR.

"Cansados de vivir en los cerros y en medio de dos fuegos, acosados por los subversivos por un lado, y por las fuerzas del orden, del otro, los comuneros aceptaron la propuesta y se mudaron a Putis, llevando todas sus pertenencias", agrega.

"Los efectivos del orden recibieron a los pobladores" y "los reunieron en el local donde funcionaba el colegio, juntándolos con otros pobladores a quienes los soldados habían sacado de sus viviendas. Les aseguraron que a partir de ese momento les darían protección y colaborarían con ellos en diversas obras para mejorar la calidad de vida de la población", prosigue el relato de la CVR.

"Con ese pretexto los militares ordenaron a los varones, apuntándolos con sus armas, que cavaran una gran poza; a algunos les dijeron que era para construir una piscigranja (sic) en la que criarían truchas, mientras a otros, les aseguraron que allí construirían casas", continúa el reporte.

"Cuando estuvo lista la supuesta piscina, los efectivos militares reunieron al centenar de pobladores alrededor de la poza, entre los que había hombres, mujeres y niños, y sin mayor explicación les dispararon a matar", afirma.

Los militares se apropiaron y vendieron los animales de las víctimas. Para encubrir el crimen, filtraron a la prensa información de un presunto enfrentamiento en el que cayeron 15 guerrilleros.

Durante la exhumación, los peritos del EPAF han hallado proyectiles de armas largas de uso militar.

En 2003, la CVR pidió al Ministerio de Defensa y al ejército la lista de los oficiales que prestaron servicios en la zona en 1984. La respuesta fue que no existía información.

"Se sabe por los testigos que fueron efectivos del ejército de una base contrasubversiva que se instaló por un período de dos a tres años en Putis y que dependía de los cuarteles de San José de Secce, en Santillana, y del cuartel de Castropampa, en Huanta, que a su vez dependían de la sede del Comando Político Militar de Huamanga, Ayacucho", dijo Lamilla.

Mori Orzo asumió la jefatura de ese Comando en agosto de 1984. "Estamos en proceso de reconstruir primero la cadena de mando y luego la responsabilidad de los oficiales", agregó.

El titular de la Segunda Fiscalía Supraprovincial de Derechos Humanos de Ayacucho, Rubén López, se encuentra en Putis supervisando la exhumación. La tarea es penosa porque la tumba está emplazada en una zona difícil. El primer día de labores, los peritos encontraron restos óseos de 25 personas y 15 casquillos de bala.

Los familiares participan de las labores para ayudar a identificar los restos por sus ropas, anillos, calzado, o algún otro objeto personal.

"La extrema pobreza en Putis es clamorosa. La gente no tiene para comer y mucho menos para pagar un ataúd, así que estamos convocando a todos los interesados en colaborar con la sepultura de las víctimas de este pueblo", dijo Lamilla.

"En Putis mataron a familias completas: a los Condon Quispe, a los Centeno Chávez, a los Gamboa Ccente, a los Madueño Curo, a los Condoray Huallasco", había dicho a IPS Gerardo Fernández en Santillana. "¿Quién va a reclamar por ellos si todos están muertos?", se preguntó.

■ La mitad de los asesinados en masacre de Putis fueron niños⁴⁵

Elías Navarro, Ayacucho

Otro dato de horror. De los 97 cuerpos exhumados en fosas comunes de Putis, Ayacucho, la mitad pertenecían a menores de edad, según las conclusiones del Equipo Peruano de Antropología Forense (EPAF). Se realiza exhibición en Huanta para reconocer víctimas.

El directivo de la organización, Juan Pablo Baraybar, afirmó que se han identificado en total 97 cadáveres, de los cuales 38 eran niños y 10 eran adolescentes.

El dato fue consignado dentro del informe entregado por la EPAF al fiscal de la Segunda Fiscalía Supraprovincial de Ayacucho, Rubén Marino López.

La masacre de Putis se produjo en 1984 y fue atribuida al Ejército Peruano, sin que hasta el momento la justicia haya identificado a los responsables.

Putis se encuentra situada a 3.500 metros de altitud y a 650 km al sureste de Lima.

Nolberto Lamilla, Director de Paz y Esperanza, organismo que patrocina a los familiares de las víctimas, manifestó que el crimen se perpetró con una brutalidad tal que no tuvieron compasión ni siquiera con los niños.

"Este hecho no debe quedar impune. Hoy estamos más convencidos de que buscaremos la verdad y exigiremos justicia y sanción más severa para los responsables", declaró Lamilla. Precisamente, la EPAF convocó a una exhibición de prendas de vestir y objetos personales en un esfuerzo por acelerar las tareas de reconocimiento de las víctimas. La muestra se realizó en un centro comunal de la localidad ayacuchana de Huanta.

Entre las prendas figuran anillos, ropa de niños, camisas y pantalones de adultos, reconocibles pese a haber estado bajo tierra desde hace más de dos décadas sepultados en fosas comunes por supuestamente patrullas militares.

DATOS

ADN. Se conoció que en caso los cuerpos de las víctimas no sean identificados, se les realizará la prueba de ADN.

Magnitud. La exhumación del centenar de campesinos y niños sepultados en cinco fosas comunes de Putis se produjo en mayo. Se trata de las mayores fosas descubiertas en Perú. EPAF invocó a las autoridades a atender a las familias de las víctimas.

45 www.larepublica.pe/.../la-mitad-de-los-asesinados-en-masacre-de-putis-f...

■ La memoria de Putis: de la “piscitumba” a un campo santo⁴⁶

“Hermano mío no me vayas a olvidar. hermano y hermana nunca me olviden: en el fondo de tu corazón siempre me vas a guardar. estés donde estés guárdame en tu memoria.”

Canción de Telésforo Huashuayo, *Si no vuelvo, búsqieme en Putis*

El pasado viernes 26 de junio del 2009, en la ciudad de Ayacucho, mientras me dirigía a comprar el boleto de regreso para Lima, escucho el gemir de una guitarra y la voz nostálgica de un gran amigo, Abilio Soto Yupanqui, músico y folklorista ayacuchano, quien se encontraba en el escenario de una radio-teletón, haciendo vibrar su quru guitarra (guitarra mocha), sumándose a la campaña de “Solidaridad y Justicia para Putis: Ayúdanos a construir nuestro Campo Santo”, en el parque María Parado Bellido, frente a la antigua cárcel de Ayacucho. El evento fue organizado por la Asociación Paz y Esperanza, el Consorcio Projur y la Comisión Multisectorial para la Reconstrucción de Putis. Además, en el acto se podía distinguir diversas personas que miraban con tristeza la exposición fotográfica y artística de la violencia política, había bolsas de cemento y ladrillos donados por el público, y una caseta donde la gente se acercaba a colaborar con dinero de acuerdo a su alcance.



*Sepelio de las víctimas del genocidio cometido en Putis, fueron recién enterrados en el año 2008.
© Asociación Paz y Esperanza.*

Escribir sobre la memoria de la barbarie ocurrida en el pueblo de Putis, localizada en el distrito de Santillana, en las alturas de Huanta, Ayacucho, es muy doloroso; sin embargo, lo intentaré, a través del recorrido de las letras de una poesía testimonial: Putis Llaqta/ Pueblo de Putis, cuya autora es la profesora Felicitas Pozo Chávez (Huanta - 1946), de la Asociación de Quechua de Letras y Artes Ayacucho-Chanca (QANTU). La poesía fue publicada en el Boletín N° 3 de Qantu, el 12 de setiembre de 2008, en la ciudad de Ayacucho. La poesía comienza con un sentido humanitario y muestra de solidaridad con el pueblo de Putis y sus deudos.

Tukuy tiqsi muyun/ Todo el mundo
riqsiykusunki/ ya te conoce
pitaq mana waqaykuspa/ quien no llora
hukllawakusunkichu./ y se solidariza contigo.

⁴⁶ www.memoriaymemoriales.blogspot.com/.../la-memoria-de-putis-de-la-piscitu...